



**Universidad del  
Rosario**

**HISTORIA DE VIDA DE OMAIRA:  
DOMINACIÓN, RESISTENCIA Y RESILIENCIA EN LA EXPERIENCIA DEL  
TRABAJO DOMÉSTICO EN COLOMBIA**

**Shara Blue Niño Romero**

**Universidad del Rosario  
Escuela de Ciencias Humanas  
Programa de antropología  
Bogotá - Colombia  
2022-1**

**HISTORIA DE VIDA DE OMAIRA:  
DOMINACIÓN, RESISTENCIA Y RESILIENCIA EN LA EXPERIENCIA DEL  
TRABAJO DOMÉSTICO EN COLOMBIA**

**Presentado por:**

Shara Blue Niño Romero

**Tesis presentada para optar por el título de:**

Antropóloga

**Director:**

Bastien Bosa

**Escuela de Ciencias Humanas**

**Programa de antropología**

**Universidad del Rosario**

**Bogotá - Colombia**

**2022-1**

## **El cuerpo de las mujeres como territorio de disputas**

*“Y así la ilusión del amor opacará y volverá invisibles los sutiles pero resistentes hilos del entramado familiar, que forman una inferioridad social.*

*Reina y prisionera en el mundo doméstico, su trabajo altamente productivo en lo social, quedará por fuera de salarios y contratos, porque su paga será el don del amor”*

**Ana María Fernández<sup>1</sup>**



---

<sup>1</sup> Doctora en psicología. Profesora e investigadora de la Universidad de Buenos Aires

## **Agradecimientos**

En homenaje a mi abuela Omaira,  
Y a la herencia maternal de la que vengo

Mientras escribía estas páginas e intentaba construir mi problema de investigación, centrado en la experiencia particular de mi abuela materna. Siempre tenía en mente a mis abuelas, Omaira y Carmenza, mujeres campesinas, cabezas de hogar y empleadas del servicio doméstico en Bogotá. Pues siempre las ví moverse en la doble presencia del trabajo doméstico desde mi cuidado y el cuidado que prestaban a otros. Conocí esas experiencias de vínculos maternales que construían con los niños que cuidaban, y también de los momentos de angustia y rabia por las inconformidades de los tratos que recibían por parte de sus empleadores.

Las experiencias de ellas, recordadas de manera retrospectiva, me llevaron a cuestionar lo establecido y entrar en la profundidad de la vida cotidiana, para darme cuenta que sus trayectorias de vida, desde la experiencia del trabajo doméstico, son una realidad social compartida por una cantidad de mujeres que pertenecen a los sectores populares de Colombia. Por eso, el trabajo de esta tesis es un reconocimiento a esas vidas de mujeres, que desde el amor incondicional y sus saberes, han ocupado posiciones importantes en la sociedad, como cuidadoras de otros. Con eso, espero que las mujeres encuentren en la experiencia que se relata acá, un espejo de sus propias trayectorias, sentires y pensamientos que pueden hablar de la violencia y resistencia del trabajo doméstico.

## TABLA DE CONTENIDO

Introducción .....7.

Acerca del trabajo de campo y la cuestión de “hacer extraño lo familiar” .....15.

### Capítulo I

**FAMILIA Y TRABAJO INFANTIL FEMINIZADO EN EL SIGLO XX ..... 19.**

1.1 ¿Qué es ser niña campesina en Colombia?: una aproximación al contexto familiar de Omaira en 1960 .....20.

1.2 Trabajos feminizados: la experiencia de trabajo doméstico en la niñez de Omaira .....29.

CONCLUSIONES.....44.

### Capítulo II

**SER MUJER EN 1970: EL ANHELO DE LIBERTAD Y AUTONOMÍA DE OMAIRA .....46.**

2.1 “Pensé que había cogido el cielo con las dos manos”: Matrimonio en la adolescencia .....47.

2.2 La maternidad como resiliencia en la vida de Omaira .....55.

CONCLUSIONES .....66.

### **Capítulo III**

<b>EL PESO DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL DESDE EL TRABAJO DOMÉSTICO</b> .....	<b>67.</b>
3.1 Protección social para el trabajo doméstico: La experiencia de trabajar para una familia extranjera .....	68.
3.2 “El dinero no lo es todo en la vida”: violencias y resistencias en el trabajo doméstico .....	82.
CONCLUSIONES .....	99.
 <b>REFLEXIONES FINALES</b>	
¿DÓNDE EMPIEZA Y TERMINA EL TRABAJO DOMÉSTICO? .....	100.
<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>106.</b>

\*\*

### **TABLA DE IMÁGENES**

#### **Mapas:**

Mapa 1. Provincia de Valderrama-Boyacá

Mapa 2. Distancia entre Socotá y Bogotá

Mapa 3. Recorrido Socotá-Jericó

#### **Archivos:**

Archivo 1-2. Carné de afiliación al instituto colombiano de seguros sociales

Archivo 3. Acta de divorcio Omaira y Jairo

Archivo 4. Cambio de apellido

Archivo 5. Copia de liquidación por finalización del contrato

Archivo 6. Copia liquidación por dominicales y festivos

Archivo 7. Correo postal de Luisa a Omaira

Archivo 8. Copia de paz y salvo por el tiempo de trabajo a la familia Duran García

### **Fotos:**

Foto 1. Escuela de Socotá

Foto 2. Parque Nacional de Bogotá. Omaira junto a su tía Oliva y otras empleadas de servicio doméstico.

Foto 3. Omaira y las niñas de la familia Grisales

Foto 4. Mi primer sueldo

Foto 5. Omaira entrando a la iglesia

Foto 6. Invitados del matrimonio de Omaira y Jairo

Foto 7. Primer embarazo de Omaira

Foto 8. Familia Duran García

Foto 9. Omaira, Lupe y compañeras de trabajo

Foto 10. Omaira y Luisa

Foto 11. Celebración fin de año en el club El Rancho

Foto 12. Cumpleaños Andrés

Foto 13. Primera comunión Nataly

## Introducción:

Realizar una investigación etnográfica en un contexto conocido y familiar puede parecer menos arduo que tener que enfrentarnos a algo desconocido o distante. Así, yo me imaginaba que estudiar la trayectoria de vida de mi abuela Omaira sería un poco más fácil por la cercanía y confianza que tenemos. Después de todo, desde mi niñez, he escuchado una y otra vez las historias de mi abuela, en esas típicas conversaciones de almuerzo en familia, historias que siempre estaban acompañadas de una anécdota feliz o de un “gracias a Dios las cosas han cambiado”. Lo que yo no había anticipado, es que esta gran familiaridad también podría convertirse en un obstáculo, debido a la naturalización de las vivencias de mi abuela. Sin embargo, creo que he logrado moverme en esta tensión entre distancia y cercanía, para restituir de la manera más honesta y reflexiva posible estas vivencias permeadas por el dolor, el trauma, el sufrimiento y la felicidad.

A lo largo de mis años, he visto a mi abuela Omaira ser multifuncional. Recuerdo verla levantarse muy temprano para poner un tinto en la estufa y tomárselo con mi mamá, para compartir el inicio del día. Mi abuela participaba en la preparación del desayuno y me ayudaba a alistarme para ir al colegio, antes de ir a su trabajo. Ella trabajaba en el centro de la ciudad y, para llegar hasta allá, debía hacer uso del transporte público con la ruta E-3 que iba del norte hasta el sur de la ciudad. Su trayecto duraba entre una hora y media y dos horas, dependiendo del tráfico y de la frecuencia de los buses.

Su entrada al trabajo era a las 7 a.m. Trabajaba como empleada de servicio doméstico para la familia Duran García. Después de 25 años de servicio, sus deberes ya se habían convertido en una rutina compuesta de habilidades domésticas de cuidado, compañía y limpieza. Su trabajo se basaba no solo en acompañar a su jefa, sino también a los hijos de ella a diligencias de citas médicas, citas con abogados en juzgados, trámites burocráticos o cualquier circunstancia que requiriera la presencia y ayuda de mi abuela. La jornada laboral de mi abuela terminaba cuando salía del apartamento de la familia Duran García a las 6 p.m. Sin embargo, las labores de cuidado, limpieza, cocina y atención continuaban con los miembros de su propia familia y por supuesto conmigo.

Pues las lógicas del trabajo doméstico no difieren entre espacios privados ajenos y propios, sus lógicas y demandas se instauran en los cuerpos feminizados de cada núcleo familiar. Respecto a eso, para comprender la estructura y funcionalidad del trabajo doméstico, se debe remitir el análisis de este campo a la categoría de ‘care’ propuesto por los movimientos

sociales feministas y desde los estudios de género, respecto a las diferencias que existen en el entramado de discursos y prácticas sociales que sitúan el trabajo doméstico en una multiplicidad de niveles como: trabajo reproductivo - productivo, el trabajo doméstico remunerado y no remunerado. La crítica y propuesta feministas del 'care' permite hablar de ese campo amplio de análisis y reflexión desde la comprensión de dicha categoría, como actividad y trabajo.

De acuerdo a Arango y Molinier, el paso del concepto de trabajo doméstico al de trabajo de cuidado permitió complejizar el abordaje de estas actividades dando cuenta de sus dimensiones emocionales, morales y simbólicas. Estas autoras también señalan que las relaciones de cuidado se tejen en una correlación entre el Estado y la familia, "las políticas públicas se han construido sobre modelos de familia y pactos de género basados en una concepción que equipara a las mujeres con las madres. Convirtiéndolas en las mejores cuidadoras de su prole y de sus familiares dependientes" (Arango y Molinier, 2011). Lo que conlleva, a la legitimación de la doble carga del trabajo doméstico sobre las mujeres más pobres. Es así que, desde mi contexto familiar, he rastreado una serie de dinámicas patriarcales establecidas, naturalizadas y reforzadas que construyen a las mujeres como las encargadas de las labores del hogar y de cuidado de todos los miembros de nuestra familia, especialmente de los niños, niñas y adultos mayores.

En el marco de esta tesis, me propongo reconstruir la trayectoria de vida de mi abuela Omaira, con el objetivo de evidenciar el funcionamiento de la dominación familiar, social y laboral en las vidas de las mujeres campesinas y de sectores populares que se ven inmersas por fuerzas mayores (factores económicos, migraciones involuntarias, entre otros) en el trabajo doméstico, como principal actividad económica que las ayuda a subsistir y existir. Trabaje esta historia de vida, como una secuencia dividida en una serie de etapas, en las cuales Omaira ha jugado diversos roles sociales, como hija, empleada, esposa, madre y abuela entre mediados del siglo XX y principios del siglo XXI.

Para reconstruir la historia de vida de mi abuela, me he centrado tanto en la dimensión práctica de sus experiencias (lo que hizo y lo que le ha pasado) como en la dimensión interpretativa (sus pensamientos y sus sentimientos). Por tanto, la trayectoria de vida que se construye en estas páginas muestra el carácter complejo de las dinámicas del trabajo doméstico, marcadas por la dominación, pero también por la resistencia y la resiliencia de una niña y mujer campesina que creció en las cocinas y las intimidades de familias de clase media y alta en Colombia.

El trabajo doméstico implica casi siempre la aceptación de un rol predefinido por el género y la clase (que construye a las mujeres de origen popular como seres puestos al servicio de los demás). Este grupo de mujeres hace referencia a aquellas que migran del campo a la ciudad, y se instalan en barrios de origen obrero, ubicados en las periferias de la capital. Para Fleisher y Marin, la construcción de esta noción de mujeres populares puede darse desde la interrelación del espacio y las diferencias socioeconómicas que demarcan el contexto urbano. El traslado del punto de origen de las empleadas hasta su punto de destino, el trabajo, “implica salir de barrios más heterogéneos en términos de clase, etnia y origen social, hacia sectores más ricos y homogéneos socialmente, espacios en donde ellas están corporalmente marcadas como el otro” (Fleisher y Marin, 2019). De ahí, la relevancia de estudiar el trabajo doméstico desde la interseccionalidad de las categorías de diferenciación de género, raza y clase.

La interseccionalidad es constituida por un conjunto de características de diferenciación, asumidas a priori sobre los sujetos que componen un espacio social determinado. Estas formas de diferenciación varían dependiendo de cómo y desde dónde se piensa la diferencia, el poder y la subordinación (Piscitelli, 2008). Esta autora también añade que, la interseccionalidad es una noción que captura las consecuencias de la interacción de dos o más formas de subordinación como: el sexismo, el racismo y el patriarcado (Piscitelli, 2008). La utilidad de la interseccionalidad para el análisis del trabajo doméstico radica en la amplitud de análisis que se crea al entablar que este trabajo no es realizado por todas, sino sólo por aquellas mujeres que según Molinier (2012), ocupan una posición subalterna en el espacio social, por razones de clase, raza, etnia y condición migratoria.

Sumado a eso, se debe tener en cuenta que las dinámicas de trabajo doméstico varían entre sí, dependiendo de la forma singular en la cual se configura la tensión entre cercanía espacial y distancia social en cada familia. Según los casos, los deberes y derechos de las trabajadoras en las casas de familia pueden tener importantes variaciones. A lo largo de esta tesis, también se exploran las configuraciones en las cuales mi abuela Omaira se ha construido como mujer, respondiendo a una serie de dominaciones, resistencias y resiliencias a lo largo de su niñez, adolescencia y vida adulta.

De ese modo, me propongo a analizar en esta tesis el funcionamiento práctico de las relaciones de dominación que se dan en espacios privados y particulares del trabajo doméstico. Donde tiene lugar una cercanía física -en el espacio privado de las casas- y una enorme distancia social, ligada tanto a la asimetría en cuanto a recursos y oportunidades como a los vínculos de subordinación que caracteriza el vínculo entre empleadores y empleadas

Respecto a eso, me interesan particularmente las respuestas de resistencia, resiliencia y, en algunos casos, de aceptación que desarrolló mi abuela Omaira frente a esas lógicas de dominación y de subordinación, al ser niña y mujer campesina en el servicio doméstico. Con eso, espero poder restituir parte de la experiencia del trabajo doméstico, tocando temas como las hibridaciones familiares por migraciones involuntarias; el impacto de la falta de educación sexual y derechos reproductivos; la dominación sobre los cuerpos y deseos de las mujeres del servicio doméstico; la desprotección social que afecta estas mujeres y el impacto que tiene la doble presencia del trabajo doméstico en lo laboral y en lo familiar, lo cual implica una continuidad de las labores domésticas hasta la vejez.

La pregunta que guía esta investigación es: ¿Cómo la reconstrucción de una trayectoria de vida de una mujer campesina, que trabajó al servicio de familias desde su infancia, permite analizar las formas de dominación, resistencia y resiliencia que caracterizan la experiencia del trabajo doméstico? Con el propósito de responder a dicha pregunta, los objetivos de esta investigación son:

1. Explorar las tensiones entre la dominación, resistencia y resiliencia en la historia de vida de Omaira
2. Indagar sobre la influencia que tuvieron los roles de género en las diferentes etapas de la historia de vida de Omaira
3. Evidenciar la ambigüedad de los lazos afectivos que se tejen en el trabajo doméstico desde la historia de vida de Omaira

Esta tesis se compone de tres apartados, que retratan diferentes etapas de la vida de mi abuela Omaira, en torno a su experiencia como niña y mujer que ejerció el trabajo doméstico, la obtención de su pensión y la continuidad de estas labores en sus propios núcleos familiares.

El primer capítulo reconstruye dos experiencias relevantes en la niñez de mi abuela Omaira. La primera se relaciona con su posición de hija primogénita, encargada de las actividades domésticas familiares. Y la segunda remite a su vinculación como niña interna en el trabajo doméstico para una familia campesina más acomodada y, luego, para una familia bogotana. Este trabajo como niña-empleada implicó una migración y separación de su núcleo familiar, trayendo consigo rupturas y celos familiares. Su infancia fue diferente (y desigual) tanto en relación con sus hermanos como en comparación con las niñas de las familias para las cuales trabajó.

El segundo capítulo aborda la adolescencia de mi abuela Omaira desde dos experiencias particulares que permiten retratar el ideal del siglo XX, respecto a la construcción de las mujeres desde el matrimonio y la maternidad. Con eso, hago énfasis en cómo su intento de liberación del trabajo doméstico se vio interrumpida por las dinámicas de violencia económica y sujeción en que estuvo expuesta durante la convivencia con su pareja. Y por medio de las cuales tuvo que ingresar nuevamente a las lógicas del trabajo doméstico y a otros sectores laborales de mano de obra femenina barata.

El tercer capítulo reconstruye la experiencia de 35 años de trabajo doméstico que realizó mi abuela Omaira para dos generaciones de la familia Duran García. Este apartado está construido desde dos partes. En la primera, reflexiono sobre las formas legales de regulación que afectan los tratos y condiciones que se dan en el trabajo doméstico. Es importante anotar aquí que el caso de mi abuela Omaira resulta ser excepcional, por lo que tuvo la oportunidad de cotizar y luego recibir una pensión de vejez (teniendo en cuenta que, en Colombia, hasta hoy en día, el derecho a la pensión es un logro que muy pocos alcanzan). En la segunda parte, especificó las complejas mezclas de violencias y afectos que marcaron las relaciones entre mi abuela Omaira y su patrona, la señora Amelia. Pues a pesar de los aparentes vínculos de confianza y cercanía familiar que se crearon a lo largo de años de intimidad compartida, la distancia social se mantuvo entre una y otra, así como los lazos de dominación y resistencia.

## **Teorizar el trabajo doméstico desde la antropología de la infancia y los estudios de género**

El componente teórico que nutre las discusiones e interrogantes de esta investigación son dos enfoques de la antropología social: la antropología de la infancia y los estudios de género. La selección de estas perspectivas se dio por la relevancia de la conceptualización ya hecha sobre aspectos que se retratan, problematizan y analizan en los diferentes apartados de este trabajo. Así pues, las conclusiones de este trabajo pretenden ser un aporte a las discusiones, y alcances de ambos enfoques, desde el análisis de la figura de empleada de servicio doméstico en Colombia.

El primer enfoque es la antropología de la infancia, que se sitúa en los debates de la escuela de cultura y personalidad. Este enfoque emerge por un interés particular de las ciencias

humanas en el estudio de la infancia en dos dimensiones, según (Chacón, 2015), la visión que tienen de sí mismos y la perspectiva de la sociedad a la que pertenecen. Pues, “los niños y las niñas habían sido tradicionalmente dejados de lado dentro de la literatura y el debate antropológico” (Pachón, 2009). El interés que fundamenta este enfoque es cómo la cultura moldea a los individuos desde el momento de su nacimiento y el impacto que las primeras experiencias de la infancia tienen tanto en la personalidad adulta como la cultura de la sociedad a la que pertenece cada niño o niña. Es decir que las disposiciones con las cuales crece y se desenvuelve un niño, dan cuenta de patrones tempranos del comportamiento y roles que definen una posición social.

Un ejemplo de lo anterior, es que mientras los hijos de los obreros europeos fueron sustraídos de los trabajos industriales en el término de medio siglo y protegidos por el sistema escolar y social, los hijos de indígenas, esclavos y mestizos en América, África y Asia continuaron participando en las formas de producción propias de la periferia del sistema-mundo capitalista (Pedraza, 2007). Autoras como Pachón (2009) y Mead (1982) plantean que la mayoría de las mujeres que trabajan en el servicio doméstico llegaron a los centros poblados urbanos siendo muy niñas, e influenciadas por factores sociales y culturales, conduciéndolas al trabajo doméstico como única opción productiva de vida, que les permitiría materializar un bienestar individual y familiar.

Siguiendo en la misma línea, existen otros autores que se han centrado en la investigación del trabajo infantil, impulsando la noción de ‘infancias perdidas’ por la asimilación de roles adultos a temprana edad (Camacho, 2019; Carrillo, 2015; Maureria, 2002). Esta noción de ‘infancias perdidas’ emerge en el círculo familiar, donde se asignan y definen los roles para las mujeres y hombres, limitando sus perspectivas de vida y anhelos. Esta estructura social muestra cómo la subordinación de las mujeres a la autoridad masculina, lleva a muchas mujeres a migrar a las principales ciudades para trabajar y aportar al sustento familiar, de aquellos miembros que se quedaron en el campo (Pachón, 2008-2009, Sarasúa, 2013; Mead, 1982; Benedict y Mead, 1959).

La importancia de este enfoque, en la presente investigación es la problematización y comprensión del trabajo infantil doméstico, específicamente en el siglo XX, como un campo aparentemente natural y abierto a niñas racializadas y de sectores populares, donde parece ser que, desde sus pautas de crianza y socialización, se les educa para el servicio de otros. En ese sentido, esta perspectiva de niñez permite que se cuestionen aquellas infancias diferenciadas y distantes que pueden coincidir en un mismo tiempo y espacio, pero con trayectorias futuras distintas, como se expondrá en el desarrollo del primer capítulo.

El segundo enfoque son los estudios de género, entendidos como un paradigma contemporáneo y feminista, que tuvieron su mayor auge desde la década de 1970, donde las antropólogas feministas reclamaban espacios académicos propios para el estudio de la mujer. Aunque la mayoría de los estudios se enfocaron en la subordinación de la mujer como un constructo universal de las sociedades estatales y capitalistas, estas perspectivas brindaron nuevos focos de análisis que se centraron en otras formas históricas de construcción y dominación de la mujer desde los espacios privados y públicos, desde la productividad y reproductividad (Mohanty, 2008; Stolcke, 1996; Sotomayor, 2011; Legarde, 2005).

Los debates más recientes de este enfoque, centran el interés del trabajo doméstico desde la economía y la ética del cuidado. Los aportes que estas dos corrientes le brindan al análisis de este campo de estudio, es descentrar el rol impuesto sobre las mujeres como proveedoras y asistentes en los cuidados y labores del hogar. Por su parte, la ética del cuidado, hace alusión a la experiencia moral del trabajo de cuidar a otros, por la vulnerabilidad que sufren quienes realizan estas labores, pues como bien se sabe este trabajo ha sido relegado a los cuerpos femeninos, en especial aquellas mujeres que por condiciones de raza, clase y educación ocupan un lugar subordinado en la sociedad.

Por eso, la perspectiva de la ética del cuidado, sitúa el debate del ‘care’ y del trabajo doméstico a un ámbito ético y político, el primero de acuerdo a Molinier (2012), se debe a que este trabajo tiene una dimensión ética en cuanto es una actividad impredecible para la reproducción de la vida individual y colectiva. Para autoras como Gilligan (2009), en el universo generalizado del patriarcado, el cuidado es efectivamente una ética femenina que refleja la dicotomía del género y la jerarquía del patriarcado. Pues, los trabajos de cuidado que se hacen en el ámbito doméstico propio o ajeno, han sido relegados históricamente a las mujeres, ejerciendo sobre ellas una dominación por parte de los hombres, quienes les relegan estas labores por el ‘amor’ que está en la naturaleza de todas las mujeres. Entonces, la ética del cuidado es el reconocimiento y valor basados en criterios relacionales y contextuales<sup>2</sup>, que realizan algunas mujeres desde las labores de cuidado y preocupación de otros.

Por otra parte, la dimensión política del trabajo, “se inscribe en una perspectiva de emancipación de las trabajadoras del cuidado, en el horizonte de una sociedad más cuidadora, en la que estas mujeres, tengan el derecho a ser cuidadas -cuando lo necesiten- de manera equitativa y eficaz” (Arango y Molinier, 2011). Estas autoras, señalan la necesidad de transitar

---

<sup>2</sup> Estos criterios hacen referencia a las relaciones establecidas en un contexto en que se sitúan las labores de cuidado y atención en el ámbito doméstico.

de una ética a una política del cuidado, pues la ética del cuidado va acompañada de una justicia que hace visible las dimensiones emocionales, morales y simbólicas que representan la ética de este trabajo y la importante valoración que se le debe otorgar a quien lo realice.

De ahí que la dimensión política del ‘care’ es reconocer que se trata ante todo de un trabajo. “Politizar el cuidado no es solo hacer reconocer el valor del cuidado en el plano simbólico de la civilización sino también, apelar a la ética de la justicia” (Arango, 2011). Lo que lleva a pensar en la necesidad de fomentar leyes que garanticen los derechos de las trabajadoras y reflexionar sobre las condiciones que permiten que esas leyes sean aplicadas en todos los ámbitos en que se desarrollan los trabajos de cuidado, sea el espacio privado propio o ajeno.

De acuerdo a lo anterior, la economía del cuidado “permite identificar esa economía paralela, sobre la cual se apoya la economía formal para asegurar las condiciones de reproducción de la mano de obra y de las nuevas generaciones” (Arango y Molinier, 2011). Respecto a eso, Federici (2012), dice que es necesario incluir en la economía las labores de cuidado y atención no reconocidas, pero que son eminentemente productoras de un bienestar y reproducción social. Ese reconocimiento, va de la mano de la dimensión política del cuidado, donde también se reconoce que estas labores se ejercen desde una doble presencia entre los espacios laborales y familiares en que se mueven algunas mujeres (Pérez, 2005 y 2006; Sagastizabal y Legarreta, 2016; Torns, 2008).

Sumado a eso, autoras como Rodríguez (2015) y Federici (2012), argumentan sobre la necesidad de visibilizar el rol del género en el trabajo doméstico no remunerado que hace parte del proceso de acumulación capitalista. E invitan a evidenciar las implicaciones en términos de explotación de las mujeres, tanto por parte de los jefes como de los maridos. Es importante señalar que la economía y la ética del cuidado nos invitan a enfatizar aquellos elementos del cuidado que producen o contribuyen a producir valor de riqueza, fundamental en las economías capitalistas para la reproducción de la fuerza de trabajo.

Finalmente, el aporte que hace el enfoque de los estudios de género, es el análisis de los sistemas de subordinación, resistencia y exclusión de la vida humana, en específico de las mujeres. Además, evidencia las construcciones sociales y culturales que históricamente han marcado una diferenciación entre hombres y mujeres, fomentando la dicotomía de los espacios privados/públicos y unas relaciones de dominación. Este enfoque, se interesa por los problemas sociales que ocasionan un estudio de la construcción diferencial de los géneros, y las nuevas formas de teorizar a aquellos sujetos -mujeres- que han sido relegadas en la historia y la realidad cotidiana.

## **Acerca del trabajo de campo y la cuestión de “hacer extraño lo familiar”**

El trabajo de recolección de datos etnográficos desarrollado en el marco de esta tesis no se hizo en un tiempo y lugar específico. Pues, al trabajar sobre la trayectoria de vida de mi abuela, tuve que acudir a recuerdos, narraciones e imaginarios familiares. Esto quiere decir, por un lado, que los análisis que propongo en esta tesis se basan en historias y situaciones que he conocido, directa o indirectamente, mucho antes de estudiar antropología. Y, por otro lado, que, en los últimos años, mi vida familiar (y, en particular, los momentos compartidos con mi abuela) se ha confundido con mi trabajo de campo.

El hecho de centrarse en una sola historia de vida no implica, sin embargo, encerrarse en la singularidad. Si la vida de mi abuela es interesante, no es solamente a título individual, sino porque permite reflexionar sobre los mecanismos estructurales (sociales e históricos) que la han moldeado. Así, intentaré mostrar, a lo largo del texto, como la existencia de mi abuela se ha desarrollado dentro de los límites impuestos por ciertas condiciones materiales y culturales; límites que, en ocasiones, ella ha logrado desafiar o transgredir (Muratorio, 2005). La historia de vida que pretendo reconstruir acá incluye narrativas de dolor, de indignación, de aceptación y celebración de una existencia construida desde la dominación, la resistencia, y la resiliencia.

Para la reconstrucción de la trayectoria de vida de mi abuela Omaira, realice la recolección de datos en diferentes momentos. Con mayor énfasis desde 2019, en el marco de la materia de clases populares y élites hasta la actualidad, en 2021. Aparte de los relatos obtenidos y las reflexiones desde los archivos familiares, tuve que acudir a recuerdos y anécdotas de mi infancia, durante la cual compartí experiencias y espacios de la vida personal - familiar y laboral de mi abuela.

Las narrativas seleccionadas y presentadas en los diferentes capítulos de esta tesis son construcciones hechas desde diferentes voces y perspectivas: sus padres, hijos, hermanos, nietas y empleadores. El uso de distintas voces e interpretaciones sobre momentos específicos resulta importante para contrastar las narraciones y memorias de los hechos reconstruidos desde la experiencia individual de mi abuela Omaira como empleada del servicio doméstico. Con eso en mente, se emplearon otras herramientas metodológicas que permitieron ampliar y profundizar las historias, debates y hechos que acontecen el presente trabajo. Esas herramientas fueron las entrevistas semiestructuradas (Bravo, 2013; Sampieri, 2013) y la revisión de archivo (Ansa, 2017).

Es importante señalar que, en mi decisión de estudiar un contexto familiar, hubo retos y aciertos para la producción de materiales empíricos. Tuve que negociar mi posición como nieta e investigadora frente a mi abuela. No quería que, por mi posición familiar, ella sintiera temor a ser juzgada o que yo fuera entrometida en acontecimientos dolorosos y silenciados de su vida. En este contexto, parto de la hipótesis de que sus silencios responden, por lo menos en parte, a su voluntad de protegerme. Pues el dolor se transmite por las narrativas y los sentimientos que estas memorias reviven. No solo en quien las vivió sino también en sus oyentes.

Sin embargo, el vínculo maternal que tenemos jugó un papel importante en la construcción del trabajo con ella. Aunque, al inicio, sentí que mi abuela solo me compartía sus recuerdos y experiencias para ayudarme con un trabajo académico, a lo largo del trabajo juntas y de la socialización de los resultados que iba teniendo, ella se mostró mucho más interesada. En sus silencios atentos a mis lecturas, ella se quedaba analizando estos relatos siempre mirando un punto fijo. Al terminar, complementaba algunas cosas o simplemente me compartía otro recuerdo en relación con lo que estuviéramos hablando. Esa familiaridad y cercanía con mi abuela, junto con la construcción de una dinámica compartida de investigación, me han permitido tener acceso, de primera mano, a información sobre su vida que ni siquiera sus hijos, padres y demás nietos han tenido.

Frente a eso, considero a mi abuela Omaira como la coautora de estas páginas, las informaciones recolectadas por medio de entrevistas, archivos y conversaciones informales para la construcción de argumentos fueron compartidos con ella, y ella jugó un papel importante para seleccionar los fragmentos de historias más relevantes, de acuerdo con los debates y objetivos que me propuse desarrollar. Para interpretar los materiales, siempre intentábamos cruzar los puntos de vista. Para cada situación o historia analizada, se entremezclaban las interpretaciones que mi abuela había realizado en el momento de los hechos, las interpretaciones retrospectivas de ella en el contexto de la investigación, mis interpretaciones como nieta y miembro de la familia y, finalmente, mis interpretaciones como aprendiz de antropóloga crítica y reflexiva.

En diciembre del 2020, llegué a Illampu, la finca de mi abuela. Como es costumbre, íbamos a celebrar la navidad y el año nuevo. Esta vez, sin embargo, no se trataba solamente de celebrar las fiestas con mi círculo familiar cercano, sino de realizar mi trabajo de campo etnográfico. Conforme iba avanzando mi trabajo de campo, me percaté de una serie de comportamientos y roles predefinidos y aceptados que son visibles por la división de espacios entre hombres y mujeres. Las mujeres constantemente estábamos en la cocina ocupándonos de la preparación de los alimentos y bebidas para casi 15 personas, la atención a los abuelos y

niños. Mientras los hombres estaban afuera mirando las siembras, algunos animales y haciendo uno que otro arreglo en la huerta, el garaje o los corrales de los animales.

En principio, cuando mi abuela tenía ratos libres, luego de la hora del almuerzo, nos sentábamos en el hall de la casa para ver el horizonte y hablar de su niñez, de lo que significó para ella trabajar desde tan pequeña y cómo hoy, siendo una mujer adulta, ve en retrospectiva esas experiencias en su vida. Este primer intento de recolección de información no resultó tan ameno porque, cerca de nosotras, se encontraban familiares prestando atención a las narraciones que mi abuela me brindaba, por lo que ella decidió omitir anécdotas de tristeza, impotencia y arrepentimiento que vivió durante su niñez, adolescencia y parte de su vida adulta, como, por ejemplo, lo que piensa acerca de sus padres y de la responsabilidad que le dieron. Eso lo sé, porque en posteriores encuentros a solas me lo hizo saber en sus expresiones y anécdotas que complementaban la construcción de su niñez.

Volví a visitar a mi abuela en enero y me quede hasta marzo del 2021, en esta oportunidad, tuve más tiempo para compartir con mi abuela. Diariamente la acompañaba a llevar la comida de las gallinas, la vaca, la cerda, los camuros y los perros; trabajábamos un poco en la huerta; plantábamos matas de café y flor de cayeno; secábamos y seleccionábamos el café para venderlo. Hacíamos las labores del hogar como las comidas y oficios juntas, y, en este tiempo, fuimos teniendo conversaciones informales que permitieron profundizar en la reconstrucción de las experiencias dadas en las primeras entrevistas y el archivo fotográfico.

Después de la recolección de datos etnográficos, llegó el tiempo de la escritura y de la socialización de los resultados con mi abuela Omaira. Recuerdo particularmente el día en que mi abuela escuchó una de mis presentaciones del proyecto de forma virtual. Mientras yo exponía los temas y debates que desarrollo en cada capítulo, ella se quedó en silencio, escuchando atenta lo que yo exponía. Al momento de terminar mi intervención, se me acercó y, con los ojos aguados, me dijo:

“Nunca me había dado cuenta de todo lo que pasé y viví de la forma en que tú lo estás haciendo. Yo creí normal el hecho de siempre haber trabajado, pero nunca me cuestioné las cosas que dejé de hacer en mi niñez y mi vida adulta por estar ocupada en el afán y la necesidad de trabajar. Yo sé que tú entiendes que, para mí, el trabajo siempre ha sido lo más importante pero no tanto como mi familia” (Conversación informal, 2021).

Trabajar sobre la trayectoria de vida de mi abuela Omaira me ha hecho cuestionar mi propia trayectoria y la posición privilegiada desde la cual escribo estas páginas. Me ha obligado

a desnaturalizar una imagen creada desde su rol multifuncional en mi familia y cuestionar los tratos, relaciones y disposiciones que seguimos replicando de una herencia patriarcal y machista sobre ella, como la matrona del hogar a la que le corresponde, aún en su vejez, continuar con las actividades domésticas y de atención para todos los miembros de su familia.

En cuanto a las cuestiones éticas relacionadas con esta investigación, he utilizado un consentimiento informado como principal acuerdo de forma escrita y verbal. Dicho documento establece el propósito de la investigación, la relevancia de la participación de mi “sujeto de estudio” y la aprobación del uso de datos recogidos por ella misma y por actores externos que aportaron en la construcción de las narrativas empleadas. Junto con eso, es importante señalar que, al trabajar una parte de la investigación desde archivos como los álbumes familiares, se hizo el mismo proceso de consentimiento a las demás personas que aparecen en las fotos, y que serán usadas como apoyo analítico.

Entonces, con el uso y aprobación del consentimiento informado, las personas manifestaron estar de acuerdo con su implicación directa e indirecta en este proyecto de investigación, desde la información recolectada y analizada. Por petición de aquellas terceras personas que son nombradas por distintas relaciones espaciales y afectivas en concordancia con la trayectoria de vida que se construye acá, se cambiaron nombres, apellidos y pixelación de imágenes, por seguridad y privacidad de las identidades.

## CAPÍTULO 1

### **Familia y trabajo infantil feminizado en el siglo XX**

*“El problema con el género es que prescribe cómo debemos ser, en vez de reconocer cómo somos. Imagina cuánto más felices seríamos cuanto más libertad tendríamos para ser nosotras mismas, si no tuviésemos el peso de las expectativas de género”*

Chimamanda Ngozi Adichie - Todos deberíamos ser feministas

En este primer capítulo, se presenta el contexto social y geográfico de Socotá, región boyacense de la cual proviene mi abuela Omaira, expone la estructura familiar del siglo XX, como una institución que en su funcionamiento reproducía las prácticas sociales desde la diferencia de sexo, conformando relaciones de dominación -hombres- y subordinación -mujeres-. En esta época estaba otorgado a los hombres el dominio y poder de decisión sobre

los cuerpos, deseos y acciones de mujeres y niños. La niñez de mi abuela Omaira y los diferentes roles que le fueron atribuidos en los espacios privados y con las labores del hogar reflejan sin duda estas dinámicas.

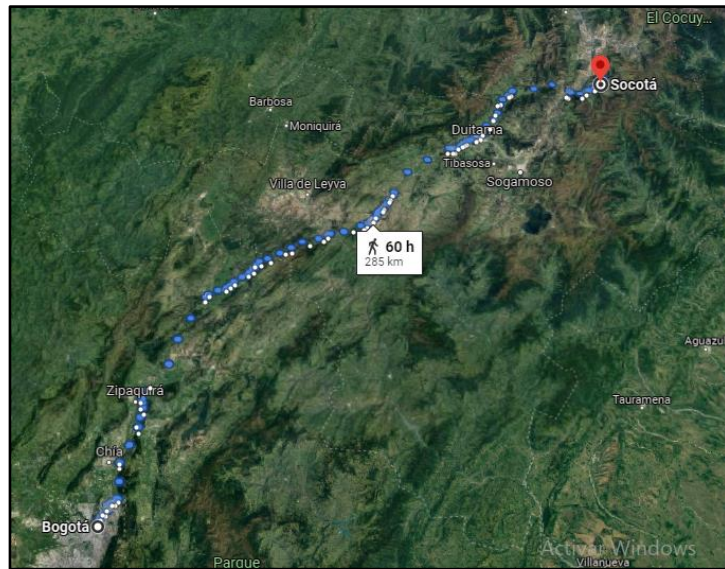
A partir de eso, se introducen las dos experiencias de trabajo doméstico infantil que tuvo mi abuela Omaira en el contexto rural -Jericó- y urbano -Bogotá- de Colombia. Ambas experiencias relatan procesos de dominación, resistencia y resiliencia desde las experiencias de migración, hibridación familiar, trabajo infantil, vulneración a derechos básicos y las infancias diferenciadas entre ella, sus hermanos, y las niñas de las familias para las cuales trabajo.

### **1.1 ¿Qué es ser una niña campesina en Colombia?: Una aproximación al contexto familiar de Omaira en 1960**

Omaira nació el 29 de diciembre de 1959, en la vereda de Mausa del municipio de Socotá, perteneciente a la provincia de Valderrama, ubicado al nororiente de Boyacá. Sus límites se encuentran hacia el norte con Jericó, al sur con Socha, Tasco, Sativa y Paz del río, al oriente con Chita y al occidente con Gámeza, Tasco, Socha y Sativanorte (Alcaldía Municipal de Socotá, s.f.). Es la hija mayor de doce hermanos, cinco mujeres y seis hombres, todos del matrimonio entre Ana Elba Gómez y Aristóbulo Ortiz, dos campesinos que, al igual que muchos otros de ese municipio, se dedicaban a la cría de ganado y agricultura en pequeña escala. Durante muchos años, este pueblo se caracterizó por ser un punto central de intercambio de mercancías con otros municipios aledaños para obtener materias primas como el hierro, carbón y pieles. Hoy en día, es un pueblo dedicado a la explotación minera en menor escala.



Mapa 1. Provincia de Valderrama-Boyacá. Obtenido de Google.



Mapa 2. Distancia entre Socotá y Bogotá. Obtenido de Google Maps.

La propiedad privada en Socotá ha estado distribuida por predios minifundistas, ocasionando que la actividad agrícola funcione bajo el sistema de pancoger, es decir solo para la subsistencia propia y no para vender a gran escala. Esto ha provocado dificultades alimentarias durante las temporadas de no cosecha, que ocurren entre julio y septiembre en esta zona del país.

El problema de la tierra y la falta de oportunidades laborales hizo que muchas personas migrarán a otros municipios o lugares del país, para poder enviar dinero a su familia. En la niñez de mi abuela, sus padres no tenían propiedad, vivían en las fincas que cuidaban mientras trabajaban por temporadas de cosecha. En las casas donde vivían solo contaban con la cocina que tenía una estufa de leña y un cuarto grande, donde había dos camas: una para sus padres y la otra donde dormían los hijos -Omaira, Rafael, Marina, Jaime y Segundo-. Cuando se acababan los tiempos de cosecha, el padre de mi abuela Omaira, se quedaba sin trabajo y eso implicaba una inestabilidad para su familia.

Cuando ocurría eso, Aristobulo decidía irse por temporadas muy largas a Venezuela para trabajar de oficios varios en el campo, actividades que eran reconocidas y su contribución monetaria era significativa. Mi bisabuelo, Aristóbulo, fue educado desde su niñez para trabajar la tierra y obtener el sustento de la misma. El conocimiento de la agricultura y la ganadería, fue heredado de su padre, Jorge, que también fue campesino y tenía una amplia herencia de conocimientos sobre el campo.

“Yo no sabía leer, ni escribir. Lo único que me enseñaron mis papás fue a trabajar la tierra y andar con el ganado. Con eso fue que yo saque adelante a mi familia, eso mismo les enseñe yo a mis hijos. A Omaira y Rafael, les tejimos unas mochilitas que cargaban pa’ todo lado cuando íbamos caminando y ellos iban cogiendo semillas de haba, maíz y luego las sembramos en la casa. Con eso teníamos con qué comer cuando no hubiera” (Aristóbulo Ortiz, 2020).

Durante la ausencia de mi bisabuelo, fueron mi abuela Omaira y su madre, Ana Elba, las encargadas no solo de los quehaceres del hogar y del cuidado de los niños más pequeños, sino también quienes trabajaban la tierra y estaban pendientes de los diferentes animales que tenían, y de los cuales conseguían alimentos como: huevos y leche, de la leche hacían queso y mantequilla. Estos productos, en su mayoría, los vendían en la plaza central de Socotá, los domingos que eran los días de mercado. Con las ganancias que obtenían, compraban harina, sal y algo de carne para subsistir por un tiempo.

“Nos levantamos bien temprano. Me tocaba ayudar a mi mamá con mis hermanitos más pequeños a darles el tetero y mirarles el pañal, que no eran así desechables como hoy en día. Eran de tela y tocaba estar lavándolos. También a ver los animales, e ir por el agua hasta la quebrada porque no teníamos ningún servicio. Me tocaba ir a una quebradita que quedaba un poco retirada de donde vivíamos, casi a 10 minutos. Allá era donde íbamos a lavar la ropa y bañarnos. En ese momento, éramos cinco hermanos: Marina, Rafael, Lilia, Jaime, Segundo, un hermanito que falleció por una gripe mal cuidada, y yo” (Omaira Ortiz, 2020).

Los procesos de movilidad que realizó Aristóbulo, entre Colombia y Venezuela, se justificaban porque eran para encontrar una mejor estabilidad económica. Sin embargo, eso no ocurrió pues cuando él regresaba de Venezuela, casi siempre llegaba como dice mi abuela, “con una mano por delante y con la otra atrás”. En sus regresos, llegaba con un mercado, pero el resto del dinero que le quedaba lo gastaba en trago.

“Yo sufrí mucho bregando que encontrar para darles de comer cuando no teníamos y él antes llegaba sin nada de dinero, para peor. Aguantamos hambre y necesidades, pero es que yo no podía irme a trabajar, con todos esos niños que tenía y los que siguieron llegando...” (Ana Elba, 2020)

Las difíciles circunstancias familiares de mi abuela Omaira se debían a la falta de recursos económicos, lo cual se agravaba por la incapacidad de su padre para consolidar el bienestar para su familia. El campo, tiene una particularidad cuando se entablan los contratos sociales entre un obrero y un terrateniente, porque son acuerdos verbales que configuran relaciones sociales y cercanas, que permiten compartir espacios de ocio. Eso lleva, a que algunas relaciones de trabajo estén mezcladas con el alcohol, pues la bebida cumple dos funciones: la de embriaguez claramente pero también como una forma de pago a los jornaleros. Godoy (2008) afirman que, en algunos casos, el consumo del alcohol influye en las expectativas de vida y agravan las dificultades de las familias, pues la dependencia al alcohol los aparta de las posibilidades de fines y medios sociales para conseguir una estabilidad familiar. En este caso en particular, mi bisabuelo siempre terminó invirtiendo más en el trago que en comida, vestimenta y educación para su familia. A pesar de sus esfuerzos físicos para conseguir un sustento diario, su gusto por la cerveza profundizó más las necesidades de su familia.

Con el contexto presentado anteriormente, se puede comprender que, durante el siglo XX, las familias en Colombia, eran establecidas sobre los valores católicos y en una estructura patriarcal, que en conjunto legitimaban una distinción clara en los roles de género dentro de las familias, donde predominaba una superioridad masculina sobre las mujeres, relegándolas al espacio privado y las labores del hogar. Se esperaba que – bajo la imagen de la Sagrada Familia – el padre, la madre y los hijos siguieran los patrones de comportamiento deseados para ese momento (Pachón, 2008). En estas familias del siglo XX, primaba una distinción entre géneros. Los hombres ocupaban el espacio extra doméstico caracterizado por lo social y el trabajo, y ejercían su autoridad dentro de los núcleos familiares. Mientras tanto, las mujeres pertenecían a la esfera doméstica, como encargadas del cuidado y de la atención.

En estas unidades familiares, “los niños han de ser educados y preparados socialmente con vistas a las demandas del mundo de los adultos” (Wolf, 1971). En este modelo de sociedad, las niñas eran educadas y preparadas para ofrecer un servicio de cuidado, tanto dentro de sus núcleos familiares como en estructuras ajenas donde predominaba la presencia de un hombre. La experiencia de crianza de mi abuela Omaira y de su mamá Ana Elba, permiten ilustrar este punto. Ambas fueron criadas dentro de un contexto patriarcal en el cual su papel consistía en servir a quien lo necesitaba, antes de atender sus propias necesidades. Este modelo en el cual debían ser útiles y productivas para otros ha seguido presente a lo largo de sus vidas.

Respecto a ese panorama de dominación masculina, mi abuela Omaira recuerda a su abuelo materno, Domingo, siendo muy autoritario con todo el mundo, pero en especial con las

mujeres de su hogar: su esposa Sofía, su hija Ana Elba y su nieta Omaira. En su visión, el papel de las mujeres se debía reducir a la voluntad de su padre o esposo.

“Mi abuelo Domingo era muy machista. Él no permitió que mi mamá fuera a la escuela por ser la mayor. Siempre estaba en la cocina ayudando a atender a todos sus hermanos y los obreros que tenía mi abuelo. Cuando yo iba, no me dejaban jugar o estar en el monte con los animales y mis hermanos. Me ponía a ayudar en la cocina o en cualquier oficio que hubiera. Y ahí donde uno no le hiciera caso... el regaño tan tremendo y las quejas que le daba a mi papá. Mi mamá me decía que tenía que hacer caso, que yo entendía...” (Omaira Ortiz, 2021).

En las vacaciones del 2016, acompañé a mi abuela Omaira a Socotá, para visitar a algunos familiares y llevar unos presentes para las celebraciones de año nuevo. Duramos casi 7 horas de trayecto por carretera desde Bogotá. El pueblo de Socotá no es muy grande, sólo tiene un poco de comercio alrededor de la plaza central. A diez minutos de allí, pasamos el puente, que representa un punto estratégico para la comercialización de mercancías, víveres y movilidad entre Socotá y las veredas aledañas. Luego, la zona geográfica se torna más rural. Deja de haber casas y empiezan a aparecer más árboles, montañas y uno que otro animal por la carretera. Duramos media hora más de recorrido, hasta llegar a la casa de la familia Gallo. Recuerdo que, a nuestra llegada, la señora Diosa dijo que habíamos llegado en buen momento porque el pan acababa de salir del horno. En ese momento, mi abuela comienza a contar algunas anécdotas de su niñez:

“Este es el pan boyaco y antes era un lujo, porque solo quienes tenían horno y dinero para comprar o intercambiar la harina, podían hacerlo. Los vecinos a veces nos regalaban unos talegos de pan, pero eso era raro. Cuando alguien le prestaba el horno a mi mamá, ella hacía que cantidad para tener ahí guardado y asegurado el pan de cada día. Eso era lo que nos daba en la cena y la comida, para variar la sopa de harina...” (Omaira Ortiz, 2016).

Al día siguiente, recorrimos largos caminos, subimos y bajamos montes para llegar a lo que un día fue el hogar de ella y su familia. Lo único que se encontraba eran pedazos de propiedades en estructuras de barro. Sin planearlo y un poco perdidas en el terreno porque el paso del tiempo va cambiando aspectos geográficos, llegamos a las ruinas de la escuelita municipal de Socotá. Mi abuela con todo su entusiasmo me miró y dijo: “Mira mi Sharis, está era la escuelita donde venía con Marina y Rafael”. Estábamos frente a una casa larga y amplia, de un solo piso, parte del techo estaba caído y la fachada estaba un poco deteriorada.

Ese día nos sentamos en el pastal frente a la escuelita, mientras esperábamos a Alfredo, el esposo de mi abuela. Ella recordó que había tres o cuatro salones con su respectiva maestra, los baños y tenían una vaca y unas ovejas. Dijo que cuando la vaca estaba dando leche, las maestras repartían a media mañana.

“Acá, la gente era muy pobre. Mi mamá nos enviaba con un tinto y ya. A veces, si había pan, pues nos daba. Pero entonces, esa misma situación la vivían muchas familias. Las maestras por eso nos repartían la leche porque, incluso, había compañeritos que llegaban sin probar bocado de la noche anterior. Acá sigue mucha pobreza. Por eso, tú ves que hay demasiadas casas abandonadas. Solo hay personas adultas, casi todo el mundo crece y se va para la ciudad a buscar algo mejor, como me tocó a mí...” (Omaira Ortiz, 2016).



Foto 1. Escuela de Socotá. 2016.

Mientras observaba lo poco que quedaba de la escuela, miré hacia todos lados y lo único que podía observar eran grandes montes y una pequeña vía en tierra. Le pregunté a ella si todos los días debían desplazarse tan lejos para poder estudiar. Mi abuela asentó con su cabeza:

“Nos tocaba madrugar mucho porque siempre era una hora o hora y media que se gastaba caminando uno para llegar de la casa hasta acá. A veces, era más tiempo porque nosotros nos la pasábamos cambiando de casa a cada nada, por el trabajo y las cosechas. Pero uno, de niña

y creciendo en el campo, se acostumbra a esas distancias. A mí me gustaba porque venía jugando con mis hermanos y otros amigos” (Omaira Ortiz, 2016).

Cuando mi abuela Omaira cursaba primero, estaban también en su salón los niños de segundo y tercero. Los reunían en un mismo salón porque no había suficientes maestras para atender a cada curso y porque los estudiantes eran pocos. Pese a que a mi abuela amaba ir a la escuela, compartir y aprender, no pudo continuar con sus estudios debido a las condiciones sociales y económicas de su familia. En los años 1960, estudiar era un lujo para muchos niños y niñas del campo. Los que vivían en situaciones menos favorecidas crecían y entendían muy rápidamente que su supervivencia dependería del trabajo, ya fuera trabajando la tierra o haciendo los quehaceres del hogar. Sus padres – más que los maestros de la escuela – eran quienes les enseñaban estos oficios.

Siguiendo este modelo marcado por una profunda naturalización de una división de roles de género, mi abuela Omaira aprendió lo necesario respecto a los quehaceres del hogar en su núcleo familiar, sabiendo que, con ello, podría trabajar en otros hogares y generar ingresos adicionales para su familia. Según Sarasúa (2013), en los espacios de familias rurales y empobrecidas, las hijas mayores aprendían desde muy pequeñas a jugar un papel de sustitutas de sus madres, en cuanto a las responsabilidades domésticas. Debido a estos constantes procesos de moldeamiento sobre su expectativa de vida, la mayoría de niñas campesinas de esta época no podían acceder a la educación, ni desempeñar un trabajo asalariado de forma regular.

Las labores domésticas, en la familia de mi abuela Omaira, nunca fueron vistos como formas de trabajo en un sentido estricto. Siempre se consideraron como responsabilidades “naturales” de las mujeres, especialmente las primogénitas. Mi abuela aprendió que, a medida que fuera creciendo, debía hacerse más responsable, autónoma y colaboradora. Así me lo explicó su madre:

“Yo con tantos hijos, no podía hacer todo sola. Me tocaba poner a los más grandes a que me ayudaran con cosas, así como me tocaba a mí cuando niña. Ellas ya entendían. Omaira y Marina siempre estaban conmigo en la cocina para que aprendieran a hacer el fuego, a poner un tinto. Me acompañaban a ver las cabras y el ganado. Cuando era sábado, me las llevaba hasta la quebrada a que me ayudaran a lavar la ropa de todos. Rafael y Jaime si se la pasaban por ahí, pero cuando yo los tenía que dejar solos, ellos eran quienes quedaban al pendiente, como por decir al mando de todo...” (Ana Elba, 2020)

Habiendo incorporado estas disposiciones sociales y culturales, mi abuela Omaira tomó la decisión, a sus siete años, de irse a trabajar para ayudar a solventar los gastos y necesidades de su familia. Frente a eso, se puede cuestionar la idea de una “decisión autónoma”, respecto a esa necesidad de asumir una responsabilidad, que, leída desde una perspectiva actual, constituye una obvia vulneración de sus derechos. En el pequeño mundo rural al cual pertenecía, sin embargo, el trabajo infantil constituía una forma de ayuda perfectamente legítima en ese momento.

“Mi papá siguió yendo más a Venezuela, pero no traía dinero porque siempre se lo gastaba tomando. Entonces nuestra situación cada día iba empeorando, porque ya mi mamá iba teniendo más hijos y eran pues más bocas para alimentar, muchas veces no había ni con qué. Yo, de niña, me daba cuenta de todas esas cosas y, ahí fue que tomé la decisión de irme a trabajar. Yo le digo a mi mamá que quiero ir a trabajar y entonces ella me dice que bueno, que entonces me vaya que es bueno que trabaje porque ella no podía. Pero que siguiera estudiando porque iba a quedar más cerca al pueblo y que aprovechara eso. Ahora que recuerdo, mi mamá nos relegó, a Marina y a mí, todas las responsabilidades de la casa y de estar pendientes de los niños, preparar las comidas. Mientras ella se acostaba a dormir, se levantaba un poco antes de que llegara mi papá. Mi mamá siempre ha sido medio perezosa para esas cosas...” (Omaira Ortiz, 2020).

Autores como Sarasúa (2013) han mostrado cómo la acción de trabajar depende, en muchos contextos, de las necesidades del grupo familiar, de la estructura y la renta familiar, del oficio del padre y la madre, de las ideas sobre el trabajo y sobre el lugar social asignado y aceptado entre mujeres y hombres. En el trabajo infantil, los niños son requeridos para las labores del campo y para la explotación minera. Mientras las niñas se dedican a labores de manufactura, confección y servicios domésticos. Además, el trabajo infantil y más las labores de servicio doméstico manifiestan rasgos de formas de esclavitud y servilismo características de los antiguos sistemas de organización social (Galvis y Hernández, 2002). Como consecuencia de eso, Bourdieu (1998), afirma que la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, se debe a la división del trabajo, en la realidad del orden social.

Durante los siglos XVII y XIX, la población infantil de ciertos sectores sociales y rurales estaba desprotegida en cuanto a derechos. Pues la población infantil no era tenida en cuenta para asignarles derechos ni hacerlos ciudadanos con voz y voto. Por tanto, era frecuente que los niños trabajaran con los adultos en condiciones insalubres e inseguras (Unicef, s.f).

Entonces, el trabajo infantil no estaba prohibido y algunas actividades como el servicio doméstico no eran tenidas en cuenta como trabajo legítimo que estableciera una remuneración y condiciones dignas.

## 1.2 Trabajos feminizados: La experiencia de trabajo doméstico en la niñez de Omaira

Ante la decisión de mi abuela Omaira de empezar a trabajar, a la corta edad de siete años, su padre habló con la señora Margarita, una mujer soltera que vivía con su padre en la vereda de Jericó. Esta familia tenía vínculos de parentesco con la familia de mi abuela, pues el papá de la señora Margarita fue el padrino de confirmación de mi bisabuelo Aristóbulo. La señora Margarita se dedicaba a la confección de ropa, trabajando desde su casa, y mi abuela Omaira fue enviada como ayudante para aprender este oficio.

En 1965, mi abuela Omaira llegó a esta casa de familia que se convirtió en su primer empleo de niña interna. Tuvo que viajar con su padre desde Socotá hasta Jericó, otro pueblo de la provincia de Valderrama. El trayecto lo hicieron en bus y duraron aproximadamente 2 horas.



Mapa 3. Recorrido de Socotá hasta Jericó-Boyacá. Google maps.

Mientras vamos reconstruyendo esta primera experiencia de migración, que llevaron a una separación de su familia y la inserción en el trabajo infantil, emergen ciertos sentimientos de nostalgia por parte de mi abuela, respecto a la manera en que tuvo que crecer lejos de su madre y del afecto familiar.

“Recuerdo que esa mañana yo me despedí de todos mis hermanos y de mi mamá. Ella me dijo que me portara bien, que no contestara y que hiciera todo lo que me pedían. En ese momento yo estaba tranquila, iba un poco feliz porque mi papá me estaba acompañando en el viaje, aunque también me dio nostalgia porque era muy pequeña y pues estaba dejando a mi familia, yo sabía que iba a estar lejos de ellos por un tiempo. Pero más tristeza me dio cuando mi papá me dejó allá y se fue, porque ahí sentí la separación. Cuando pensé en irme a trabajar, no pensé en el tiempo que iba a estar lejos de mi familia, solo en que iba a poder ayudarlos. Pero cuando ya entendía que estaba comprometida con algo y que me tocaba sí o sí, fue que sentí mucha nostalgia porque sabía que iba a crecer lejos de mi mamá, que, a diferencia de mis hermanos, yo iba a crecer sin ella” (Omaira Ortiz, 2020).

Cuando mi abuela Omaira llegó a esta familia como niña interna – para realizar los quehaceres del hogar, pero también como ayudante de modistería – ella ya tenía algunos conocimientos respecto a labores de cocina y limpieza, pero el mundo de la confección era nuevo para ella. Debía aprender desde cero este nuevo oficio, me confesó que se le dificultó mucho. Era lo que menos disfrutaba de sus labores de trabajo.

“La señora Margarita cocinaba con carbón, entonces preparar los alimentos era mucho más fácil. Aunque, me acuerdo que, un día, me quemé en la mano porque agarré mal un disco. A la señora Margarita, le gustaba que yo ya sabía preparar un tinto, un arroz, algunas sopas y pelar papa... Eso era importante porque uno, de Boyacá, es lo que más come, la papa. Por ejemplo, en mi casa, sí era difícil cocinar porque nos tocaba ir a conseguir leña, estar pendiente de las otras casas de la vereda que uno viera que salía humo, e ir a pedir fuego prestado y traerlo con un palo, para hacer fuego y cocinar.

Lo que yo no sabía era coser, eso mi mamá no me enseñó. Uno andaba hasta con la ropa toda rota porque ella ni remendar sabía. Entonces, ¿cómo aprendía uno? La señora Margarita me sentó un día en la máquina de coser de ella, y me enseñó a coger el dobladillo, sacar los moldes con medidas para confeccionar, una puntada que se llama pata de gallina, esa era la más difícil. A mí, no me gustaba mucho lo de la modistería porque me chuzaba demasiado. Me daba sueño hacer eso. Pero, la señora Margarita me decía que pusiera atención, que fuera avispada con eso, que todo lo que me enseñaba me iba a servir en la vida” (Omaira Ortiz, 2020).

Mi abuela dice que, en ese tiempo, era normal que las niñas fueran enviadas a otras familias para trabajar. Pues la mayoría de familias de esas veredas del campo eran pobres, vivían con lo mínimo. Entonces enviaban a las niñas a trabajar para tener un ingreso extra.

Algunas, como ella, tenían suerte y podían seguir estudiando. Pues si bien mi abuela Omaira llegó a la casa de la señora Margarita para trabajar, ella le brindó la oportunidad de seguir estudiando. Así que la inscribió en la escuela municipal de Jericó. Sin embargo, los padres que tenían más dinero pagaban a señoras para que cuidaran a sus hijas mientras estudiaban, funcionaban como hogares de paso.

“La señora Margarita me ayudaba con las tareas cuando yo no entendía algo. Entré a la escolita de Jericó a repetir primero porque yo lo perdí allá en Mausea y, luego, hice segundo. Para el uniforme, mi papá me compró la tela y ella me hizo el uniforme y el resto de ropa pues. De la tela que le sobraba de las confecciones, ella me hacía vestidos y cucos” (Omaira Ortiz, 2020).

Esta situación evidencia que existían distancias sociales entre unos y otros campesinos. La mayoría de familias que aceptaban cuidar o dar trabajo a niñas, eran núcleos familiares en los cuales las mujeres no tenían hijos, ya fueran casadas o solteras. Veían la presencia de esta niñez como una forma de acompañamiento que forjaba la creación de vínculos de cercanía, que se configuraban alrededor del trabajo. Mi abuela llegó a la familia de la señora Margarita siendo una mano extra para los quehaceres del hogar y la modistería. Pero, al mismo tiempo, su presencia en esta familia, se convirtió en una compañía tanto para la señora Margarita como su padre.

“Yo vivía con la señora Margarita y su padre. El señor tenía su propia habitación y nunca se metió conmigo para nada. Cuando salíamos los domingos a la misa y a hacer el mercado en la plaza, él me llevaba a la panadería a tomar perico con galletas. A veces me regalaba dulces. Con la señora Margarita, mi relación fue más cercana, porque ella me enseñó a bañarme sola, a peinarme y estar bien vestida. Yo dormía en el mismo cuarto que la señora Margarita porque yo era muy pequeña y, en las noches, me daba por llorar. Extrañaba a mi mamá. Entonces, la señora Margarita me consentía y me calmaba diciendo que mi mamá iba a venir el fin de semana. Pero eso nunca pasó porque el único que iba a medio verme era mi papá, cada mes para recibir lo que le daban por mi trabajo” (Omaira Ortiz, 2020).

Este cambio de vida tuvo un impacto fuerte sobre mi abuela Omaira, afectando tanto sus perspectivas del mundo cómo su manera de relacionarse con su familia. Mi abuela era consciente que el hecho de trabajar por fuera de su hogar no le daba unas condiciones de vida y bienestar distintas a las de sus hermanos. De manera paradójica, su nueva condición de niña-

trabajadora le daba ciertos beneficios: la posibilidad de recibir una mejor alimentación y de vestirse mejor; la oportunidad de seguir sus estudios y de recibir una atención adecuada en sus procesos de aprendizaje; la invitación a compartir espacios extra-domésticos, como eventos sociales o ir a la iglesia. Eran privilegios a los cuales sus hermanos y hermanas no tenían acceso, por las condiciones socioeconómicas de la familia.

“En cuanto a la alimentación, estando con la señora Margarita, yo pude comer mejor y tener un mejor cuidado y atención. Siempre tuve mis tres comidas y eran buenas: tomábamos sopa, comíamos arroz, papa, verduras. Mientras que, con mis papás, solo podíamos comer sopa de harina y a veces huevos de los que no alcanzábamos a vender. Porque comer arroz, pasta o carne, e incluso papa era un lujo en esos tiempos” (Omaira Ortiz, 2020).

A pesar de estos beneficios, el trabajo infantil doméstico implicó distancia con su familia, lo que le generaba mucha tristeza. Resistió esa separación desde el recordatorio que, con el esfuerzo que estaba haciendo desde su trabajo infantil, podía ayudar a su familia. Aun así, vivía con muchas angustias. Recuerda que, en cada comida, agradecía a la vez que se preguntaba si sus hermanos y padres habían tenido algo para comer. En una ocasión, mi abuela me dice entre risas: “Uno, de niña, se preocupaba mucho por esas cosas que se le salían de las manos”.

Tras dos años de trabajo para esta familia, en 1967, la señora Margarita decidió casarse con un campesino de la zona que, años antes, había migrado hacia la capital en busca de mejores oportunidades.

“Cuando la señora Margarita se casó, ellos vendieron la casa del pueblo donde nosotros estábamos y nos fuimos a Bogotá. Antes de venirnos para Bogotá, ella le preguntó a mi papá si él quería que yo me fuera con ellos para continuar trabajando. Y él dijo que sí, que no había problema, que yo me tuviera que ir a Bogotá con tal de que pudiera seguir colaborándoles para tener dinero” (Omaira Ortiz, 2020).

La señora Margarita había decidido trasladarse a la capital, para que su negocio de modistería pudiera crecer. En estos años, Bogotá constituía centros de atracción para aquellos negocios pequeños que querían expandirse. Para muchas familias, era una época de éxodo rural, y tierras que habían sido agrícolas se urbanizaban, a partir de la disolución de las haciendas y las quintas en la sabana de Bogotá (Duquino, 2010). Las llegadas constantes de familias que venían del campo condujeron a una expansión rápida del distrito de Bogotá, y a la

conformación de nuevos barrios. Es así como mi abuela, junto con la señora Margarita, llegaron al barrio Las Ferias, ubicado al noroccidente de la ciudad, un sector de residencia para la clase media<sup>3</sup>.

“Cuando nos fuimos, yo sentía alegría pues porque iba a conocer un lugar diferente. En ese tiempo, uno escuchaba que la gente hablaba de la capital como ese sitio para despegar, mejor dicho, para tener mejores oportunidades y calidad de vida. La gente que se iba le podía enviar bastante dinero a su familia en el campo. Entonces claro, yo estaba pensando en eso y estaba bien contenta. Pero ya cuando cogimos la flota, que eso era un carro viejo que casi ni servía, duró casi 12 horas el trayecto. De Jericó, salimos a las seis de la mañana y llegamos acá a Bogotá como a las siete de la noche. Cuando ya pasamos por el pueblo y veía que nos estábamos alejando cada vez más de las veredas, lloré un largo rato por mi mamá. Yo no me quería ir tan lejos, pero mi papá me dio la autorización de llevarme. Ahí yo, ¿qué podía hacer?, si me tocaba trabajar” (Omaira Ortiz, 2021).

Para mi abuela, esta migración del campo a la ciudad no significaba solamente alejarse aún más de su familia. Implicaba también ajustarse a dinámicas sociales y culturales distintas a las que ella había conocido en el campo: las formas de relacionamiento con otra gente, la libertad de movilidad y el acceso a la educación, todo eso había cambiado.

En Bogotá, la relación laboral y afectiva que se había construido entre mi abuela Omaira y la señora Margarita fue cambiando, debido a la transformación del contexto familiar y social. Mi abuela empezó a tener restricciones en la movilidad debido a que la ciudad era mucho más grande que el pueblo: ya no podía relacionarse con niños de su edad porque no la dejaban salir a jugar afuera ante el temor de que se perdiera. Asimismo, dejaron de enviarla a la escuela por dos razones principales: por un lado, no había un colegio cerca de la casa, y por el otro lado, los colegios de Bogotá tenían un costo y la señora Margarita no estaba dispuesta a pagar por la educación de Omaira. Así que mi abuela permanecía en la casa, y su única actividad consistía en ayudar con las labores del hogar y en los encargos de modistería que tenía la señora Margarita. Las labores de modistería hacen referencia a la modificación o creación de prendas

---

<sup>3</sup> El barrio *Las Ferias* fue fundado en 1930. Empezó siendo un espacio semiurbano donde residían algunos campesinos y obreros desplazados por la violencia. Las primeras casas fueron gestionadas con elementos básicos de construcción. Hacia los años 1950, las infraestructuras cambiaron y, con ello, la creación de vías principales y la inclusión de este barrio dentro de la legislación territorial de Bogotá. Con estos cambios, en 1960, este sector de la ciudad se posicionó como un barrio de clase media alta.  
<http://vivalasferias.weebly.com/territorio.html#:~:text=El%2027%20de%20septiembre%20de,Urbanizadora%20Las%20Ferias%20Ltda.%E2%80%9D>.

de vestir para hombres y mujeres. En ese sentido, desde la experiencia de trabajo que mi abuela Omaira realizó para la señora Margarita, se expresa la forma en que eran educadas las niñas de esta época, guiadas a los trabajos que solamente pertenecían a las mujeres desde el ámbito privado. De ahí, que la enseñanza de la modistería sea contemplada dentro del amplio universo de los trabajos feminizados.

“Haciendo solo las cosas de la casa y lo de la modistería, pues me quedaba un poco más de tiempo. Para no aburrirme, yo cogía los retazos de tela que sobraban y, como ya sabía coser, le hice como una colcha a mi mamá. Quedó toda colorida porque eran de distintos pedazos de tela. Pero se la hice con amor y se la pude dar hasta que regresé a Socotá. Yo, en Bogotá, no duré mucho. Cada vez lloraba más porque estaba más lejos de mi familia y ya casi ni veía a mi papá, porque le quedaba más complicado venir hasta Bogotá, solo por el pago de mi trabajo. Entonces una vez, él pudo subir, como a los cuatro meses que yo estaba ya en Bogotá. Le dije que yo no quería estar más ahí y que quería ver a mi mamá porque la extrañaba mucho. Entonces él me cogió y me volvió a llevar para Socotá. Ese día fue uno de los más felices que he tenido” (Omaira Ortiz, 2020).

En diciembre de 1967, mi abuela Omaira, a sus 9 años, regresó a la vereda de Socotá, junto con su padre. Ella sintió mucha alegría y lloró cuando volvió a ver a su madre y a sus hermanos, después de casi dos años y medio. Los había extrañado a todos. Para ella no había sido fácil estar esos años alejada de su familia, crecer lejos de sus padres y del amor y cuidado de su madre. Privilegios que sus hermanos y hermanas tuvieron al quedarse en Socotá. Sin embargo, fue inevitable para ella volver a sentir angustia por la situación de su familia, creía que ella tenía la responsabilidad de sacarlos adelante y de poder aportar económicamente. Es una idea, que hasta el momento ella tiene naturalizada en su deber ser de mujer, hija y hermana mayor.

“Cuando regresé, pensé que las cosas habían cambiado un poco desde que yo me había ido. Pensé que tenían mejor la casita, más comida, ropa... porque se suponía que lo que yo estaba trabajando era para eso, para ayudarles a mejorar. Pero todo estaba igual, yo me hubiera quedado con ellos y aguantaba las mismas necesidades, si mi esfuerzo no estaba valiendo. Mi mamá siguió teniendo más hijos y el dinero no se veía por ningún lado. Eso me puso triste y yo no sabía si irme o quedarme” (Omaira Ortiz, 2020).

En las celebraciones decembrinas, es costumbre que se reúna toda la familia. Este año, mi abuela se encontró con familiares lejanos que había visto pocas veces. Entre ellos, estaba su tía paterna Oliva Ortiz, quien era empleada interna de servicios domésticos para familias de clase alta en Bogotá. Viendo las trágicas condiciones de vida de su núcleo familiar, mi abuela Omaira decidió irse nuevamente a Bogotá, para trabajar como empleada interna de servicio doméstico junto con su tía.

Mi abuela Omaira y su tía Oliva llegaron a Bogotá en enero de 1968, para trabajar como empleadas internas de servicio doméstico para la familia Grisales, en el barrio Palermo<sup>4</sup>El señor Javier, oriundo de Medellín, tenía negocios de carros y la señora Verónica, una mujer bogotana, se dedicaba al cuidado de sus dos hijas: una era contemporánea a mi abuela Omaira y la otra tenía cuatro años.

Durante gran parte de esta segunda experiencia de trabajo infantil, mi abuela Omaira tuvo como principal figura de autoridad a su tía Oliva, una mujer campesina de 35 años, quien se había trasladado a Bogotá también a una edad muy temprana para realizar labores domésticas. La tía Oliva era la responsable de guiar y enseñarle a mi abuela Omaira cómo se debían hacer ciertos oficios (lavar, barrer, limpiar el polvo, cocinar y ordenar), respetando las exigencias específicas de los jefes. Las dinámicas de trabajo en este hogar eran distintas a las que Omaira había conocido con la señora Margarita. Se trataba de una casa mucho más grande y las formas de relacionamiento y autoridad entre empleadores y empleadas eran distintas.

---

<sup>4</sup> El barrio Palermo pertenece a la localidad de Teusaquillo, en Bogotá. Su poblamiento inició a principios del siglo XX, con familias de élite bogotana que se trasladaron del centro de la ciudad a los nuevos límites de la Sabana en Teusaquillo y Chapinero. En estos barrios ha predominado una infraestructura arquitectónica inglesa. <http://cronicasdebarrio-bogotaantigua.blogspot.com/2016/10/historia-localidad-de-teusaquillo.html>



Foto 2. Parque Nacional de Bogotá. Omaira junto a su tía Oliva y otras empleadas de servicio doméstico. Año 1969, aproximadamente.

“Al principio, mi tía me enseñó cómo hacer los distintos oficios que me correspondían. Por ejemplo, me enseñó a tender las camas y cuando me quedaban mal tendidas, iba y me las destendía otra vez para que yo aprendiera hacerlo bien. Cuando hacía eso, me daba mucho mal genio. Yo me encerraba en el baño y me ponía a llorar. Mi tía decía: *‘¡Venga Omaira, salga a ver, deje de llorar, muévase a ver, échele agua a las matas, póngase a barrer!’*.

Lo mismo me hacía cuando lavaba mi ropa. Yo la dejaba bien lavada y colgadita, la veía y pensaba que ‘había quedado perfecta [risa]’. Pero no era más que mi tía me revisara y me dijera: *‘Mire! eso quedo mal lavado tiene jabón, lo vuelve a refregar’*. Lo mismo con los tenis que eran blancos y eran los que ya no le quedaban a Laura, la hija de la señora Victoria. ¡Ay! eso si era una tortura porque yo los lavaba con los cordones y todo para que me rindiera. Y claro eso quedaba mal lavado y mi tía otra vez regañándome. Me decía siempre: *‘Eso es para que aprenda hacer las cosas bien y no coja con la pereza, y lo tenga que hacer doble vez’*” (Omaira Ortiz, 2021).

La relación entre mi abuela Omaira y su tía Oliva se limitaba al ámbito laboral. A pesar de tener un vínculo de parentesco, mi abuela dice que nunca tuvieron un vínculo cercano, de

cuidado o de atención. Pero, por el contrario, Oliva fue quien educó a mi abuela Omaira en las normas y deberes del trabajo doméstico, la educó en los conocimientos y prácticas que le servirán para continuar ejerciendo este trabajo. Desde el primer día que mi abuela Omaira llegó a esta casa, le asignaron unas labores específicas en cuanto a los quehaceres del hogar que abarcaban la limpieza, la preparación de alimentos y la atención a todos los miembros de la familia Grisales. Sin embargo, la señora Verónica intentó ofrecerle espacios que iban más allá de lo laboral. Mi abuela recuerda, en particular, que podía participar en diversas actividades de ocio y educación (como, por ejemplo, la posibilidad de salir al cine, de pasar tardes de juego o de recibir enseñanzas en casa). Reconoce que, por ser empleada de servicio en su niñez, tuvo esos privilegios que posiblemente sus hermanos ni ella tendrían en el campo por la falta de capacidad económica.

“Nosotras, con mi tía Oliva, descansábamos los domingos. Los Grisales se iban de paseo o a algún almuerzo familiar a otra casa. Mi tía, a veces, me llevaba al parque o me llevaba con ella a algún sitio. Pero la mayoría de veces, me dejaba sola en la casa. Cuando eso ocurría, yo me ponía a llorar porque no me gustaba estar sola. Y me quedaba dormida llorando en la cama hasta la noche que llegaba la señora Verónica y me preguntaba qué había pasado y me daba algo de dulce.

Yo disfrutaba más cuando los Grisales me llevaban con ellos a hacer cualquier cosa. Recuerdo la primera vez que fui a un cine, era el cumpleaños de Laura. Para mí, eso fue espectacular. Yo allá, en el campo, no tenía televisión ni radio. Entonces claro, cuando nos llevaron ese domingo, yo estaba muy entusiasmada. Vimos la película de *Blanca nieves*, y yo feliz de ver todos es muñecos en blanco y negro. Pero la película que más me impactó fue *Jesucristo superstar*” (Omaira Ortiz, 2021).



Foto 3. Omaira y las niñas de la familia Grisales. Año 1971, aproximadamente.

A pesar de que existía una clara diferencia social y espacial entre mi abuela Omaira y las hijas de la familia Grisales, ella podía compartir momentos importantes con las hijas de sus jefes en su tiempo libre: montaban juntas a bicicleta, jugaban con las muñecas, pintaban e Omaira terminó incluso de aprender algunas cosas básicas del estudio a la par de Laura, la hija mayor de la familia Grisales. Sin embargo, mi abuela Omaira nunca retomó sus estudios completamente porque esa opción, en palabras de ella, ya estaba fuera de su alcance.

“Yo sabía que no podía ir al colegio porque acá, en Bogotá, se necesitaba más dinero. Me acuerdo que, a ellas, les pagaban una pensión de \$2.500 pesos porque el señor Javier nos ponía a contar pura monedita para eso. Entonces, en esa época, eso era mucho dinero y nosotros no teníamos para esas cosas. Pero, a mí, si me hubiera gustado terminar de estudiar. Igual uno crece y entiende cómo son las cosas, entonces deje de afanarme. A mí simplemente la noche me llevaba y el día me traía. Yo, lo único que hacía, era trabajar y pensar en mi mamá” (Omaira Ortiz, 2021).

El anterior relato expresa sentimientos de frustración – pero también de resignación – ante la clara evidencia de unas infancias desiguales. Desde muy niña, mi abuela había entendido que algunas personas nacían y crecían con muchas oportunidades y suerte, mientras que otras tenían muy pocas. La situación se caracterizaba por su ambigüedad: desde su posición de niña trabajadora, mi abuela podía darse cuenta de toda la distancia que la separaba de las niñas de la familia, pero, a la vez, compartir muchos espacios con ellas y observar, desde muy cerca, otras posibilidades de infancia.

Las expectativas, los deseos y sueños que tenía mi abuela cuando niña eran profundamente moldeados por el contexto de dominación laboral y de género en el cual vivía. Las ciencias sociales aún no se han concentrado mucho en esta parte, pero las estructuras y relaciones desiguales que caracterizan a la sociedad colombiana tienen efectos muy profundos sobre los niños: las infancias son tan desiguales como las otras edades de la vida. La única diferencia es que la niñez constituye el momento en el cual las personas forjan sus disposiciones y papel en el mundo.

Autoras como Mead y Benedict (1959) aseguran que la infancia corresponde una etapa de asimilación de roles y comportamientos que forjan la perspectiva a futuro de cada individuo. Pero este proceso puede ser muy diferente en función del contexto social, cultural y familiar de cada individuo. Mi abuela Omaira creció con la idea de que servir a otros era parte de su destino por el solo hecho de ser mujer. A una edad muy corta, se acopló a las lógicas de trabajo feminizado sin importar que se le estaban negando aspectos como la educación, el cuidado adecuado y la recreación. De manera evidente, los niños de la familia por la cual trabajaba – sus contemporáneos ubicados del otro lado de la frontera de clase – adquirieron disposiciones muy distintas.

Las actividades laborales que mi abuela Omaira debía realizar diariamente para contribuir a mantener el bienestar y la calidad de vida de todos los integrantes de la familia Grisales iniciaban con ayudar a su tía Oliva a alistar los uniformes y desayunos de las hijas de sus jefes que debían ir a estudiar. Luego, tenía que arreglar las habitaciones, los baños, la sala, el comedor, limpiar el polvo, barrer y ayudar a preparar las comidas.

“Mi tía me enseñó a arreglar las verduras, los guisos, y ella los cocinaba. Ahí me iba enseñando. No me dejaban usar la estufa porque yo era pequeña. Nosotras hacíamos muchas arepas, porque ellos eran de Antioquia. Entonces nos tocaba cocinar el maíz, molerlo, ponerle queso y hacer la masa para las arepas. En esta casa, aprendí nuevas formas de cocinar y conocí otros alimentos que yo, a esa edad, nunca había visto en el campo, ni en mi casa. Mi tía cocinaba y servía. Yo debía ordenar el comedor y pasar las comidas. Nosotras siempre comíamos en una mesa que estaba en la cocina, nunca compartimos el comedor con ellos” (Omaira Ortiz, 2021).

Como bien lo expone el relato de mi abuela, la experiencia de la infancia variaba radicalmente según la posición ocupada en la estructura de clase. Mientras que ella tenía que levantarse para ayudar a preparar los alimentos, los uniformes y alistar a las hijas de la familia

Grisales, estas mismas niñas tenían una vida centrada en el estudio (en el colegio) y en los juegos (en la casa). La condición de servidumbre<sup>5</sup> en la cual se encontraba mi abuela – como niña empleada doméstica – ha tenido consecuencias decisivas sobre su manera de vivir esa etapa fundamental dentro del proceso integral de crecimiento y formación (Galvis y Hernández, 2002). Ella y las hijas de sus patronos eran todas niñas, pero lo eran de una manera muy distinta. Así, una serie de derechos que hoy son considerados como fundamentales aparecían como una evidencia para las hijas de sus patronos, pero eran inalcanzables para Omaira, quien parecía condenada a vivir una infancia dominada y excluida.

Desde que yo fui niña, siempre crecí escuchando a mi abuela decir que ella había trabajado desde los siete años, que la vida no había sido fácil para ella y que todo lo que teníamos, había sido por su aguante y su esfuerzo. Cuando escuchaba estos relatos, tendía a romantizar la historia de mi abuela. Escuchar que ella siempre había sido una mujer “berraca” me hacía sentir feliz, e incluso me motivaba a ser como ella. Quizás por eso, yo también empecé a trabajar antes de los dieciocho años, en sectores que están dirigidos a las mujeres, pero con la diferencia de que yo lo hacía por decisión y no por imposición. Mi abuela siempre se opuso a que yo trabajara. Me decía que me dedicara solo a estudiar, que por el dinero no me afanara, que ella iba a seguir viendo por nosotros hasta que Dios le diera licencia. Ahora, analizando sus relatos de forma retrospectiva, me parece importante cuestionar la lectura romántica de su historia: es esencial reconocer que sus experiencias de trabajo infantil afectaron sus capacidades y expectativas de vida de una manera muy negativa.

Algunas antropólogas de la niñez han hablado de *infancias robadas* en relación con estas dinámicas de trabajo infantil a lo largo del siglo XX (Camacho; Carrillo; Maureria). Para ellas, la explotación infantil en ámbitos laborales constituía una vulneración clara de los derechos de los niños, limitando aspectos importantes de su desarrollo desde varios ámbitos: el cuidado, la recreación y la educación. La noción de “robo de la infancia” hace referencia a la atribución de “roles adultos” a temprana edad, que, en el caso de mi abuela, fueron legitimados por diferentes actores, desde sus padres y sus primeros empleadores. Para muchas niñas de familias campesinas humildes, el trabajo infantil doméstico para terceros era legitimado como una etapa normal de ingreso a las lógicas del mundo adulto.

“Los niños no deciden perder su infancia, se la quitan, se la roban cuando algún adulto determina que ese niño va a trabajar, esto ocurre más que todo en los contextos de familias

---

<sup>5</sup> Esta condición es entendida como una forma de trabajo, en el cual se establecen unas jerarquías sociales y de poder, entre patronos y siervos. Los últimos, puestos a disposición para satisfacer necesidades básicas de los miembros de la familia para la cual se trabaja.

donde existe una extrema pobreza” (Camacho, 2019). En el caso de mi abuela Omaira, es claro que, si bien recuerda haber tomado la “decisión” de ir a trabajar desde sus siete años, esta “decisión” solo se entendía ante las necesidades de su familia y el peso de ser la primogénita. Lo que no es tan claro es quienes son los adultos que deberían ser considerados responsables por el “robo” de su infancia: ¿Sus padres quienes, al no tener las condiciones para ofrecer una vida digna a todos sus hijos, decidieron entregarla a familias más privilegiadas?; ¿Sus empleadores quienes, al conocer las necesidades de su familia, decidieron recibirla como niña trabajadora?; ¿Otros adultos más quienes, estando en posiciones de poder, dejaron suceder estas situaciones? Estas preguntas son más complejas de responder de lo que uno imagina habitualmente.

Autores como Carrillo (2015) afirman que, antes de la declaración de los derechos del niño en 1989, se pensaba que los niños debían estar bajo la supervisión de los adultos y acatar sus decisiones, aún si estas fueran violentas para ellos. En este contexto, el trabajo infantil aparecía como una práctica legitimada por una serie patrones sociales y culturales (Mead, 1982). Esto significa que los comportamientos de los actores involucrados (las niñas mismas, sus familias y las familias de los empleadores), lejos de constituir transgresiones o acciones desviadas, reflejaban un conjunto de normas interiorizadas, en las cuales se entrecruzan roles de clase y de género.

Durante los seis años que mi abuela Omaira estuvo trabajando para la familia Grisales, creció alejada de su madre y sus hermanos. Como ya había ocurrido en su experiencia de trabajo en Jericó, su padre era el encargado de recibir el pago por su trabajo. Así, él viajaba cada seis meses a Bogotá para recoger el pago que la familia Grisales le daba por el trabajo de mi abuela Omaira y para encontrarse brevemente con ella. Por tanto, ella nunca tuvo autonomía sobre sus decisiones laborales y mucho menos sobre la remuneración de su trabajo. Esta situación de doble sumisión – tanto ante su familia como sus empleadores – aparece claramente en nuestras conversaciones:

“Yo nunca supe cuánto dinero le daban a mi papá por mi trabajo. Yo solo me quedaba tranquila porque pensaba que, con ese dinero, estaba ayudando a mi familia.

Mi papá llegaba como un viernes. Me traía pan de Boyacá, queso, habas, maíz tostado, pollo.

Él le pedía permiso a mis jefes para llevarme a ver a mis tías por allá en el barrio La Victoria<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> El barrio La Victoria fue fundado en el siglo XX, por inmigrantes de diferentes partes del país, en su mayoría campesinos que huían de la violencia. Las primeras urbanizaciones que tuvieron lugar en esta zona fueron conocidas como los chircales donde se fabricaban ladrillos. Desde 1991, pertenece a la localidad de San Cristóbal en el sur de la ciudad.

y que cambiará de ambiente. Entonces claro, yo me alistaba y me iba toda contenta con él. Pero cuando llegábamos, él se ponía a tomar dos días seguidos y yo me quedaba por ahí con mis primos jugando.

Ya el lunes temprano, me dejaba otra vez donde la señora Verónica y yo me ponía triste. Mi papá me decía que me quedara acá en Bogotá, porque, al menos, tenía dónde comer y dormir bien, mientras que a mis hermanos en Socotá les tocaba pasar necesidades” (Omaira Ortiz, 2021).

Mi abuela Omaira nunca supo cuánto dinero le daban a su papá por el trabajo que ella realizó para otras familias durante su niñez. Hoy en día, esta situación le genera cierta confusión moral. Por un lado, dice que, en el momento de los hechos, le parecía normal entregar su salario a su familia porque aún no tenía una noción clara del dinero y que quería ayudar a su familia. Pero, por otro lado, dice que, cuando piensa en la situación de manera retrospectiva, esta le parece como una violencia económica familiar que le produce mucha incomodidad.

“Yo si quisiera volver a mi infancia y hacer valer mis derechos, con todo lo que ya sé en este momento. Hacer que las cosas hubieran sido diferentes, que yo hubiera sido responsable de mi dinero, que me pagaran a mí y no a mi papá. Así, si les hubiera podido haber ayudado de verdad a mi mamá...” (Omaira Ortiz, 2020).

En 1972, a sus 12 años, mi abuela Omaira recibió por primera vez un pago a cambio de las labores de servicio doméstico que ejercía para el bienestar de otras familias. Los miembros de la familia Grisales se habían ido de viaje y no podían llevarla. Para no dejarla sola, porque Oliva Ortíz ya no trabajaba con ellos, la enviaron a la casa de unos tíos de la señora Verónica, para que estuviera ese tiempo allá. Obviamente debía trabajar. Fue en esta oportunidad que, por primera vez, recibió un pago propiamente para ella.



Foto 4. Mi primer sueldo. Año 1972.

“Fueron poquitos días que estuve trabajando para ellos, en un edificio cerca al Campín. Me tocaba lavar, cocinar, planchar... ¡Allá si me tocaba planchar!, lavar baños, escaleras porque era un edificio de tres pisos, lavar los garajes. Allá tampoco usaba uniforme, lo que yo cocinaba era para todos, pero yo si comía en la cocina y también dormía en una habitación aparte. Era hacer casi lo mismo que donde la familia Grisales, pero, en ese sitio, me dieron el dinero a mí, no a mi padre, o a la señora Verónica. Cuando la señora Verónica fue a recogerme, me pagaron con ese billete de 5 pesos y yo me puse feliz. Pero nunca lo pude gastar porque no me dejaban salir a ningún lado entonces, yo siempre lo guardé y lo tuve ahí. Cuando me casé con Jairo, él me lo encontró y se lo iba a gastar. Nos peleamos porque yo no deje. Ahí le conté la historia y él fue quien lo marcó así.” (Omaira Ortiz, 2021)

En el código del trabajo de 1950, el trabajo doméstico aparecía como el único trabajo que podían realizar menores de edad<sup>7</sup>. Sin embargo, no existían estándares normativos para especificar los pagos, las horas de trabajo o el tipo de contratación legal (Código sustantivo del trabajo, 1950). Esto significa que las niñas y mujeres que laboraban en este sector se encontraban en una situación de gran desprotección. En la mayoría de casos, relegando los contratos de forma verbal entre sus representantes -padres y jefes de hogar- junto con los pagos monetarios.

Fue hasta 1959, con el reconocimiento internacional de los derechos de protección y entornos seguros para la niñez, que se pudieron regular las diferentes dinámicas de trabajo, bajo ciertos estándares de conocimiento y edad apropiada. Sin embargo, en Colombia, esta

<sup>7</sup>El artículo 172 de la ley 2663 de 1950 “prohíbe el trabajo nocturno de menores de diez y seis (16) años, con excepción del servicio doméstico” (Código sustantivo del trabajo, 1950).

declaración solo fue acatada hasta principios del siglo XXI, con la ley 1098 del 2008<sup>8</sup>. Durante décadas, el trabajo infantil se mantuvo como una realidad preocupante en el país, atentando contra los derechos de los niños y adolescentes.

## **CONCLUSIONES:**

Este primer capítulo me ha permitido reflexionar sobre la noción del trabajo infantil en el siglo XX, específicamente sobre las labores doméstico en las cuales muchas niñas y mujeres han estado inmersas por los condicionamientos de su contexto familiar, y el funcionamiento social, cultural e institucional de la sociedad colombiana. Como mi abuela, muchas niñas de familias pobres fueron entregadas a otras familias a cambio de una remuneración económica por la realización de los quehaceres del hogar. Sin embargo, cabe mencionar que estos intercambios también eran vistos como una forma de compañía en hogares sin niños, para que las mujeres solteras tuvieran a alguien a quien cuidar. De este modo, los vínculos creados entre estas niñas y las familias que las empleaban eran muy ambiguos porque se configuran en una relación laboral, donde hay amor, cercanía y dominaciones respecto a la posición y derechos que tenían estas niñas empleadas.

El análisis de las infancias diferenciadas entre las niñas de servicio doméstico y los hijos e hijas de los empleadores es particularmente revelador respecto a la categoría de dominación y violencia. Pues el hecho de pertenecer a la misma generación y de compartir los mismos espacios, no lograba borrar las gigantescas diferencias sociales que existían entre unas y otras. Y que afectaban no solamente sus vivencias, sino también sus expectativas de vida y sus formas de relacionamiento social. Esas infancias diferenciadas no ocurrieron solamente en contraposición a las hijas e hijos de los empleadores, sino también, en relación a la distancia ya espacial y social que mi abuela Omaira empezó a tener respecto a sus hermanos y hermanas que se quedaron en el campo.

Las infancias diferenciadas llevan consigo, la asimilación de formas de dominación y subordinación en la vida de las niñas y niños que se ven involucrados en el trabajo infantil. En el caso del trabajo doméstico, las expectativas de vida, deseos y anhelos de las niñas y mujeres

---

<sup>8</sup> El Código de Infancia y Adolescencia, en su artículo 20, numerales 12 y 13, establece que los niños y adolescentes serán protegidos contra el trabajo que por su naturaleza o por las condiciones en que se lleva a cabo pueda afectar su salud, integridad y seguridad o impedir el derecho a la educación y contra las peores formas de trabajo infantil, conforme al Convenio 182 de la OIT. Así mismo, el artículo 35 ibídem define como edad mínima de admisión al trabajo los 15 años.  
[https://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/resolucion\\_mtra\\_3597\\_2013.htm#:~:text=Que%20la%20Ley%201098%20de,impedir%20el%20derecho%20a%20la](https://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/resolucion_mtra_3597_2013.htm#:~:text=Que%20la%20Ley%201098%20de,impedir%20el%20derecho%20a%20la).

empleadas, eran encaminados por las concepciones de vida y buenos modales que tenían sus empleadores. Para eso, interpretó la condición de niña interna como una forma de cautiverio de las mujeres. De acuerdo a Lagarde (2005), la opresión de las mujeres se funda sobre el cuerpo vivido, su sexualidad, sus atributos y cualidades. Estas características han sido normadas, disciplinadas y puestas a disposición de la sociedad y del poder, sin tener en cuenta la voluntad de las mujeres. En especial aquellas empleadas del servicio doméstico, donde ha existido una falta de reconocimiento sobre su ciudadanía y derechos básicos como seres humanos y trabajadoras. De acuerdo a eso, esta tesis comprende el trabajo doméstico como una dinámica de dominación desde el cautiverio<sup>9</sup> de las mujeres respecto a sus vidas, su movilidad, su conocimiento y exploración del mundo externo. En este caso, el cautiverio funciona como una dinámica de limitación y subordinación genérica basada en los binomios de público/privado, trabajo/hogar, producción/reproducción, hombre/mujer. Por eso, se muestra cómo desde las experiencias de trabajo infantil doméstico mi abuela Omaira experimento unas dinámicas de cautiverio desde la dominación de permanecer en el espacio privado, limitándola a conocer el mundo exterior y las formas de relacionamiento.

Frente a las distintas violencias y dominaciones que padeció mi abuela por parte de su familia y de sus empleadores. En su experiencia de infancia, existen resistencias y resiliencias que se pueden observar en esta primera etapa, y que están fundadas por las nociones de amor y entrega, que parece ser solo les pertenecen a las mujeres y que se configuran en la idea romántica de la familia. La ejecución del trabajo doméstico forjó una auto representación de mi abuela, que la posicionó como la principal figura de sustento que tenía su familia y por ese peso, del bienestar, fue que ella desde niña, resistió a dominaciones tan solo por ser mujer.

---

<sup>9</sup> Noción analítica de Marcela Lagarde para comprender que denota rasgos diferenciales dentro de la interpretación tradicional de la condición femenina de opresión, y en esa medida la distinguen, en su especificidad, de otras opresiones, tales como la de grupo marginado y otras.

## CAPÍTULO 2

### Ser mujer en 1970: el anhelo de libertad y autonomía de Omaira

*“Es necesario revertir el hechizo. Ese, que borra a las mujeres de los libros de historia, de las esferas de poder, de las antologías. Que las encierra entre cuatro paredes, con solo colocarles un anillo”*

Guisela López - Es necesario.

En este segundo capítulo, se reconstruye la adolescencia de mi abuela Omaira y el intento de liberación respecto a la dominación masculina por parte de su padre y el trabajo doméstico. En relación a ese proceso, se expone la construcción de mujer, desde el matrimonio y la maternidad. Las narraciones de estas dos experiencias, representan una continuidad de relaciones de dominación y violencia por parte de la figura masculina, esta vez desde su esposo.

Además, el capítulo permite continuar pensando el trabajo doméstico-familiar cómo una forma de “productividad no reconocida” de las mujeres que ocupan las posiciones menos favorecidas del espacio social. Desde esta experiencia el trabajo doméstico tiene lugar en dos formas: el quehacer de las labores de cuidado y aseo para su esposo e hijos, y las labores de limpieza y cocina para sus suegros, esta última forma no era remunerada económicamente pero sí en especie<sup>10</sup>.

Este capítulo también, muestra las resistencias que mi abuela, forjó frente a las dominaciones de su esposo y las violencias económicas y sociales. Una de esas resistencias fue su proceso de divorcio y el cambio de apellido, en una época que veía con extrañeza aquellas pequeñas emancipaciones que empezaban aparecer. Junto a eso, se explora lo que implicó ser madre soltera con dos hijos, lo que la llevó a insertarse en trabajos femeninos. Estas experiencias laborales de mi abuela Omaira permitirán reflexionar sobre aquellos trabajos que, a lo largo de la historia, han sido ocupados por mujeres que, debido a sus condiciones educativas, sociales y culturales, permanecían como mano de obra barata y poco reconocida.

---

<sup>10</sup> Forma de pago en condiciones materiales: alimentación, vestimenta, vivienda etc. y no en dinero en efectivo.

## **2.1 “Pensé que había cogido el cielo con las dos manos”: Matrimonio en la adolescencia**

En 1971, la tía Oliva se casó y se fue de la casa de la familia Grisales. Mi abuela Omaira, de 11 años, se quedó como la única empleada interna de esta familia. La carga laboral de mi abuela se volvió más pesada, pues debía hacer sola todos los quehaceres del hogar y estar pendiente de las necesidades de los cuatro miembros de esta familia. Con el tiempo, se fue acostumbrando y aprendió a manejar esta sobrecarga. Sin embargo, en 1973, la tercera hermana de mi abuela, Marina Ortiz – que tenía 12 años – fue llevada por su papá a la casa de la familia Grisales para apoyar a Omaira.

En ese mismo año, el señor Javier amplió su negocio automotriz y requería de ayuda extra para la limpieza de las oficinas y la atención a sus clientes. Por ese motivo, la familia Grisales decidió dividir el trabajo entre mi abuela Omaira y su hermana Marina. Mientras una se encargaba de los quehaceres del hogar, la otra era enviada a las oficinas. Este sistema de rotación marcó la dinámica de trabajo del último año de mi abuela Omaira para la familia Grisales.

“Las hijas de los Grisales ya eran más grandes y no requerían tanto cuidado como antes. Las cosas de limpieza, preparación de comidas y demás cosas las podían hacer solo una empleada. Entonces, el señor Javier le propuso a la señora Victoria que lo dejara llevarnos a mi hermana y a mí en días de por medio, que así íbamos a ser más productivas. El señor Javier nos llevaba en el carro de él y nos traía de vuelta a la casa. Allá si nos tocaba usar como un delantal, tocaba limpiar polvo, barrer, trapear, hacer tinto y estar pendiente de lo que necesitaran o pidieran los socios de él” (Omaira Ortiz, 2021).

En las oficinas, otras mujeres ya se dedicaban a los oficios generales. Ellas les enseñaron a aspirar y brillar el piso de mármol con las máquinas, a hacer el tinto en las cafeteras y a servir en bandejas. Gracias a estas nuevas dinámicas laborales, mi abuela Omaira conoció más personas y nuevos espacios. Por primera vez, podía establecer contactos y generar formas de socialización por fuera de la casa de la familia Grisales, donde había permanecido encerrada por su papel de empleada doméstica.

“En ese va y viene de la casa a la oficina, conocí a Jairo. Era un muchacho simpático. Lo poco que hablábamos era en la cocina cuando iba a que le sirviera tinto. Se ponía a hablarme de su

trabajo y de su día. La verdad era poco lo que yo le comentaba, es que no hacía nada más que oficio y yo nunca había interactuado con otras personas externas a las familias para las que siempre trabajé. Entonces esos encuentros, para mí sí eran emocionantes porque estaba conociendo a alguien. Pero también sabía que me podían traer problemas, porque no nos permitían tener esos vínculos, así fuéramos amigos. A él, no le importaba que no pudiéramos hablar, me llevaba chocolates, cartas. Así fue que me conquistó...” (Omaira Ortiz, 2021).

Después de un tiempo, los jefes de mi abuela Omaira se percataron de dicha relación y le hicieron un llamado de atención. Desde su punto de vista, este comportamiento no era aceptable para una niña que trabajaba como empleada de servicio interno. Pues no era solamente su imagen que estaba en juego sino también la reputación de la familia Grisales, ya que tenían las dos niñas empleadas bajo su responsabilidad. Como dice García (2013), el control que ejercían los patrones sobre el comportamiento y la sexualidad de sus empleadas de servicio doméstico permiten evidenciar los códigos morales de las familias más adineradas de la sociedad bogotana. De ciertas formas, las empleadas de servicio doméstico interno debían mantener oculta su vida sentimental si querían ser consideradas como “recomendables y de confianza” entre los empleadores.

“El Señor Javier se dio cuenta que yo estaba teniendo algo con Jairo, porque nos veía conversar mucho en la oficina. Un día, Jairo fue hasta la casa donde yo trabajaba, a pedir permiso para que me dejaran ir al cine. Pero la señora Verónica dijo que no, que yo no tenía autorización para salir con nadie. Después de eso, ella me dijo: “Omaira, yo voy a llamar a su papá para que él venga y hable con usted a ver qué van a hacer. Yo no la puedo tener acá y que usted esté saliendo con ese muchacho porque le pasa algo o queda embarazada y me toca después a mí correr con la responsabilidad” (Omaira Ortiz, 2021).

Alertado por la señora Verónica, el papá de mi abuela Omaira subió a Bogotá en octubre de 1973 para hablar con Jairo Romero. Él le advirtió que, si quería tener algo con su hija, primero debía casarse con ella. Para los papás de mi abuela Omaira, no se podía concebir un noviazgo de forma libre. Mi bisabuelo Aristóbulo concebía el matrimonio como un ritual importante que tenía dos implicaciones principales. Significaba, por un lado, que la niña se volvía mujer, adquiriendo nuevas responsabilidades. Y, por el otro lado, que la hija ya no era responsabilidad de sus padres, sino de su esposo, que debía responder por ella.

“Mi papá decía que uno, de mujer, no podía andar por ahí con un hombre, si no había un compromiso, que eso no estaba bien visto para nosotras. Y que si yo quería salir algún lado con ese muchacho – Jairo – debía primero casarme. Pero, de todas formas, yo no sé a mi papá que se le había metido en la cabeza, pero él estaba convencido de que yo, en ese momento, estaba embarazada. Por eso fue su presión en casarnos también. Él me dijo que yo cómo iba a meter las patas de esa forma. Pero, en ese momento, yo no entendía a qué se refería. Yo te digo algo, si yo hubiera estado embarazada en ese momento, Jairo Andrés, mi primer hijo no hubiera nacido en septiembre, sino en julio” (Omaira Ortiz, 2021).

Tanto Jairo como mi abuela Omaira aceptaron el compromiso. Mientras se acercaba el día de la boda, mi abuela no pudo volver más a las oficinas y, durante mes y medio, estuvo sin comunicación con Jairo. De ese tiempo, Omaira recuerda que la señora Verónica quería ser la madrina del matrimonio por la cercanía y familiaridad que existía entre ambas. Por eso, ella fue quien compró la tela y mandó a confeccionar el vestido de matrimonio de mi abuela.

“Yo, en ese momento, la verdad no sabía en qué vaca loca me estaba metiendo. Simplemente estaba feliz, porque me estaban haciendo un vestido lindo. Me sentía contenta porque ya me iba a liberar de mi papá. Pensé que, ya casada, iba a poder hacer todo lo que yo quisiera y no tener la presión de estar trabajando de interna para mantener a todos mis hermanos y hermanas. Sentía que, casada, esa responsabilidad ya no me pertenecía a mí. Yo pensé que iba a coger el cielo con dos manos. Pero no sabía lo equivocada que estaba” (Omaira Ortiz, 2021).

Esa situación que estaba viviendo mi abuela Omaira, representa un panorama normalizado de la época, que es entendido mediante “los intercambios simbólicos en la construcción social de las relaciones de parentesco y del matrimonio, que atribuyen a las mujeres un estatus social de objetos de intercambio, definidos según los intereses masculinos para la contribución del capital simbólico de los hombres” (Bourdieu, 1998). Status que sitúan a las mujeres en una posición subordinada respecto a los hombres, en un panorama que continúa la reproducción de violencias y dominación sobre las mujeres que históricamente han sido relegadas a los espacios privados.

El 7 de diciembre de 1974, en la parroquia de San José Obrero de Duitama-Boyacá, se casaron mi abuela Omaira, de 14 años, y Jairo Romero, de 21 años. Como ella era menor de edad, tuvieron que sacar un permiso eclesiástico para hacer válido el matrimonio. Este permiso

consistía en un acuerdo verbal entre el párroco y el padre de mi abuela Omaira, como principal tutor legal.



Foto 5. Omaira entrando a la iglesia. 1974.

Las fotos del matrimonio de mi abuela Omaira siempre han estado en el álbum familiar. Mirando las fotos, nunca había entendido el trasfondo de ese evento para ella. Pues siempre la observaba y veía que transmitía la felicidad de ese momento. Sin embargo, recuerdo una ocasión en la que pregunté la edad a la que ella se casó. Cuando mi abuela Omaira respondió en voz alta que, a los 14 años, todos quedamos impresionados por la respuesta, tanto sus hijos como nosotras, sus nietas. Pues no entendíamos porque se había casado tan pequeña. Supuse que su felicidad se debía al amor que podría haber entre Jairo y ella, en ese momento.

En el marco de esta investigación, mientras entablamos una conversación sobre las fotos del álbum familiar, mi abuela se quedó observando en silencio la foto de su matrimonio. Después de un tiempo, me dijo que, en el momento en que la tomaron, ella iba entrando a la iglesia. Se sentía feliz con el ramo de flores rojas que le había regalado la señora Verónica:

“Me da nostalgia ver la foto porque, de pronto, yo me hubiera podido casar con alguien que me hubiera valorado mucho más y que no me hubiera hecho sufrir ni pasar por tantas necesidades a mí y a mis hijos. Yo estaba ilusionada de casarme porque ya no me mandaría mi papá, ni un jefe. Fue todo lo contrario. Yo no me imaginaba todo lo que me tocaría pasar de ahí en adelante. Hasta pienso que haberme casado tan pequeña fue un error, me hubiera quedado un tiempo más trabajando para los Grisales y ya, a la mayoría de edad, ver otras opciones. Pero me quise adelantar a todo y vivir mi vida sin que nadie me dijera qué hacer...” (Omaira Ortiz, 2020).



Foto 6. Invitados del matrimonio de Omaira y Jairo. 1974.

“Mira estos son los invitados que fueron a mi matrimonio. Son, de derecha a izquierda, mi hermana Marina, mi padre Aristóbulo, mi madrina Flor, Martha la hija de ella, Jairo y yo. Patricia y Camila, las hijas de mi madrina Verónica y Jairo Andrés, su último hijo. Miguel, un amigo de Jairo, y mi mamá Ana Elba. En nuestro matrimonio no estuvo ningún familiar de Jairo.” (Omaira Ortiz, 2020)

Unos pocos años antes del matrimonio de mi abuela Omaira, sus padres habían migrado de Socotá a Duitama para cuidar la finca de un campesino más acomodado de la zona, el señor Mardoqueo. En este lugar, realizaron la cena y celebración de la boda. Mientras tenemos la conversación sobre la experiencia de su matrimonio a temprana edad, mi bisabuela interrumpe para decir:

“Yo le dije que no se casará. Que me viera a mí, que eso era para sufrir... pero no me hizo caso. Como a mí no me ponían atención pues yo ya qué más hacía, si él -Aristóbulo- ya le había dado el permiso. Yo ahorita no sé qué será de la vida de Jairo, pero miré... no le sirvió para nada, a ella le tocó salir sola con sus hijos” (Ana Elba, 2020).

Después de esta intervención inesperada, mi abuela dice que, efectivamente, su madre le había dicho que no se casará aún. Pero, por la emoción del momento y por las ansias de vivir con más autonomía y libertad, ella había decidido casarse. La perspectiva de una posible emancipación frente a su padre jugó un papel importante en su decisión. Pues se había enterado, poco tiempo antes de su matrimonio, que los salarios recibidos por el trabajo doméstico realizado desde sus 7 años nunca habían llegado a su madre y hermanos. Su padre había gastado todo para satisfacer sus propias necesidades.

A la boda de mi abuela Omaira, no asistió ningún familiar por parte de Jairo, pues él no tenía una buena relación con sus padres y su hermana. De hecho, la noticia de la boda de mi abuela Omaira y Jairo no fue compartida con la familia Romero Valenzuela. Esta familia estaba conformada por María Alejandrina Valenzuela, una mujer dedicada a las labores del hogar y proveniente de Jesús María (Santander) y Emiliano Romero, un campesino de Umbita (Boyacá) que emigró muy joven hacía Medellín, donde se inscribió en las filas del Ejército Nacional. En esta institución, ocupó el puesto de sargento durante aproximadamente 10 años. Luego, se retiró y decidió dedicarse a otras actividades como el comercio de porcelanas, el oficio que ejerció hasta su vejez.

Jairo Romero, mi abuelo, nació en Bucaramanga-Santander, era hijo de una trabajadora sexual, la señora Dora. Después de conocer su historia, el señor Emiliano Romero decidió adoptar al niño para alejarlo de ese mundo. Emiliano y su esposa Alejandrina ya tenían a una niña, Betty Alexandra, pero estaban en busca de un varón ya que Alejandrina no podía quedar embarazada de nuevo por complicaciones de salud<sup>11</sup>.

Jairo tuvo ciertas dificultades para acoplarse a su nuevo contexto familiar. A pesar de sus esfuerzos para ser aceptado por todos los miembros de su nueva familia, siempre tuvo una relación tensa con sus padres y hermana. Se caracterizaba, según el relato familiar, por sus comportamientos desviados y acciones imprudentes (que algunos relacionan con la falta de cariño que hubiera recibido por parte de sus padres adoptivos). En todos los casos, Jairo dejó

---

<sup>11</sup> Existen tres versiones sobre cómo Jairo llegó a la familia Romero Valenzuela. La expuesta en este trabajo es la más relatada en la familia de él.

de estudiar en noveno grado y se independizó, dedicándose a oficios varios en talleres y como conductor.

Cuando llegaron a Bogotá, los recién casados se instalaron en una pieza que Jairo tenía arrendada en una pensión ubicada en el barrio del 7 de Agosto<sup>12</sup>. Respecto a la relación marital, mi abuela Omaira no tenía claro todo lo que conllevaba contraer matrimonio. Ignoraba todo, en particular, de las expectativas que tenía su esposo de tener relaciones sexuales con ella. Tampoco imaginaba entrar en una relación de completa dependencia, en la cual todas sus decisiones y expectativas de vida quedarían a cargo de su esposo. Pese a eso, si tenía internalizado el imaginario conservador de esta época, en el cual la mujer debía permanecer en la esfera privada del hogar y estar dispuesta a realizar los quehaceres y cuidados necesarios para garantizar el bienestar y la reproducción social de su familia.

Debido a que, en Colombia, hasta 1974, se empezó a incluir en la formación de estudiantes de grados 10° y 11° las primeras cátedras de educación sexual, aquellas niñas adolescentes que estuvieron excluidas de una educación formal, no tuvieron acceso a la información adecuada respecto a la sexualidad. Por tanto, en esta época los embarazos adolescentes eran normalizados en vía del deber ser de aquellas mujeres, pero también vistos como un problema social de la adolescencia que tiempo después, en 1991, empezó a tratarse a profundidad.

En el caso de mi abuela Omaira, por falta de acceso a la información de educación sexual durante su adolescencia, ella tuvo su primer embarazo no deseado a la edad de 15 años. Omaira se sorprendió, pero aceptó la situación como una ocurrencia “normal” en el matrimonio. Para Luna (2013), la conceptualización de las labores de cuidado y atención, desde la noción del “maternalismo”, ha sido una construcción histórica del discurso patriarcal que ha naturalizado los roles de madres y cuidadoras para las mujeres. Como muchas de sus contemporáneas, mi abuela aceptó el rol tradicional de género que le había sido asignado desde la institución familiar, como una especie de “deber ser”.

“Mi mamá nunca nos enseñó nada de cómo una mujer se desarrollaba. A mí, eso me lo explicó la señora Verónica porque yo vivía con ella. Pero entonces, nadie me dijo cómo eran las

---

<sup>12</sup> El barrio del siete de agosto fue fundado exactamente cien años después de la batalla de Boyacá. Ha sido históricamente un barrio obrero, la mayoría de sus compradores eran campesinos de origen indígena que estaban llegando a la ciudad desplazados por la pobreza y violencia del campo durante el siglo XIX y XX. <https://www.radionacional.co/noticia/barrio-siete-agosto#:~:text=El%20barrio%20Siete%20de%20Agosto,inquisici%C3%B3n%20y%20se%20les%20persegui%C3%ADa.>

relaciones sexuales, ni cómo se quedaba en embarazo. Si yo hubiera sabido que estando casada debía tener relaciones sexuales, no me hubiera casado. Yo desconocía todo eso.

Cuando yo me enteré de mi primer embarazo, me tomó de sorpresa. Yo sé que estoy embarazada porque mi cuñada Betty me nota enferma y me dice que me haga la prueba. Yo ya tenía un poco más de dos meses. Jairo se puso contento. Dijo que iba a trabajar más para poder irnos de esa pieza. Yo también estaba feliz. Tener un hijo en ese momento no estaba en mis planes, pero ya embarazada ¿qué podía hacer? Nos tocaba salir ya adelante y querer mucho a mi hijo” (Omaira Ortiz, 2021).

El anterior relato tiene un asunto fundamental y es el desconocimiento de esa época respecto a la sexualidad de las mujeres. Como ya se mencionó, fue hasta la década de los 70, que solo un grupo reducido de mujeres (aquellas educadas, de clase alta, o con una relación con la medicina) tuvieron acceso a esta información. Lo que llevaba a que mujeres de zonas rurales y populares del país, fueran excluidas de esa información por la falta de mecanismos de difusión en otros lugares. Esta situación se traduce en altos porcentajes de embarazos adolescentes no deseados y otros problemas de salud física y mental para estas mujeres.

Para comprender la situación específica de mi abuela Omaira, debemos tener en cuenta que, en el siglo XX, predominaba un paradigma culposo sobre la planificación, heredado de la herencia machista y de la relación entre la iglesia y la familia, que desconocían el deseo y la sexualidad de las mujeres. Como lo recuerda mi abuela, los hombres decían que si una mujer planificaba era porque era infiel con su esposo. Y, en segundo lugar, las políticas públicas de salud por parte del gobierno para la planificación fueron también tardías, hasta 1991, se estableció el derecho al acceso de los métodos de planificación para mujeres, brindados por los centros de salud.

## **2.2 La maternidad como resiliencia en la vida de Omaira**

El 16 de septiembre de 1975, nueve meses después del matrimonio, nació Jairo Andrés, el primer hijo de mi abuela Omaira, en la clínica San Juan de Dios. En ese tiempo, mi abuela no contaba con un seguro de salud, así que tuvieron que pagar una suma de 19 pesos colombianos<sup>13</sup>, por la atención prestada. De acuerdo a Hernández (2002), en esta época, el

---

<sup>13</sup> Equivalen a \$8.400 pesos en el 2021. <https://www.dineroeneltiempo.com/peso-colombiano/de-1975-a-valor-presente?valor=19>

sistema de salud en Colombia, estaba conformado por cinco opciones<sup>14</sup> de atención individualistas, que profundizaron las desigualdades de acceso al sistema de salud de acuerdo a la capacidad de pago de las personas. En el caso de mi abuela, el acceso a servicios de salud para controles durante su embarazo, parto y posterior nacimiento de su hijo, se vieron frustrados por no pertenecer a ninguno de los grupos diferenciales de atención. Pues ella al ser una adolescente, campesina y sin trabajo, no contaba con los requerimientos para tener una cobertura total en salud.

Desde ese momento y por un tiempo largo, mi abuela se dedicó exclusivamente al cuidado y a la crianza de mi tío Andrés. Permanecía en la habitación que tenían de arriendo y esperaba a que Jairo llegará en las tardes, para ir a visitar a los papás de él. Fue así que Jairo le enseñó a mi abuela Omaira cómo llegar desde la pensión hasta dicha casa, para que ella ya pudiera salir sola, pues a Jairo no le gustaba ir a visitar a su familia.



Foto 7. Primer embarazo de Omaira. 1975

---

<sup>14</sup> Las formas de atención médica que existían en la década de los 60 en Colombia, estaban divididas en cinco categorías: seguros para sectores privados (clase alta), seguro obligatorio (trabajadores), atención para los pobres (beneficencia), mecanismos de control de epidemias y prácticas médicas populares no científicas.

“Esta foto fue en el supermercado Tía del 7 de agosto. Estaba con mi hermana Marina, comprando ropa para Andrés porque ya estaba a días de nacer. Me acuerdo que ese día, fuimos a comer pollo asado y, en la noche, empecé a tener contracciones. Tenía ya 15 años, y la foto nos la tomó un fotógrafo de la calle porque yo no tenía fotos embarazada entonces Marina decía que para el recuerdo” (Omaira Ortiz, 2021).

A pesar de que mi abuela ya llevaba siete años viviendo en Bogotá, durante su trabajo como niña interna nunca había tenido la oportunidad de salir de la casa de manera autónoma. Ella desconocía casi todo de Bogotá, una ciudad, por demás, en constante transformación debido al alto flujo de migración campo-ciudad. El encierro que implicaba el hecho de ser una niña/ adolescente trabajadora doméstica se prolongó luego en su papel como esposa y madre. Tanto la limitación en la movilidad como la falta de conocimiento del mundo exterior pueden ser entendidas como elementos esenciales del proceso de dominación que mantiene a las mujeres en los espacios privados y en encierro.

Otro índice de la condición dominada de mi abuela Omaira en esta etapa de la vida se relaciona con su situación de dependencia económica frente a Jairo. Pues él prefería que ella estuviera pendiente de los cuidados de mi tío Andrés y de los deberes de la casa, mientras que él se encargaba de conseguir el sustento económico manejando un bus ejecutivo de transporte público, la ruta desde Santa Librada hasta San José de Bavaria. Si bien Jairo contaba con un trabajo estable, mi abuela asegura que su gusto por el dinero y la vida fácil lo llevó a cometer acciones indebidas, hasta el punto de estar en distintas oportunidades en la cárcel.

“Jairo no era un mal hombre, nunca me maltrató ni nada de eso. Lo único malo que tenía es que era amigo de lo ajeno. Cada vez que salían de la casa de los papás de Jairo, mamá Nina cogía el palo de la escoba y le requisaba los testículos a Jairo para cerciorarse de que no se llevara nada. Jairo tenía la maña de meterse entre los calzoncillos dinero o joyas que cogía de ellos. Se la pasaba metido en problemas y hacía chanchullos que no estaban bien, hasta con la propia familia, por eso nunca nos fue bien, ni veíamos el dinero, a veces empeñaba las cosas para pagar deudas, eso era un martirio” (Omaira Ortiz, 2020).

Alrededor del año 1978, Jairo empezó a trabajar cuidando una bodega de juguetes que quedaba en frente del Carulla de la 85, donde también podían vivir. Mi abuela me dice que, en esa bodega, llegaban juguetes, electrodomésticos y ropa importada. Ahora bien, Jairo sacaba mercancía y la revendía en otros lugares, para tener más dinero. Desafortunadamente para él,

los dueños de dicha bodega descubrieron rápidamente lo que estaba sucediendo. Como lo dice mi abuela, cogieron a Jairo “con las manos en la maza”:

“Cuando vivíamos en ese sitio, yo lo único que hacía era estar pendiente de Andrés y de mis cosas. Jairo era el que se encargaba de despachar a los camiones. Entonces, yo no sabía mucho de ese negocio más allá de que llegaba mercancía. Me acuerdo que, una noche, yo estaba haciendo una colada para Andrés. Jairo fue a la parte donde guardaban la mercancía y, cuando abrió la puerta, la dueña de todo eso estaba ahí. No sé qué le dijo, pero Jairo subió agitado y como loco empezó a meter cosas en una maleta. Me dijo que cogiera a Andrés y lo esperara en la esquina. Al rato, llega una patrulla de policía y se llevan a Jairo. Esa fue la primera vez de muchas que se lo llevaron a él. Yo me quedé ahí sola con Andrés y no sabía para dónde coger, así que llamé a un amigo de Jairo y él me llevó hasta la casa de mis suegros.

Yo entré a esa casa con una mano por delante y otra atrás. Apenas entre, mamá Nina empezó con su cantaleta. Me decía: *‘Omaira es que usted es una bruta... cómo se iba a casar con Jairo!, Mire esa vida que le da a usted y al niño. Al lado de él, sólo le espera una vida de perros. Eso le pasa por alcahueta. Se la pasan echándolos de toda parte por esas mañas y usted solo lo acolita’*.”

Yo recuerdo como sentía que me hervía la sangre esa noche. Yo tenía rabia con Jairo. ¿Cómo se va a poner a hacer esas cosas? Yo ahora con Andrés sin tener a donde ir, sin dinero, y ahora en esa casa que no me sentía cómoda. Puede ser que mamá Nina sí tuviera razón de estar brava. Pero no conmigo. Era su hijo el que había hecho las cosas mal y si ellos nunca lo corrigieron, ¿yo que podía hacer? Eso era un caso perdido...” (Omaira Ortiz, 2021).

A Jairo, le dieron una condena de nueve meses por hurto. Mi abuela Omaira pasó alrededor de una semana en la casa de sus suegros. Como ellos no tenían una empleada de servicio doméstico, mi abuela Omaira empezó a colaborarles con el aseo, el lavado de ropa y la preparación de alimentos a cambio de la posada, mientras ella conseguía un trabajo estable. Sin embargo, sus suegros le expresaron que ellos no podían tener la responsabilidad de cuidarla a ella ni a mi tío Andrés. Así que papá Emiliano le consiguió una pieza en el barrio Colombia, en la carrera 75 con calle 32. Le dieron una cama y le dejaron un mes de arriendo cancelado, mientras mi abuela se rebuscaba algo para costearse ella misma los gastos de sus necesidades y las de mi tío Andrés.

“En ese momento, yo no tenía trabajo. No lograba conseguir que me contrataran porque era menor de edad. Y los únicos sitios que me podían brindar ayuda era en casas de familia como

empleada interna, sin Andrés. Yo no lo acepte porque no estaba dispuesta a dejar a mi hijo, yo crecí separada de mi mamá y no quería que él pasara por lo mismo. Entonces, llegue a un acuerdo momentáneo con mis suegros: yo iba todos los días donde papá Emiliano y mamá Nina, a limpiar, cocinarles, hacerle compañía a mamá Nina. Ellos no me pagaban, pero al menos me daban las tres comidas para nosotros” (Omaira Ortiz, 2021).

A la par de realizar estas labores domésticas no remuneradas para la familia Romero Valenzuela, mi abuela Omaira se hizo amiga de una señora del inquilinato donde vivía, y, con ella, iba de por días a hacer aseo a edificios y oficinas. La señora le reconocía un dinero por la ayuda diaria y, con eso, mi abuela iba teniendo con qué pagar el arriendo y demás gastos. Además de eso, mi abuela Omaira seguía ejerciendo labores de servicio doméstico como una forma de ganarse la vida. Sin embargo, para ella y los padres de Jairo, estas actividades del hogar como cocinar, lavar, limpiar no eran dinámicas de trabajo. El no reconocimiento de estas labores procede de los imaginarios sociales sobre la idea de trabajo productivo y que la casa es un espacio que no produce una riqueza significativa. De ahí, que tanto mi abuela Omaira como los padres de Jairo no vieran estas ayudas como forma de trabajo sino como una acción de retribución a las ayudas brindadas.

Cuando Jairo salió de la cárcel, llegó a la pieza del inquilinato en el barrio Colombia y se quedó con mi abuela. Ella le advirtió que, si él no cambiaba y lo volvían a poner preso, se separaban porque ella ya no quería estar corriendo de un lado a otro. Algunos meses después, mi abuela tuvo que viajar a Socotá para visitar a sus padres y demás hermanos. Se suponía que Jairo debía ir por ella después de una semana.

“Yo decidí darle otra oportunidad porque es el papá de Andrés, en esa época era importante mantener las familias por la estabilidad económica y para que la gente no hablara de uno. También, porque pensé que Jairo, estando todo ese tiempo en la cárcel, ya había aprendido una lección y todo iba a ser distinto.

Cuando yo estoy en Socotá, me quedo esperando a que Jairo bajará por mí. Pero empezó a pasar una semana, dos semanas, un mes y Jairo no llegó. Yo llamé a mi hermana Marina para mandarle una razón, y ella me cuenta que a Jairo lo habían vuelto a arrestar por suplantación a la ley. Yo quedé fría. Esa vez fue cuando se puso con unos amigos de él a irse por allá a las Guacamayas y parar vehículos, diciendo que eran del DAS para sacarles dinero a las personas. Alguna de esas personas llamó y los sapeo. Llegaron unos agentes del F2<sup>15</sup> en civil y los

---

<sup>15</sup> Fue una parte de la policía secreta y judicial de Colombia, perteneciente a la policía nacional.

capturaron. Uno de ellos logró escapar. Apenas me entero de eso, yo me subo a Bogotá, y voy a la cárcel la Modelo a verlo. Ahí, le digo que yo no voy a estar más con él, que me quiero separar, pero que estoy embarazada” (Omaira Ortiz, 2021).

Durante su segundo embarazo, mi abuela Omaira seguía trabajando para la familia Romero Valenzuela y empezó a trabajar esporádicamente en la empresa de muebles ROMERO S.A. Su trabajo en esta empresa no estaba mediado por contrato fijo, ya que no podían aceptarla legalmente por ser menor de edad. Pero eso no impedía que, en algunas ocasiones, dicha empresa requiriera de mano de obra barata. La dinámica laboral en la que estuvo inmersa mi abuela, para esta empresa, puede entenderse desde la propuesta de las *zonas grises del trabajo*, que corresponden a situaciones en las cuales los vínculos entre empleadores y empleados son ambiguos y precarios, sin acceso a la protección social (Navarra, 2017). Desde la experiencia de mi abuela Omaira, las zonas grises de trabajo no solo se retratan en esta etapa de trabajo para empresas sino también, en su infancia y parte de la adolescencia con el trabajo doméstico que realizó para la señora Margarita, Verónica e incluso la familia Romero Valenzuela.

“Los dueños de esa empresa eran conocidos de papá Emiliano, entonces él me ayudó a entrar a trabajar ahí. Pero solo me llamaban en temporadas de mitad y final de año porque eran los meses que más trabajo había. Trabajaba en un horario de lunes a sábado de 7:00 a.m. a 4:00 p.m. Me tocaba lijar las partes de madera de los muebles y aplicarles una laca para sellar. A uno se le volvían terrible esas manos por toda esa cantidad de líquidos tan fuertes” (Omaira Ortiz, 2020).

Durante estos largos meses, mi abuela no contaba con una estabilidad económica y tampoco laboral. Justo antes de llegar a la mayoría de edad, su suegro le ayudó a conseguir un trabajo temporal en los laboratorios *LANDER*, en Bogotá, como operaria de máquinas. Esta fue la primera experiencia de trabajo en que mi abuela Omaira firmó un contrato. Tenía prestaciones de ley y un sueldo fijo. Si bien este salario no superaba los 10 pesos colombianos, era una suma significativa para ella y para el bienestar de sus hijos.



Archivo 1 y 2. Carné de afiliación al instituto colombiano de seguros sociales. Año 1978.

“Esa experiencia fue muy gratificante para mí. Yo siempre voy a estar agradecida con papá Emiliano porque siempre me ayudó cuando necesité algo, yo o mis hijos. Además, esa oportunidad de trabajo iba a ser la base para empezar a ahorrar y tener ya las cositas propias. Además, no tenía un hijo solamente, tú mamá ya venía en camino. Y eso eran más gastos, ¿que yo con qué iba a costear? Ese trabajo me cayó del cielo.

Yo nunca había trabajado en una empresa. Entonces, al principio, sí me costó un poco de trabajo entender cómo funcionaban las máquinas, cómo etiquetar, empaclar y arreglar envíos. Como trabajaba en temporadas – que es cuando las ventas aumentan por las fechas de celebración –, el trabajo o mejor el voleo era mucho. Si el gerente nos pedía quedarnos más

tiempo nos tocaba hacer caso, pero no nos pagaban extras, ni nada. Cuando ya salíamos muy tarde, a mí me tocaba irme caminando hasta la pensión” (Omaira Ortiz, 2020).

Esta parte de la trayectoria de vida de mi abuela Omaira ilustra unos cambios en la composición familiar a mediados del siglo XX, que corresponde a la descomposición de esa institución en la cual el hombre jugaba un papel central en todas las decisiones, tanto de la mujer como de sus hijos. Para Pachón (1991), en este siglo, se esbozaron grandes cambios familiares con la salida de la mujer del espacio doméstico y el comienzo de las separaciones entre esposos.

Autoras como Ximena Pachón y Virginia Gutiérrez de Pineda concuerdan en que los cambios sociales y culturales en este siglo produjeron un aumento considerable de las jefaturas femeninas familiares. Sin embargo, este concepto de “jefatura femenina” no estaba muy claramente definido aún: tenía un carácter ambiguo que no recogía las múltiples modalidades fenomenológicas (Pachón, 1991). Modalidades como la existencia de jefatura con o sin presencia del cónyuge, en convivencia permanente u ocasional, con aporte o sin aporte de uno o los dos padres de los hijos etc. Es decir que, a partir del siglo XX, se comenzó una hibridación en la institución familiar clásica, dando paso a nuevas formas de convivencia y núcleos familiares.

Al tiempo que mi abuela Omaira consiguió este empleo, su cuarta hermana – Lilia Ortiz – decidió emigrar a Bogotá, para empezar a trabajar e independizarse. Mi abuela Omaira y su hermana Marina decidieron arrendar una habitación más grande en otro inquilinato para recibir a Lilia, y poder vivir las tres juntas. De este modo, podrían solventar gastos entre las tres y hacerse compañía.

Consiguieron una pieza en el barrio Santa Sofía. Tenían dos camas sencillas, una mesa y un radio. Mi abuela, con su primer pago de laboratorios *LANDER S.A*, compró una estufa que servía con cocinol. Debían compartir cocina y baño con los demás inquilinos. Pero eso no era problema para ellas. Desde su infancia en el campo, habían aprendido a vivir con pocas cosas y a compartir lo que se tiene.

El 6 de noviembre de 1979, nació Nancy Ivone en la clínica San Ignacio. A diferencia de su primer embarazo, mi abuela Omaira ya estaba afiliada a un seguro de salud, que funcionaba como el sisbén. Gracias a este convenio, sólo tuvo que pagar 9 pesos colombianos<sup>16</sup> por todo el servicio médico prestado para la atención del parto de su hija.

---

<sup>16</sup> Equivalen a \$2.000 pesos colombianos en la actualidad. <https://www.dineroeneltiempo.com/peso-colombiano/de-1978-a-valor-presente?valor=9>

“Cuando Nancy nació, yo ya le tenía una que otra cosita comprada, que eran pañales, ropa, cobijas, pues lo necesario. Pero yo no había pensado en el parto. En ese momento, mi única ayuda era mi hermana Marina, porque ella tenía un poco más de ahorros porque seguía trabajando, y fue la que me pagó esa hospitalización y le regaló la primera muda a tu mamá. Marina y Lilia fueron quienes me ayudaron en la dieta. Estaban pendientes del cuidado de Andrés y con los gastos de mis hijos y míos. Menos mal nos fuimos a vivir juntas porque yo no sé qué hubiera tenido que hacer estando sola y con esos dos niños. Claro que después de los 40 días, empecé a buscar trabajo y me salieron cosas entre días, y ese poco dinero alcanzaba para pagar parte del arriendo” (Omaira Ortiz, 2021).

Mi abuela Omaira dejó de trabajar por unos meses, mientras Nancy – mi mamá – crecía un poco más para poderla dejar a cuidado de otra persona. Mi tío Andrés estaba matriculado en un jardín y una señora del mismo inquilinato cuidaba a Nancy, mientras mi abuela iba a trabajar limpiando edificios.

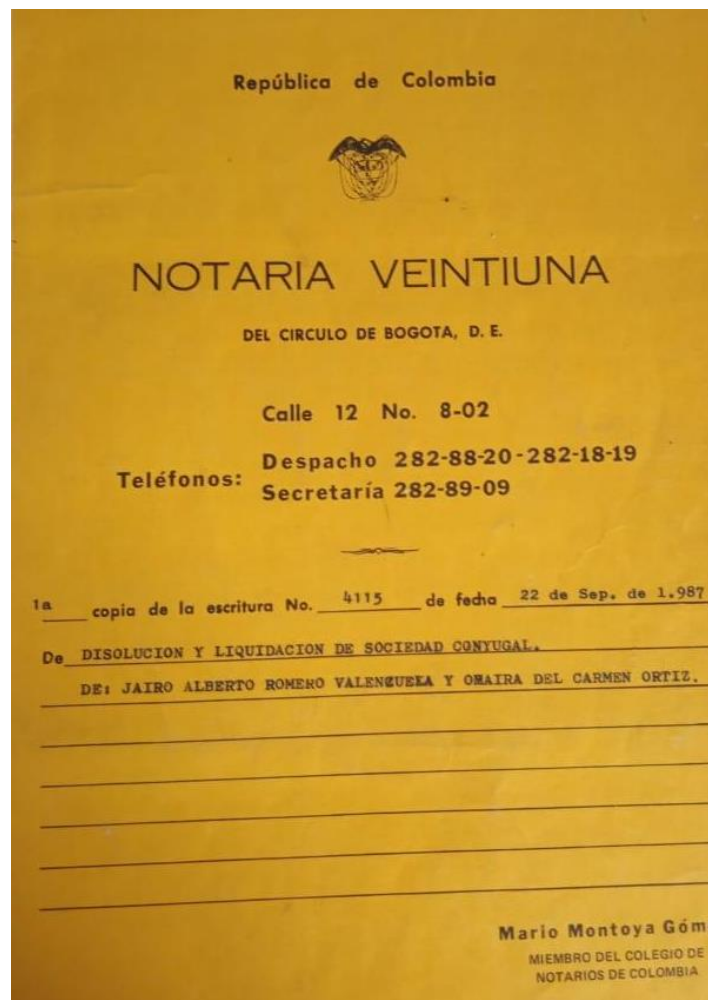
Cuando Jairo salió de la cárcel, mi mamá ya tenía cuatro meses. Pero él no la fue a visitar de manera inmediata. Pues durante el cumplimiento de su condena, él había conocido a Rosalba, la esposa de uno de sus compañeros. Pasando el tiempo, ella se convirtió en su compañera sentimental y, junto con ella, formó una familia contemporánea a la que tuvo con mi abuela Omaira. Esta última comenta:

“A mí, no me importaba, ni me afectaba que Jairo estuviera con otra señora. Mejor para mí, era un peso que me quitaba. Pero eso sí, él nunca respondió por Andrés ni por Nancy. Y yo menos me ponía a pedirle, si sabía que no tenía donde caerse muerto. Después que nos separamos, las pocas veces que cruzamos palabras era en casa de mis suegros cuando iba. Yo sí seguí frecuentándolos cada domingo y les hacía un almuerzo. Cuando Jairo se enteraba pues pasaba para almorzar y ver a los niños. Él llegaba en la buseta con Rosalba y los otros hijos. Siempre entraba solo porque mamá Nina, nunca le aceptó a Rosalba, ni les reconoció a los otros hijos que tuvo. Decía que esa señora era una sinvergüenza y que no podía entrar a la casa. A mí, la verdad, me daba pesar porque Jairo se quedaba toda la tarde ahí con nosotros, y dejaba encerrados en el bus y sin almuerzo a Rosalba y los niños” (Omaira Ortiz, 2021).

Si bien mi abuela Omaira, ya llevaba cerca de 10 años de haber tenido una separación de cuerpos con Jairo Romero, nunca habían hecho legal su divorcio. Porque desconocía el

procedimiento que debía hacer respecto a eso. A la edad de 35 años, mi abuela es asesorada para conseguir el divorcio y solicitar el cambio de apellido marital.

“Era importante que yo me divorciara legalmente de Jairo, para que él no viniera después y se tomará cosas que no le pertenecían. Con ayuda de Sandrita, una abogada, hice los papeles para pedir el divorcio, me tocó ir a buscar a Jairo y él aceptó porque igual ya tenía otra familia y todo. Cuando ya tuve el divorcio estuve más segura de comprar algo propio porque sabía que si me pasaba algo, pues igual le iba a quedar eso a mis hijos” (Omaira Ortiz, 2021).



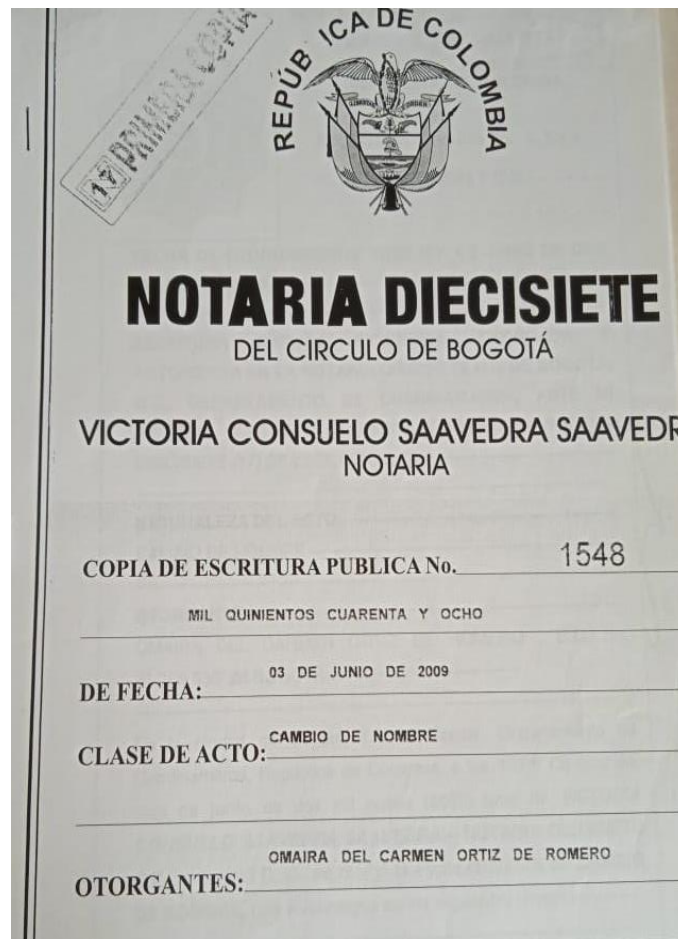
Archivo 3. Acta de divorcio Omaira y Jairo. Año 1987.

En el momento del divorcio de mi abuela Omaira y Jairo, no hubo repartición de bienes materiales porque hasta ese momento ninguno de los dos tenía nada propio, ni habían conseguido construir un patrimonio familiar. Los únicos acuerdos que quedaron planteados legalmente fue la patria potestad de sus hijos, a cargo de mi abuela y el aporte económico del 30% del sueldo de Jairo para alimentación y manutención. Por obvias razones, Jairo nunca

ayudó económicamente a la manutención de sus hijos y pocas veces aparecía para preguntar o compartir con ellos.

A la par de su separación, otro aspecto relevante en la vida de mi abuela y que detalla esos procesos de liberación femenina en busca de una autonomía propia. Fue el cambio de apellido luego de su separación. Referente a ese proceso, mi abuela relata:

“Cuando yo me separé, solo se acabó la unión conyugal, pero yo seguía registrada con el apellido de Jairo, todos mis documentos aparecían: Omaira del Carmen Ortiz De Romero, ya no tenía ni el apellido de mi mamá que es Gómez. Yo me sentía como una propiedad para Jairo como si todavía tuviéramos una relación, me sentía como un objeto, no como una persona, ni una mujer libre. Me tocó hacer todos los papeles en la registraduría, en ese tiempo esos procesos eran bien demorados porque prácticamente yo cansándome ya había renunciado a los derechos de mis propios apellidos. Me tocó estar pendiente y esperar y esperar, pero lo logré” (Omaira Ortiz, 2020).



Archivo 4. Cambio de apellido. Año 2009.

## CONCLUSIONES:

Este segundo capítulo me ha permitido seguir reflexionando sobre las formas de dominación, resistencia y resiliencia que se presentaron en la adolescencia de mi abuela, desde su matrimonio y maternidad. Dos etapas que contribuyeron a la construcción de mujer del siglo XX.

En esta etapa, la dominación se analiza desde dos situaciones principales: por un lado, la presión del matrimonio bajo la creencia de que las mujeres tenían el deber de volverse esposas y amas de casa desde una edad temprana. Las violencias que se experimentan a partir de esas situaciones, son del ámbito económico pues, con sus embarazos mi abuela fue relegada al espacio privado de su hogar y a depender totalmente de su esposo. Por otro lado, el desconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos, y la limitación al acceso de anticonceptivos, representa un contexto social, donde la sexualidad de las mujeres no era tema del debate público, de ahí que la anticoncepción dependiera de la visión del hombre. Este último punto, refuerza los debates que ya se han desarrollado desde el primer capítulo respecto a la dominación masculina sobre los cuerpos, deseos y decisiones de las niñas y mujeres. Ellas en el imaginario de esa época, debían servir de forma productiva y reproductiva.

Respecto a lo anterior, la interpretación que yo hago sobre esa etapa, es que el intento de liberación y autonomía que mi abuela Omaira quiso hacer desde la aceptación de su matrimonio, fue una resistencia frente a la dominación familiar donde era su padre quien decidía por ella y obtenida la remuneración económica del trabajo de su hija. Y por parte de sus jefes, quienes establecieron una subordinación sobre ella, desde la limitación de su círculo social e interacción con el mundo exterior. En la misma línea, la maternidad se interpreta como un proceso de resiliencia frente a las violencias y dominaciones que percibió por parte de su pareja y suegros. Pues a partir de estos procesos maternos, ella se vio enfrentada a un mundo nuevo, lleno de retos y de dificultades para una adolescente que en el amor de madre y sus habilidades de trabajo doméstico resistió para salir adelante con sus hijos y proyectarse un mejor futuro.

En esta etapa se retrata el proceso de trabajos desregularizados como lo fue el trabajo doméstico para sus suegros, pero también, el trabajo como auxiliar en laboratorios LANDER, en este último se resalta la relevancia de contar con prestaciones de ley y el impacto que este plus trajo a su expectativa de vida. Para finalmente, tomar la decisión de independizarse como madre soltera. Entonces, este caso simboliza vivencias en común de mujeres de sectores

populares que, a finales del siglo XX, comenzaron a tener una liberación femenina desde la autonomía de sus decisiones y proyecciones familiares e individuales.

## CAPÍTULO 3

### El peso de la reproducción social desde el trabajo doméstico

*“El trabajo doméstico es un trabajo de producción.*

*La diferencia es que lo que produce no son  
mercancías, son seres humanos”*

Silvia Federici - El patriarcado del salario

Este tercer capítulo, reconstruye la experiencia de 35 años de trabajo doméstico que realizó mi abuela Omaira para dos generaciones de la familia Duran García. Está construido desde dos partes. En la primera, se analiza el impacto que tiene la normativa jurídica del trabajo doméstico sobre los tratos y condiciones que se dan en este empleo. Pues el caso de mi abuela Omaira resulta ser excepcional, dado que ella tuvo la oportunidad de cotizar y luego recibir una pensión de vejez, algo que pocas empleadas domésticas logran hacer en Colombia.

En la segunda parte, se exponen los vínculos de afecto – marcados tanto por la dominación y la resistencia, desde los afectos y el cuidado – que se tejieron entre mi abuela Omaira y su ex empleadora. La relación que se estableció entre ellas a lo largo de años de trabajo doméstico se caracterizaba simultáneamente por un vínculo familiar de confianza y cercanía. En ese sentido, se exploran los vínculos maternos que se forjaron a partir del trabajo de cuidado de mi abuela, entre ella y los niños que crío. Este apartado, al igual que los dos primeros, también establece esas formas de dominación y resistencia que emergen desde la experiencia del trabajo doméstico. En este caso, se hace énfasis no solo en las experiencias de mi abuela, sino también en las experiencias de sus hijos, que se vieron estrechamente relacionados con el contexto familiar de su trabajo.

### **3.1 Protección social para el trabajo doméstico: La experiencia de trabajar para una familia extranjera**

En el año 1980, mi abuela Omaira llega a la casa de una familia extranjera para trabajar unos días, en reemplazo de su hermana Lilia. Esta familia estaba conformada por Feliciano Duran, Amelia García y sus dos hijos: Julián de 2 años y Luisa de seis meses.

Feliciano era descendiente ruso por parte de su padre y peruano por parte de su madre. Mi abuela me cuenta, que después de la segunda guerra mundial, Feliciano junto con su madre tomaron una embarcación con rumbo hacia Latinoamérica, llegando a Perú. Él trabajó como mensajero en diferentes lugares mientras su mamá ejercía como empleada de servicio doméstico para otras familias. Con los ahorros que obtuvo de su labor como mensajero pudo costearse sus estudios en economía y años después fue asignado como cónsul de Perú en Colombia.

Amelia era oriunda de Italia. Luego de la segunda guerra mundial, su familia había terminado en la pobreza. Ella le contó a mi abuela que ella solo vivía con su madre y su hermana mayor y que, a veces, no tenían nada para comer. Su mamá se desempeñaba también en el servicio doméstico y, en ocasiones, se llevaba con ella a sus dos hijas, para que le ayudarán a lavar los pisos de madera. Cuando era adulta, la señora Amelia decidió migrar hacia Colombia en busca de mejores oportunidades. A su llegada, se casó con un señor alemán que le llevaba varios años y con quien tuvo a su primera hija, Catalina. Por cuestiones de la vida, ellas dos estuvieron la mayoría del tiempo alejadas. Luego, hacia el año 1974, conoció al señor Feliciano quien también ya había tenido una familia. Se volvieron a casar y formaron la familia Duran García, a la cual llegó mi abuela Omaira a laborar.



Foto 8. Familia Duran García, Año 1983, aproximadamente.

“Ellos vivían por chapinero alto. Yo llegué ahí y me recibió Doña Amelia. Pero me dieron nervios cuando Don Feliciano apareció, ese hombre tan alto, me saludó con ese vozarrón y me dijo: “Bueno, ¿cómo te llamas?” Y yo: “Omaira Ortiz” y me dijo: “¡A mí me hablas duro!” Y yo con la cabeza le dije: “Sí señor”. Me pregunto cuántos hijos tenía, la edad de ellos, quien los cuidaba entonces le dije que Andrés lo llevaba al jardín y a Nancy le pagaba a una señora para que me la cuidara. Me pregunto con quién vivía, la dirección y teléfono del inquilinato. Me dijo que yo qué haría si mi hija tuviera fiebre, entonces le dije que primero le tomaría la temperatura con el termómetro y que si está muy alta la llevo al centro de salud. Él dijo “muy buena respuesta” y miró a Doña Amelia y le dijo: “Si nos sirve, pasó el examen” (Entrevista Omaira Ortiz, 2021).

En principio, fueron dos días que estuvo trabajando para ellos. Tenía que ayudar con cosas del oficio como barrer, limpiar el polvo, planchar la ropa del señor Feliciano y cuidar a los niños. Mientras vamos teniendo la conversación de su llegada a este lugar de trabajo, mi abuela recuerda que el último día que trabajó para ellos, la señora Amelia le pidió la dirección exacta para llevarla con el chofer. Quería saber dónde vivía mi abuela Omaira.

“La señora Amelia había empacado unas compotas, cajas en leche en polvo que venían como doce tarros, unas galletas, pan, queso. Cuando llegamos y yo con esa cama destendida y un desorden en esa pieza, pero bueno. Ella me dice: ‘Omaira, pero esta pieza es muy pequeña’ y yo le dije: ‘Sí señora, pero es que es la única que puedo pagar acá’. Y dijo: ‘Bueno, ¿cómo cocinan?’ y yo le dije: ‘Pues con cocinol...’ Ella inmediatamente me dijo: ‘¡Qué peligro!’. Mando a Valerio, el chofer, a bajar la caja del mercado y me la dieron para tener que darle a

Nancy y Andrés. Entonces dijo: ‘Bueno hija, usted ya queda con nosotros fijo hasta que su hermana Lilia haga el traslado con los otros embajadores’. Ella me dejó claro que era por poco tiempo ese trabajo...” (Entrevista Omaira Ortiz, 2021).

El tiempo fue pasando y, al mes de estar mi abuela Omaira trabajando para la familia Duran García, el señor Feliciano la mandó a llamar al comedor y le dijo de sentarse con ellos. Le preguntaron cómo se había sentido en el trabajo y le anunciaron que tenían una noticia buena y una mala. Mi abuela Omaira les contestó que ella sí estaba amañada y que se sentía cómoda trabajando ahí, además de que estaba consiguiendo un sustento para su familia.

“Yo les dije que si estaba amañada con ellos y que me sentía cómoda trabajando ahí. Entonces, el señor Feliciano me dice: ‘Pues Omaira, hemos tomado una decisión con Amelia.’ Y yo, por dentro, me decía: ‘¡Ay Dios mío, que no me vayan a echar, ¿porque yo ahora qué hago?! Él me dice: ‘Nosotros, no estamos amañados contigo.’ Pero se rió y me hizo sentar y me dio un chocolate para que me lo comiera ahí con ellos. Él me dijo que estaban contentos conmigo, que por fin él había encontrado a alguien que le arreglara la ropa bien, le dejara los zapatos embolados y demás. Claro y como yo había aprendido a planchar bien con la señora Margarita en Jericó. Dijo que yo le parecía muy buena trabajadora porque siempre estaba en mis labores. No me quedaba hablando con los porteros, ni coqueteando con los celadores. Pero lo único que no le gustaba era que yo siempre oía y no decía nada, o sea que solo acataba las reglas, indicaciones o llamados de atención. La mala noticia no era para mí, era para mi hermana Lilia porque ya no la necesitaban... Entonces claro, yo pensaba ahora en Lilia que también necesitaba un trabajo... Pero ellos ya habían hablado antes con ella y no hubo ningún problema.

Hubo otra cosa que me dijo y fue si yo estaba planificando. Yo le dije que no porque no tenía pareja y tampoco el dinero para comprarme las pastillas. Y dijo: ‘Bueno ese asunto lo hablan con Amelia, porque yo necesito que usted se cuide y piense en su futuro, mire su situación... Usted es muy bonita y joven y llega otro y le hace otro hijo y después ¿cómo va hacer para trabajar? Porque si, los niños son lindos, pero traen sus complicaciones’. Yo, ese día, me fui muy feliz de ese apartamento...” (Entrevista Omaira Ortiz, 2021).

Del relato anterior, es posible extraer un punto relevante. Desde esta experiencia particular, nuevamente se evidencia el control sobre los cuerpos de las empleadas domésticas por parte de sus empleadores. En esta etapa de su vida adulta, se interpreta dicho control en dos dimensiones. La primera es respecto a la imagen y reputación de la figura de empleada doméstica, desde el énfasis de su forma de ser conservadora y centrada en sus labores, no como

otras empleadas que perdían tiempo charlando y coqueteando con los celadores u otros empleados del edificio. Y la segunda, es sobre su vida sexual, pues al ser una buena empleada a sus jefes no les convenía que ella pudiera volver a quedar embarazada ya que eso podría llevar a una inestabilidad laboral para ambas partes. Para mi abuela especialmente, ya que una mujer embarazada la consideraban poco productiva para los trabajos y hubiera tenido que volver a trabajos irregulares como en ocasiones pasadas durante sus dos embarazos.

“Yo no contaba con un seguro de salud, entonces el señor Feliciano me pagó una consulta personal en el médico al que ellos iban. Allá me hicieron una valoración y me pusieron la T de cobre. Ellos corrieron con todos los gastos porque yo no tenía con qué. Eso no dura mucho tiempo, entonces cuando me retiraron yo ya tenía con qué costear la planificación y me pagué otro método. Porque yo no quería más hijos” (Omaira Ortiz, 2021).

Respecto a la contratación que tuvo mi abuela Omaira con la familia Duran García, ella se encontraba laborando para esta familia durante un periodo que podría considerarse de prueba, solo alargaron la contratación de forma verbal y fijaron un sueldo de aproximadamente \$20 pesos colombianos<sup>17</sup>. Le pagaban cada quince días, y le daban una dotación de uniformes cada seis meses. Aparte del sueldo que le pagaban, sus jefes le ayudaban con el pago del jardín de mi tío Andrés y de la señora que cuidaba a mi mamá Nancy. Desde los primeros días de trabajo hasta casi sus últimos días como empleada, mi abuela Omaira siempre recibió por parte de la familia Duran García otras ayudas como alimentación, vestuario y educación para sus hijos.

“Cuando yo llegué, había varias empleadas. Estaba una señora que era la ama de llaves, la señora de la cocina y una señora de limpieza. Porque ese apartamento donde vivían era bien grande y el señor Feliciano y la señora Amelia siempre fueron bien exigentes con los oficios y la preparación de los alimentos. Yo llegué a colaborar en distintas cosas, pero la señora Amelia prefería dejarme solo pendiente del cuidado de Julián y Luisa, decía que yo tenía una buena experiencia con los niños, por ser madre. A ella le estresaba un poco cuando empezaban a llorar.

Entonces yo llegaba en las mañanas, los bañaba, los alistaba y los sentaba en el comedor a desayunar. El señor Feliciano y la señora Amelia desayunaban en otro comedor. Después de

---

<sup>17</sup> Equivalen a \$3.762 mil pesos colombianos en 2021. <https://www.dineroeneltiempo.com/peso-colombiano/de-1979-a-valor-presente?valor=20>

eso, me ponía a jugar con ellos, los sacaba al parque y estaba pendiente de lo que necesitaran. Yo sentía que eran como otros hijos, la verdad les cogí mucho cariño rápido.

Como mis jefes sabían que yo tenía a Andrés y a Nancy. Cuando íbamos a hacer mercado ellos me daban un carrito a mí, y todo lo que ellos llevaban me daban un paquete para mis hijos. Que, si compraban salchichas, cereal, leche, yogurt, pan. La señora Amelia me daba todo eso también para nosotros. Nunca me lo descontó del sueldo, más bien decía que era una ayuda porque ella sabía lo difícil que era ser madre soltera” (Omaira Ortiz, 2021).

Transcurridos casi cuatro años de trabajo formal para la familia Duran García, en 1984, mi abuela Omaira firmó por primera vez en su vida un contrato legal con prestaciones de ley, cesantías y salud desde la labor como empleada de servicio doméstico. Había ejercido la labor de empleada de servicio doméstico durante alrededor de veinte años, siempre en una situación de desprotección social.

“El señor Feliciano llegó un día y nos llamó a todas las tres: Ana la ama de llaves, Lucia que era la interna y yo que era de medio tiempo. Él nos dijo que la situación con nosotras estaba cambiando y que tocaba empezar a pagarnos salud y cesantías. Nos manda a llevar para el otro día nuestros documentos y registros de nuestros hijos para que también estuvieran cubiertos en salud. Ellos pagaban la mitad de esos seguros, pero nosotras teníamos que sacar la otra mitad del sueldo para terminar de cubrir la cuota.

Con ese contrato yo seguí cotizando pensión, ya tenía algunas horas registradas de cuando estuve en laboratorios LANDER, entonces eso era bueno, seguir cotizando para pensar en mi futuro. Yo si me puse bien contenta. También por el acceso a la salud, así fuera al sisben<sup>18</sup> no importaba pues era mejor eso a seguir sin tener nada” (Omaira Ortiz, 2020).

El reconocimiento legal para el trabajo doméstico remunerado responde a una lucha histórica por la desnaturalización de una parte de la figura idealizada de la naturaleza femenina. Rechazando este trabajo como una labor genérica desde el rol que el capital ha diseñado para nosotras (Federici, 2012). Para comprender lo anterior, es necesario hacer un análisis al trabajo doméstico desde el impacto de la economía feminista, entendiéndola desde las labores de cuidado que han contribuido a actualizar el debate feminista sobre las formas de organización en la reproducción social, al reconocer el impacto de estas en la reproducción de la desigualdad (Rodríguez, 2015). Es decir que los trabajos domésticos tienden a no ser valorizados social ni

---

<sup>18</sup> Es el Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales de Salud que permite clasificar a la población de acuerdo con sus condiciones de vida e ingresos.

económicamente, por el rol desigual que las mujeres hemos ocupado en los espacios privados y públicos. Con eso, la reproducción de estas lógicas de dominación laboral afectan en la intención de progreso individual y grupal de aquellas mujeres que realizan estas actividades como su principal fuente de ingreso económico.

Desde la lucha feminista por la reivindicación de la posición desigual de las mujeres dentro de las esferas públicas y privadas. Para García (2013), hasta hace muy poco se las ha llamado empleadas, y esto no solamente reflejó un cambio en la concepción de esta actividad, sino que coincidió con el creciente discurso de derechos ciudadanos que transformó imaginarios sociales, percepciones y autopercepciones sobre estas trabajadoras. La transición que tuvo la forma de enunciación sobre las mujeres, como actrices principales en el desarrollo de actividades de cuidado y atención llevó a que las mujeres tuvieran una visibilización desde la lucha por sus derechos de ciudadanía y laborales.

Con la nueva forma de enunciación sobre las mujeres y su rol central en las actividades de la reproducción social, ligadas al capital, hizo que gran parte de este oficio dejará de ser concebido desde la desregularización, para ser tenido en cuenta como un trabajo necesariamente legal. Autoras como Federici (2012), asumen que en la experiencia laboral de las mujeres no solo ha existido una dominación desde la deslegitimación de las labores domésticas, sino también desde el salario. Pues este último juega un papel importante en la explotación laboral y social de aquellos grupos que no han sido totalmente reconocidos en el campo del trabajo, como es el caso de las trabajadoras no asalariadas del sector doméstico.

De acuerdo a eso, autores como De la Peña (2002) y Krotz (2002) se centran en indagar la relación que ha existido históricamente entre el derecho y la sociedad, haciendo relevante los estudios entorno a las estructuras sociales y jurídicas que representan la continuidad de un orden social basado en contratos y en la capacidad de agencia que puede llegar a tener cada individuo. Desde este caso de análisis, el trabajo doméstico resulta ser un campo de relación para el derecho y las normas internas de cada hogar, como elementos importantes en la comprensión del funcionamiento social y la regulación de los diferentes roles dentro de la misma. Con esto quiero decir, que el reconocimiento legal del trabajo doméstico si bien pudo llevar a algunos casos una remuneración económica de acuerdo a las leyes. En otros casos, los derechos laborales de mujeres que trabajan en el servicio doméstico siguen siendo vulnerados por las fronteras del derecho en que se ejerce esta labor, al realizarse en un espacio privado donde conviven las familias.

El hecho de que el trabajo doméstico se desarrolle en una casa familiar desempeñando las tareas vinculadas a la reproducción de las condiciones necesarias para la vida cotidiana,

significa que se genera una relación personal que a menudo involucra emociones y afectos, lo que dificulta que la actividad alcance legitimidad como trabajo (Hondagneu-Sotelo, 2011). El reconocimiento jurídico para este campo laboral, implica tener un contrato legal en el que se establecen los acuerdos previos a la realización de estas actividades de cuidado, limpieza y atención. Para Krotz (2002), el contrato como forma de control social es al mismo tiempo un campo de luchas, que ocasionalmente permite victorias limitadas a quienes, en principio, no pertenecen a los segmentos poderosos de la sociedad que imponen estas reglas, tal y como lo demuestran, por ejemplo, partes de la legislación laboral o de seguridad social y las garantías individuales.

Esta transformación resulta ser con el paso del tiempo un patrón importante en la modificación de los distintos campos laborales y, con ello, la constitución de un sujeto jurídico capaz de negociar y establecer contratos, que, en definitiva, resultar ser parte de una disputa de posiciones sociales respecto a la división del trabajo en la reproducción capitalista. Como ocurrió con el movimiento feminista de los años 1970, de *Wages for Housework* quienes reclamaban un reconocimiento social y remunerado al trabajo doméstico que realizaban niñas y mujeres desde edades muy tempranas en el seno de sus familias o para terceros. Además, este movimiento rechaza la relación “natural” que se le ha asignado a las mujeres y las labores de cuidado y atención en todas las sociedades.



Foto 9. Omaira y Lupe con otras compañeras de trabajo. Año 1988, aproximadamente.

Desde este caso, conforme fue pasando el tiempo, el contrato de trabajo que mi abuela Omaira tenía se fue prolongando año tras año y, con esto, la confianza que se forjaba permitió que mi abuela Omaira, en ocasiones, pudiera llevar a su espacio laboral a sus hijos para compartir tiempo con ellos mientras que cuidaba a los niños de la familia Durán García. Sin embargo, esto no siempre ocurría. Había fines de semana que mi abuela Omaira debía dejarlos solos en la pieza donde vivían, esperando a que mi abuela llegara. La señora del inquilinato les daba el almuerzo.

“Había días en que yo me sentía triste por no poder estar con mis hijos. Pensaba todo el día si habrían comido, si Andrés se había escapado porque él se salía por la ventana de la pieza para irse a jugar fútbol. Un día, por no dejar a Nancy sola porque se ponía a llorar, la sacó por la ventana y esa china se cayó. Ese día, les pegué. Uno se angustiaba por muchas cosas. El señor Feliciano, a veces se daba cuenta y me decía: “Omaira qué tienes?, ¿estás así por tus hijos?” Y yo le decía que sí pero que no se preocupara, que yo sabía que debía trabajar. Entonces, cuando ya me iba en la noche, algunas veces él me daba algo de dinero para comprar algo de comer y llevarles, yo les llevaba pollo asado...” (Entrevista Omaira Ortiz, 2020).

Del anterior relato, se puede identificar una tensión relevante que surge en el trabajo doméstico y se refuerza con el deber ser de las mujeres, desde la concepción de servir a otros antes que a una misma. Históricamente esto ha sido un atributo genérico que conforma el mundo social y cultural de algunas mujeres, generalizando en algunos casos una especialización como cuidadoras vitales de los otros. De ahí que las mujeres seamos capaces de hacer todo para lograr un vínculo con los otros (Lagarde, 2005). En el caso de las madres cabezas de hogar y trabajadoras de las clases populares, como es el caso de mi abuela Omaira en el trabajo doméstico, la noción de cuidado y atención no se dio de forma simultánea entre su familia y los miembros de su sitio de trabajo.

Las madres-siervas son madres de los otros, por sus funciones y siervas porque el tipo de relación política es de servidumbre asalariada. La subalternidad es doble, de género y de clase, mujer y asalariada (Lagarde, 2005). Mi abuela muchas veces se vio obligada a elegir el cuidado de los niños de la familia Duran García, sobre la atención y compañía de sus hijos. Las dinámicas del trabajo doméstico conllevan a que los niños que se cuidan ganen una calidad de cuidado, ya que “las empleadas, desarraigadas y privadas de sus propios hijos, desplacen todo su amor y cuidado a los hijos de sus empleadores” (Molinier, 2012). Respecto a esas lógicas,

el ausentismo de estas mujeres en sus propios núcleos familiares, en algunos casos puede producir heridas psicológicas en sus propios hijos.

La caracterización de las empleadas domésticas, no sólo se establece por su rol de compañía, cuidado y labores de aseo. También se funda en el uniforme, para Otta (2015), es clara la función del uniforme como diferenciador de estatus y como elemento que homogeniza a las empleadas, quitándoles la posibilidad de performar un yo particular a través de su vestimenta. No solo el uniforme y el desapego de los hijos son formas de subordinación y de desigualdad que experimentan las empleadas domésticas. También, su aparición en las fotografías familiares de sus empleadores, son formas de representación distante entre unos y otros, “las trabajadoras son sistemáticamente evitadas y escondidas a través de las fotografías, captándolas únicamente mientras realizan el propio acto de cuidado con el niño que crían” (Otta, 2015). Como ocurre con mi abuela, su aparición en las fotos de la familia Duran García, la sitúan explícitamente como la empleada, encargada de los niños.



Foto 10. Omaira y Luisa. Año 1985, aproximadamente.

El uniforme de trabajo era un vestido azul siempre. Solo lo usábamos en las horas de trabajo en el apartamento y, cuando nos tocaba salir, nos lo quitábamos. Digamos que cuando íbamos de paseo a Neusa o algo así no era necesario tener el uniforme. Pero cuando íbamos, por ejemplo, al Club Los Lagartos, si nos tocaba ir con el uniforme porque allá eran muy

elitistas... Nosotras teníamos un comedor en la cafetería, pero no podíamos ir a los otros lugares donde había restaurantes. Mis patrones frecuentaban más al Club Los Lagartos, pero yo me sentía más cómoda en el Club El Rancho, porque no había tanta prohibición para nosotras como empleadas. Podíamos ya ir a diferentes espacios y compartir un poco más. Solo íbamos mis patrones, Julián, Luisa, Nancy y yo. Nosotras dos acompañamos a Luisa a tomar sus clases de tenis. A ella, no le gustaba jugar eso. A veces iban a piscina y yo me quedaba ahí pendientes de ellos y podíamos pedir la comida que quisiéramos mientras estábamos ahí en el club (Entrevista Omaira Ortiz, 2020).

Cada 15 días, iban a estos clubes, para que Julián y Luisa estuvieran en sus clases de tenis. Mi abuela los acompañaba a estos espacios para cuidarlos y estar pendiente si requerían algo, los llevaba a comer y hacer cualquier otra actividad que quisieran. Mientras tanto, sus jefes estaban almorzando con amigos o en el spa. Me cuenta que casi siempre se quedaban hasta las seis o siete de la noche ahí en el club. Una vez llegaban al apartamento, mi abuela Omaira, prendía el calentador de la habitación, cerraba las cortinas y le servía un whisky al señor Feliciano. Se despedían de todos y la otra empleada interna se quedaba encargada de lo demás.

“Nosotras, con Nancy, nos íbamos luego hasta la casa de los abuelos paternos en Santa Mónica a recoger a Andrés. Y le dábamos la comida que le llevábamos del club. Siempre le pedíamos un sándwich combinado, que era de queso y jamón, o pollo en canasta porque la señora Amelia siempre me decía que lo mismo que comiéramos le debíamos llevar a Andrés. El Doctor Feliciano no permitía que él fuera con nosotros a esos espacios, porque él, de niño, era muy maldoso y no le tenían confianza... Y pues, a mí, me tocaba ir a trabajar porque ¿qué más hacía? Entonces me tocaba acatar esas órdenes de no llevarlo a él y solo a Nancy” (Entrevista Omaira Ortiz, 2020).



Foto 11. Celebración fin de año en el club el rancho. Año 1989, aproximadamente.

Conforme fue pasando el tiempo, el contrato de trabajo de mi abuela Omaira se fue prolongando año tras año. Y con esto aumentaba la confianza, cercanía y compañía que se forjaba entre mi abuela Omaira y sus empleadores. Eso permitió que, en ocasiones, ella pudiera llevar a su espacio laboral a sus hijos para compartir tiempo con ellos mientras que cuidaba a los niños de la familia Durán García. Sin embargo, cuando no era posible llevarlos con ella a su espacio laboral, debía dejarlos en la pieza al cuidado de la señora del inquilinato. A ella, le pagaba por darles la comida y estar pendientes de ellos.

“Había días en que yo me sentía triste por no poder estar con mis hijos. Pensaba todo el día si habrían comido, si Andrés se había escapado porque él se salía por la ventana de la pieza para irse a jugar fútbol. Un día, por no dejar a Nancy sola porque se ponía a llorar, la sacó por la ventana y esa china se cayó. Ese día, les pegué. Uno se angustiaba por muchas cosas. El señor Feliciano, a veces se daba cuenta y me decía: “Omaira qué tienes?, ¿estás así por tus hijos?” Y yo le decía que sí pero que no se preocupara, que yo los había dejado al cuidado de alguien. Es que los fines de semana era lo más duro porque ellos no iban al jardín ni al colegio y yo pensaba que era el tiempo en que podía compartir más con ellos, pero con el trabajo ¿cómo?. Entonces, cuando ya me iba en la noche, algunas veces el señor Feliciano me daba algo de dinero para comprar pollo asado y llevarles comida. Eso sí, apenas llegaba con la comida que siempre yo les intentaba llevar algo rico, se ponían felices y contentos” (Omaira Ortiz, 2020).

De lo anterior, se puede identificar una tensión relevante que surge en el trabajo doméstico y se refuerza con el deber ser de las mujeres, desde la concepción de satisfacer necesidades básicas de sus empleadores sobre las necesidades propias y familiares. Según Lagarde (2015), históricamente se ha generalizado en las mujeres un don especial como cuidadoras vitales de los otros. Siendo un atributo genérico que conforma el mundo social y cultural de las mujeres. En el caso del trabajo doméstico, esta función de cuidadoras funciona en dos dimensiones; la del núcleo familiar y la laboral. Y en dos vías la primera, es la atención en la realización de los quehaceres del hogar que aseguran un bienestar para la reproducción social de las familias. Y la segunda, como cuidadoras de niños, niñas y adultos mayores.

En el año 1989, el señor Feliciano murió de cáncer pulmonar, una enfermedad que ya venía padeciendo casi ocho meses atrás desde el diagnóstico. Mi mamá recuerda este evento de la siguiente manera:

“Me acuerdo que mi tía Marina me recogió del jardín y fuimos al penthouse. En ese tiempo, velaban a las personas en las casas. Cuando yo llegué, vi mucha gente, saludé a mi mamá, pero se le notaba que había estado llorando. Yo no entendía bien qué estaba pasando, pero sabía que debía ser algo grave. Cuando me acerqué al ataúd y vi al señor Feliciano, me dió mucha tristeza y empecé a llorar. Yo lo apreciaba mucho porque siempre fue muy especial con mi mamá y con nosotros. A mí, me consentía mucho” (Nancy Romero, 2021).

Con este trágico, pero inevitable acontecimiento, se dio por finalizado el contrato laboral que mi abuela Omaira tenía con la familia Duran García, bajo la figura de Feliciano Duran. Respecto a este contrato, mi abuela fue liquidada por los años de servicio entre 1980 y 1989, para la familia Duran García, con un total de \$191.786 pesos colombianos que incluían las cesantías y vacaciones (el equivalente de 6 salarios mensuales). Adicionalmente a ese valor, se le concedieron \$150.000 pesos colombianos por concepto de horas extras y festivos.



trabajaba principalmente para sus padres y hermanos, nunca dejó de brindarles una ayuda monetaria, cuando ha estado a su alcance, y si no lo estaba, hacía lo posible por ayudarlos.

En la familia Duran García, continuaron trabajando solo dos empleadas: Lucía que era la interna y mi abuela Omaira que trabajaba medio tiempo. Con Amelia como jefe pasaron a firmar otro contrato laboral bajo una nueva figura jurídica. Sobre todo, las dinámicas de trabajo cambiaron como el condicionamiento a un uniforme de trabajo, horas de trabajo y formas de trato laboral.

“La señora Amelia ya no nos exigía estar con el uniforme azul y el delantal blanco como antes debíamos estar durante nuestras jornadas de trabajo. Ella decía que no le gustaba, que eso parecía como si fuéramos esclavas. Pero igual, yo cuando llegaba a trabajar seguía poniéndome un delantal para hacer el oficio y la preparación de comidas. No porque me gustara sino más bien para no ensuciar la ropa con la que yo llegaba, además era más cómodo el uniforme para hacer todas esas cosas.

Yo seguí trabajando con ella, pero me convertí más que una empleada como una dama de compañía, yo la acompañaba a todo lado, cuando tenía citas médicas, eventos de los niños, cuando ella viajaba a la finca era a mí la única empleada que llevaba con ella” (Omaira Ortiz, 2020).

El rol que mi abuela Omaira tenía en la familia Duran García iba más allá del simple hecho de ser una empleada del servicio doméstico o niñera. A pesar de que existía una clara distancia social y espacial, su buen desempeño laboral permitió que ella tuviera acceso a otras formas de relacionamiento con la familia para la cual laboraba. No solo la señora Amelia la veía como una buena compañía y persona de confianza, sino también Luisa quien siempre ha visto a mi abuela Omaira como una segunda mamá.

### **3.2 “El dinero no lo es todo en la vida”: violencias y resistencias en el trabajo doméstico**

Con el paso de los años, se fueron tejiendo entre mi abuela Omaira y los miembros de la familia Duran García unos lazos que sobrepasaban los límites de una relación laboral. Como sucede a menudo en este tipo de empleo, se fueron construyendo unos vínculos socio-afectivos entre los miembros de ambas familias. Así, más allá de los deberes y compromisos meramente

laborales de Omaira, ambas familias empezaron a compartir espacios y celebraciones importantes: cumpleaños, bautizos, grados, etc. Estas celebraciones contribuyeron a establecer una unión casi familiar entre todos, aunque la distancia social (lo que mi abuela llama el “respeto” hacia la familia de sus empleadores) nunca desapareció del todo.



Foto 12. Cumpleaños Andrés. Año 1986.

“Esta foto es del cumpleaños 9 de Andrés. Estábamos en la casa donde vivíamos en el barrio Santa Sofía, en la casa de Doña María. La señora Amelia le compró la torta, hicimos un asado y solo estuvimos nosotras con los niños. Yo tenía 24 años. En casi todos los cumpleaños, estaban Luisa y Julián porque compartían mucho con Nancy y Andrés. La foto la tomó la señora Amelia porque yo no tenía cámara en ese momento. Después me regaló la foto para tenerla” (Entrevista Omaira Ortiz, 2020).

Desde esta experiencia en particular, se observa que existía una cercanía no solo laboral sino familiar con sus patrones. Se podría hablar, en este sentido, de “lazos de intimidad” recíprocos. María Fernanda Mosquera (2015) invita a distinguir, en las relaciones de servicio doméstico, dos maneras que tienen las empleadas de acceder a la intimidad de sus patrones: la físico-espacial que es el hecho de compartir los espacios privados de los patrones, y la relacional que se da a través de las interacciones directas que se desarrollan con ellos.

Siendo así, en algunos casos la relación de servicio aspira a enmarcarse en cierta simetría y equilibrio, ya que la transmisión de información privada tiende a darse en ambas direcciones. Es decir, que el acceso a la intimidad de la vida de empleadores y empleadas en ocasiones se da en sentido recíproco. Sin embargo, desde la experiencia de trabajo y cercanía entre mi abuela Omaira y la familia de su empleadora, este acceso y disposición familiar no ocurrió de la misma forma para ambas partes.

En el caso de la señora Amelia, si bien mi abuela se convirtió en su empleada de mayor confianza respecto a las cosas laborales y familiares. Mi abuela dice, que la señora Amelia, siempre tuvo silencios y poco hablaba de cosas de su juventud como su proceso de migración a Colombia, su primer matrimonio, su relación con su hija mayor de la cual fue separada y la forma en que conoció al señor Feliciano. Acciones que afectaron la relación que tenía con sus hijos. Ahora, respecto a mi abuela, la señora Amelia sabía toda su vida, lo que ella pensaba a futuro y lo que le angustiaba respecto a la estabilidad de su familia, que no solo incluía a sus hijos, sino también a sus padres y hermanos que seguían en el campo.

La confianza tiende a estar acompañada de un sentimiento de afecto, ya sea de la empleada hacia el empleador, y/o del empleador hacia la empleada. En efecto, en estas formas “afectivas” de confianza, los vínculos de intimidad no se establecen con el solo propósito de prestar un servicio, sino también con el fin de compartir experiencias personales (Mosquera, 2015). A pesar de que eran dos mujeres con una distancia y trayectoria social distinta, presentaban en sus vivencias matices similares en cuanto al dolor, el trauma y la intranquilidad del futuro por ser madres solteras.

La señora Amelia también tuvo una cercanía con varios miembros de la familia de mi abuela, pues asistía a eventos familiares como cumpleaños, bautizos y primeras comuniones de los hijos de sus hermanas. Pues mi abuela Omaira vivió con sus dos hermanas durante los primeros cinco años de trabajo que realizó para la familia Duran García. Eso implicó que la cercanía también ocurriera con las hermanas de mi abuela, pero en menor medida. Fue una cercanía y relación de agradecimiento, pues la señora Amelia siempre intentó ayudarles a las tres con mercado, ropa, colchones y otras cosas que pudieran mejorar su condición de vida en el inquilinato.



Foto 13. Primera comunión Nataly<sup>19</sup>. Año 1990, aproximadamente.

“A ella siempre le gustaba compartir esos eventos con nosotros, siempre ponía las tortas o ayudaba con algo de la comida, fue muy amplia conmigo y mi familia. Para ese evento, la señora Amelia le compró a Luisa y Nancy los mismos vestidos, pero uno era verde y el otro azul. Como era un evento semi-formal pero familiar, la señora Amelia decía que mis hijos no podían estar descachalandrados, y me regalaba ropa para que se fueran bien vestidos. Que la presentación era lo más importante.

Como nuestros hijos tenían casi la misma edad, se hacían bastante compañía y la pasaban rico entre ellos jugando y hablando. Por eso a ella le gustaba ir a esos eventos, decía que se sentía en familia y un ambiente más tranquilo sin tanta apariencia” (Omaira Ortiz, 2020).

Otra evidencia de los vínculos afectivos que existían entre mi abuela y sus patronos se relaciona con el tema de la educación. El señor Feliciano y la señora Amelia quisieron ayudar a mi abuela Omaira, porque sabían que ella, en su condición de madre soltera y con los escasos recursos que tenía, se le dificultaba brindar una “buena educación” a mi tío y mi mamá. De este modo, le ofrecieron pagar la educación de sus dos hijos mientras ella seguía siendo su empleada. La única condición era que mi tío y mi mamá debían cumplir con buenos resultados académicos.

Tiempo antes de recibir esa ayuda, mi tío Andrés estudió en el Colegio Burlington hasta primero de primaria. Durante este tiempo, mi mamá estaba en el jardín, uno de barrio que

---

<sup>19</sup> Sobrina de Omaira. Hija de su hermana Marina Ortiz.

quedaba a cuerdas del inquilinato donde vivían en el barrio Santa Sofía. Como mi abuela Omaira debía madrugar para llegar a las seis de la mañana al apartamento de la familia Duran García, salía del inquilinato sobre las cinco de la mañana. Ella les dejaba el desayuno preparado y la ropa lista. Mi tío se levantaba para arreglarse él y a mi mamá, desayunaban juntos y salían a las siete de la mañana a estudiar.

“Yo a Nancy la vestía, le lavaba la cara y la peinaba. Luego, iba y la dejaba en el jardín y yo me iba para el colegio. Como yo salía antes que ella, entonces llegaba al inquilinato y allá me daban el almuerzo, era feo. Luego, la señora que nos vigilaba me encerraba en la habitación y mi mamá me dejaba un reloj para estar pendiente de ir por Nancy a las cuatro de la tarde. Cuando llegaba la hora, le golpeaba en la puerta para que me abrieran y poder ir por ella. Regresábamos y esperábamos en la habitación a mi mamá hasta la noche...” (Entrevista Andrés Romero, 2021).

Luego de un año de esa rutina, mi tío Andrés entró al Colegio San Viator, por medio de una beca que le consiguió el señor Feliciano por sus importantes contactos en la embajada de Bolivia. En este colegio, cursó hasta segundo de bachillerato porque perdió la beca debido a que no asistía a clases y su rendimiento escolar se vio afectado.

“Andrés no entraba a clases. Llegaba al colegio, pero se iba con otros compañeros a una parte de atrás, porque ese colegio es campestre, y se quedaba todo el día allá montado en los árboles y apenas escuchaban el último timbre, salían a montarse en las rutas. El rector del colegio llamó a la señora Amelia para ponerla al tanto de las fallas constantes, porque ella era el primer contacto en caso de emergencia. Yo me acuerdo ese día el regaño que ella me dio. Yo sentía una pena y una rabia con Jairo Andrés: ¿cómo iba a desaprovechar esa oportunidad? Ojalá, a mi, me hubieran dado estudio. Desde ahí, ella dejó de ayudarme con el estudio para él. Solo me dio para Nancy. Andrés, después, entró a un colegio militar pero tampoco dio. Ellos, un día, me dijeron que la única que iba a ser alguien en la vida era tu mamá y mira...” (Entrevista Omaira Ortiz, 2021).

La experiencia escolar de mi tío Andrés como becado en un colegio destinado para clases altas no fue la mejor. Me cuenta que se sentía rechazado por no tener dinero, lo cual era muy notorio con su uniforme, útiles y hasta la comida. En principio, durante la básica primaria, sus condiciones económicas y sociales podían pasar desapercibidas. Pero, al tiempo que iba creciendo, los conflictos con otros compañeros por la segregación social se fueron agudizando.

Me asegura que nunca le dijo a mi abuela Omaira como se sentía o lo que ocurría en el colegio, solo por no preocuparla, porque sabía que ese beneficio no lo tenía cualquier persona.

“Me acuerdo que mi mamá hacía el esfuerzo por comprarme lo del uniforme, pero no... Esos niños con dinero eran siempre a montárnosla a los becados... Teníamos como un grupito de seis o siete y no nos dejábamos... Una vez me compró unas botas de marca *bull* para que me duraran... Porque yo me la pasaba jugando fútbol entonces rompía los zapatos. Nosotros, no íbamos ni al comedor ni a esos espacios de juego... Nuestras mamás nos enviaban onces y, por allá en el bosque, hicimos con un plástico una especie de carpa... Ahí nos la pasábamos en los descansos y jugando. La beca constaba de las mensualidades del colegio y la ruta... Me recogían a las cinco de la mañana y volvía sobre las cuatro. Yo me fui cansando de ese ambiente... No me sentía cómodo estudiando allá... Entonces, un día decidí solo perder la beca dejando de entrar a clase... Porque sabía que solo así me sacarían de allá...” (Entrevista Andrés Romero, 2021).

Nancy, mi mamá, entró al colegio Liceo Católico donde culminó sus estudios hasta décimo de bachillerato. Ella debía ser aplicada en sus estudios para poder continuar con esta ayuda y, además, recibía un reconocimiento por parte de los jefes de mi abuela por sus buenos logros. Mi mamá recuerda que, cada vez que tenían entrega de notas, mi abuela Omaira iba a las reuniones y luego tenían que ir al apartamento para enseñarle el boletín a Don Feliciano y la señora Amelia. Ellos le daban dinero a mi abuela Omaira para que el fin de semana los llevara a comer o al cine como premio. Sin embargo, a mi mamá solo le ayudaron con el pago del colegio hasta décimo de bachillerato. Pues, en este año, quedó embarazada de mí y, por dificultades de salud, no pudo seguir sus estudios.

“Cuando tu mamá quedó embarazada, yo ya no podía hacer nada. Apoyarla y salir adelante. Pero la señora Amelia si se puso bastante brava. Dijo que no se esperaba eso de Nancy, se la pasaba dándome cantaleta por eso. Yo solo agachaba la cabeza y la escuchaba, no me iba a poner a pelear por eso. Igual era mi hija y si yo podía apoyarla nada iba a pasar.

Lucía, la empleada interna, empezó a llenarle la cabeza de cizaña a la señora Amelia, con el embarazo de Nancy. Hacía comentarios sobre el ejemplo que mi hija le estaba dando a Luisa. Como ellas dos se la pasaban juntas de arriba para abajo. Me tocó decirle a Nancy que ya no frecuentará tanto el apartamento, así que mejor se quedara en la casa cuidándose. Así fue que nos empezamos a distanciar un poco respecto a los asuntos familiares entre la señora Amelia y yo” (Omaira Ortiz, 2021).

Estos relatos y experiencias reconstruidas evidencian que existían unos vínculos de intimidad casi familiar entre mi abuela Omaira y la familia Duran García. Es evidente, sin embargo, que la relación seguía siendo marcada por un vínculo laboral y jerárquico de servicio doméstico. Reconocer la existencia de vínculos de confianza e intimidad, no debe conducir a ignorar las prácticas de sujeción y subordinación por parte los empleadores hacia las mujeres del servicio doméstico. Estas prácticas pueden ser entendidas desde los aspectos familiares, sexuales, comportamentales e incluso de proyección a futuro.

Quisiera describir a continuación algunas de estas violencias – a menudo invisibilizadas/denegadas tanto por los empleadores como por las empleadas – que tienen lugar en los espacios privados de las casas de familias, donde las mujeres ejercen el servicio doméstico para terceros. La experiencia de mi abuela Omaira demuestra que, a pesar de tener una relación cercana y de mutua ayuda con su empleadora, existieron momentos en los que ella se sintió agredida verbal, emocional y psicológicamente por su jefa, la señora Amelia. En cuestiones personales en cuanto al acceso que sus hijos tenían en ciertos espacios, la autoridad atribuida sobre los procesos de educación de sus hijos y la dominación sobre las expectativas de vida de mi abuela a futuro.

“Yo no te voy a decir que el señor Feliciano o la señora Amelia fueron malos jefes, yo te estaría mintiendo. Toda la vida voy a estar agradecida con ellos por la oportunidad de trabajo que me dieron... Porque gracias a eso, tengo todo lo que ves hoy en día.

Pero, la verdad, había veces que yo si me sentía mal, aburrida. Tenía ganas de tirar la toalla y buscar otro trabajo. Digamos con Andrés, él era un niño que no se quedaba quieto, hacía uno que otro mal. Entonces me prohibieron llevarlo al trabajo, mientras que a Nancy si me permitieron eso siempre. Después, con los problemas de Andrés y Nancy en los colegios, ellos no eran malos estudiantes, pero tuvieron sus dificultades y eso, para ella, era gravísimo. Fue como si nosotros le hubiéramos faltado el respeto. Yo me acuerdo de una oportunidad en que yo quería validar mis estudios y al menos tener un bachillerato: yo me acerqué a la señora Amelia a pedirle un consejo y ella, inmediatamente, se puso brava. Dijo que yo para qué iba a estudiar, que, si me ponía en esas, ya no iba a tener tiempo para trabajar. Entonces, me desmotivó, pero ella tenía razón, yo necesitaba trabajar” (Omaira Ortiz, 2021).

Me cuenta mi abuela que, en una ocasión, la señora Amelia la suspendió por 15 días debido a un malentendido. Lucia, la empleada interna, le había pedido el favor de que la acompañara un fin de semana a Villeta a visitar al novio de ella, que era el hijo del mayordomo que cuidaba la finca de la familia Duran García. Lucía dejó botado su trabajo durante un fin de

semana. Eso hizo que la señora Amelia tomará acciones contra ellas dos. Pues como ya se ha mencionado, en las lógicas del trabajo doméstico ha predominado una dominación sobre los cuerpos y deseos de las mujeres empleadas de servicio, específicamente con los asuntos de romance y relaciones afectivas.

“Cuando regresamos, Lucia va y le dice a la señora Amelia que fue mi idea ir porque yo era la novia de ese muchacho. Eso era mentira. Entonces me regañaron y me suspendieron sólo a mí, pero yo no sabía si me iban a dejar volver. Conseguí otro trabajo limpiando un edificio y unos apartamentos. Me pagaban casi el doble de donde estaba. Alguien le debió contar a la señora Amelia y ella me mandó a llamar, porque, en esos días, Luisa cumplió 12 años. Y la señora Amelia le preguntó qué ella qué quería y le contestó: ‘Mamá yo solo estoy anhelando una cosa con todo el corazón, y lo siento si te pones brava, pero yo de cumpleaños quiero que Omaira vuelva, dame a Omairita de cumpleaños’. Entonces ahí regresé, pero constantemente eran los regaños y llamados de atención, pero por culpa de Lucia. Ella era muy metida y como era la interna en las noches se quedaba y le inventaba chismes de todas nosotras a la señora Amelia...” (Entrevista Omaira Ortiz, 2020).

Scheper-Hughes y Bourgois hacen explícita la necesidad de prestar mayor atención a las pequeñas violencias producidas desde la cotidianidad. Ya que la violencia, en sí, es una red de procesos violentos que pueden converger en un mismo tiempo y espacio de forma experimental. Estos autores introducen la idea de que la violencia es multifacética, tiene diferentes expresiones y modulaciones que se materializan de forma directa o indirecta desde la dimensión estructural, física o simbólica. La violencia no es un proceso lineal, con un inicio y un fin claros; esta se construye continuamente, pues hace parte de una dimensión social experimentada y compartida por ambas partes. Lo anterior posiciona la violencia como una dimensión importante en la cotidianidad, relaciones mutuas y en los diferentes órdenes sociales y culturales. Estos autores incluyen todas las expresiones de exclusión social radical, deshumanización, despersonalización, pseudoespeciación y cosificación que normalizan el comportamiento atroz y la violencia hacia los demás. Como características que constituyen una red de entramados para ejercer la violencia no solo en contextos de conflictos bélicos sino también en la cotidianidad, espacios privados y públicos.

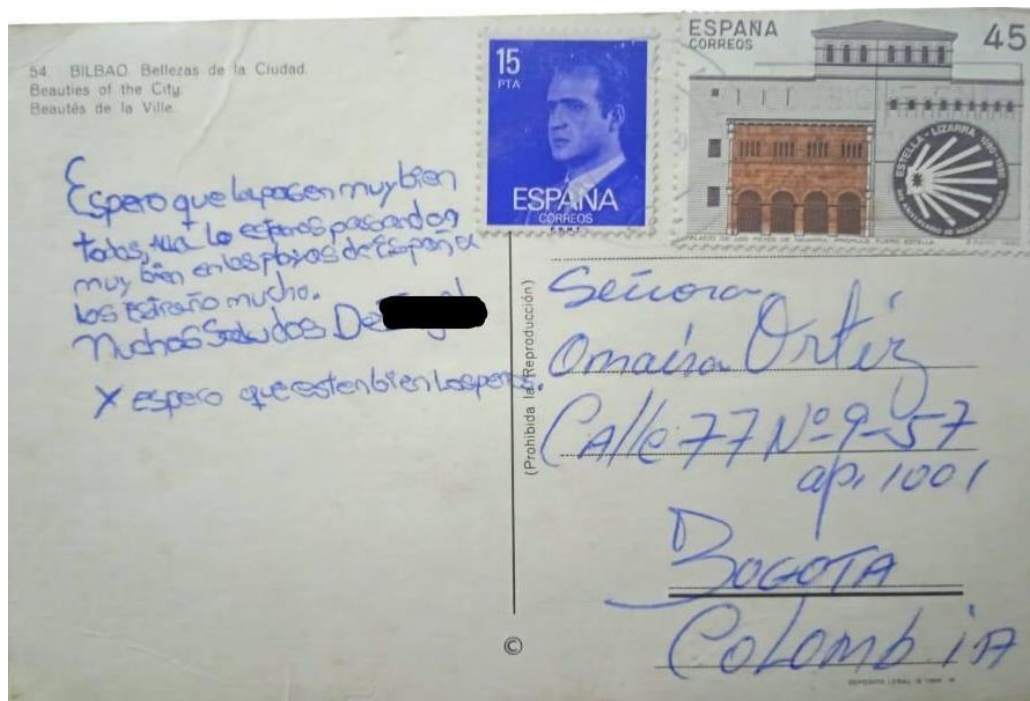
Desde esta trayectoria de vida se observa que la violencia que más se ejerció sobre mi abuela Omaira en su posición de empleada doméstica para la familia Duran García, fue la violencia interpersonal de baja intensidad. Esas violencias que se producen en los espacios privados de trabajo y que se expresan en agresiones verbales y psicológicas. Respecto a eso,

mi abuela Omaira interpreta esas situaciones de conflicto, como episodios muy amargos en su vida y trabajo, pues a pesar de que ella cumplía con sus deberes laborales, la relación tan cercana y ambigua que se configuró entre ella y su jefa llevó a que tuvieran conflictos por acciones o decisiones de la vida privada de mi abuela. Esos hechos conflictivos, para mi abuela resultaban ser violentos e injustos pues, en palabras de ella:

“A veces la señora Amelia amanecía de mal rato, y la cogía con todo el mundo. Con sus hijos se desquitaba con Julián y de las empleadas, conmigo. Tantos años trabajando para ella, uno ya la conoce...entonces en esos momentos de pelea, yo prefería simplemente escuchar lo que decía y quedarme callada. A veces si decía cosas muy ofensivas que a uno le dolían, entonces tocaba callarme y cuando estaba en la cocina llorar” (Omaira Ortiz, 2021).

Pese a que mi abuela Omaira parecía acatar los regaños sin mediar palabra contra su jefa por las agresiones verbales, ella misma encontró una forma de resistir en ese mismo espacio privado a las violencias y dominaciones por parte de su jefe. La resistencia y aguante por más de 35 años al trabajo y lealtad de la familia Duran García, se debe en gran medida al vínculo maternal que se tejió entre mi abuela Omaira y Luisa. Mi abuela resistía desde el cariño y el afecto.

“La única razón por la que yo me quedé tanto tiempo, fue Luisa. Me daba un pesar cuando yo me iba y ella me decía: *“Omairita, llévame contigo, no me dejes acá”* y claro, a la señora Amelia, eso le daba rabia e inmediatamente le pegaba y la entraba. Entonces, yo le decía, al otro día a Luisa que no hiciera eso, que yo todos los días iba a madrugar para estar el día entero con ella. Una vez Luisa, si me dijo *“Omairita yo quisiera que tú fueras mi mamá”*, y yo le decía, pero nenita, eso no se puede, pero si tú necesitas algo o me quieres contar, yo siempre voy a estar contigo. Y mira hasta el día de hoy yo ando pendiente de la nena y de su hija, porque yo la aprecio mucho, cuando niña yo la veía toda indefensa, calladita. Ella era feliz cuando estaba con tu mamá y conmigo compartiendo” (Omaira Ortiz, 2021).



Archivo 7. Correo postal de Luisa a Omaira. Año sin especificar.

Este correo postal fue enviado por Luisa desde España, para saludar a mi abuela Omaira, durante las festividades de año nuevo. En la postal, se lee: “*Espero que la pasen muy bien todos allá. La estamos pasando muy bien en las playas de España, los extraño mucho y espero que estén bien los perros*”. Con esto, es notorio el vínculo que ha existido siempre entre mi abuela Omaira y la familia Duran García, pero en especial, con Luisa.

Quizás fue la experiencia maternal que mi abuela Omaira ya tenía con sus propios hijos que la llevó a entablar una relación de cercanía basada en el afecto y cuidado hacia los niños de la familia García Duran (es más, puede ser por el papel maternal que no pudo ejercer con sus propios hijos por las ausencias impuestas por el trabajo). En todos casos, las otras empleadas de servicio doméstico, quienes no tenían hijos, nunca llevaron una buena relación con los niños. Esto llevó no solo a que existiera un conflicto interno entre las empleadas de servicio doméstico de esta familia, sino también entre mi abuela Omaira y la señora Amelia.

Ellos fueron creciendo – Julián y Luisa – y pues hacían sus cosas. Lucía les tenía como envidia no sé. Y todo lo que hacían esos chinos, ella iba y le contaba a la señora Amelia, y tenían peleas. Ellos no querían a Lucía. Mientras que yo sí, nunca dije nada de nadie allá... Porque eso no es problema de uno y no es que yo fuera alcahueta o algo así... Pero ¿para que uno va a decir mentiras? Esos chinos no fueron de tener malos pasos ni nada, solo tenían amigos y

salían, pero todo eso Lucía se lo contaba. Entonces claro, los chinos me tenían más aprecio a mí... Lucía duró trabajando tanto tiempo para ellos, igual que yo, solo porque era quien le contaba todo lo que ocurría con los chinos y yo a la señora Amelia... Era la informante... (Entrevista Omaira Ortiz, 2021).

Algo relevante, en este caso particular, es la doble función que mi abuela Omaira tuvo en su campo laboral. De acuerdo con Lagarde (2005), las madres-siervas son madres de los otros, por sus funciones y siervas porque el tipo de relación política es de servidumbre asalariada. Acá la subalternidad es doble, de género y de clase, mujer y asalariada. Por tanto, las dinámicas de trabajo de mi abuela Omaira para la familia Duran García, fueron meramente laborales, a pesar de los confusos lazos de cercanía y familiaridad. Esta relación no puede ser comprendida en su totalidad como una 'segunda familia' pues, se evidencia una distancia social y espacial que permite la legitimación y aceptación de ciertos tratos, limitaciones y segregación.

El 'deber ser' como cuidadora en el trabajo doméstico llevó a que mi abuela Omaira forjará una relación importante y duradera en el tiempo con Luisa, la hija menor de la familia Duran García. Más que con Julián, su hermano mayor quien era más independiente y prefería estar solo. Esas lógicas de cuidado y atención prestada a los hijos de la familia Duran García, pese a que se hicieron en el marco de su trabajo como empleada doméstica. Tuvieron un impacto negativo de hibridación en las relaciones de un tiempo de su propio núcleo familiar. En palabras de sus hijos, ellos sintieron que en muchas ocasiones mi abuela Omaira no estuvo presente en procesos y etapas importantes de su niñez y adolescencia por siempre estar presente y disponible a las necesidades y requerimientos de la familia Duran García.

Lo anterior puede ser comprendido desde la doble presencia del trabajo doméstico en el ámbito laboral y familiar. Durante varios años de mi niñez, pude ver como mi abuela Omaira se movía entre esos dos espacios que requerían de un trabajo continuo. Pues, por un lado, vivía con ella, y ella ayudaba bastante con mi crianza y, por otro lado, pude compartir los espacios laborales de ella, así como mi mamá y mi tío lo habían hecho años atrás.

Cuando me cancelaban clases en el colegio y nadie podía cuidarme, mi abuela me llevaba con ella a su trabajo. No tenía que pedir permiso con antelación para eso, pero sí dar una explicación de por qué me llevaba. Como la señora Amelia conocía nuestra situación y la composición familiar, sabía que mi abuela en cierta manera también se hacía cargo de mis cuidados mientras mi mamá terminaba sus estudios en la Universidad. Yo siempre hacía caso

e intentaba ayudarlo en lo que pudiera. Por eso, nunca hubo problema en que yo estuviera acompañándola en su horario laboral.

Mi abuela y yo madrugamos mucho para coger el bus que nos llevaba desde el norte hasta el centro de la ciudad, para estar a las siete y media en el apartamento de la familia Duran García. Cuando ingresábamos a la torre, debíamos anunciarnos en la portería, los celadores ya conocían a mi abuela Omaira, y la saludaban siempre. Después de anunciarnos, debíamos esperar el ascensor para subir hasta el noveno piso. En el ascensor, mi abuela Omaira me recordaba cómo debía saludar y me decía que me portara bien, como siempre.

Mi abuela tenía llaves, así que entrábamos directamente y nos dirigíamos al cuarto de Lucia, la empleada interna. Allí, mi abuela se cambiaba de zapatos y se ponía un delantal. A mí, me hacía quitar los zapatos y me dejaba en medias. Ponía hacer un café y se iba a despertar a la señora Amelia. Yo me quedaba en el comedor de la cocina, esperándola. Siempre me quedaba observando por la ventana que daba frente al parque nacional. Mi abuela regresaba casi a los diez minutos, servía el tinto y me decía que fuera detrás de ella, y que saludara fuerte a la señora Amelia. Yo le hacía caso y caminaba detrás de ella, con un poco de miedo y de pena.

Una vez entrábamos a la alcoba de ella, yo la saludaba y, luego, me sentaba en un sofá que había a la entrada. Mi abuela dejaba el café en una pequeña mesa que estaba al lado de una silla gigante. La señora Amelia siempre estaba ahí, recostada, viendo los noticieros de España. Tenían televisión por cable y eso, para mí, era una novedad. Yo me quedaba ahí atenta a lo que decían las noticias, mientras ellas hablaban de muchas cosas: problemas con los vecinos de Bavaria, o con los de la finca por las matas de guadua que crecían y perdían la delimitación entre fincas, problemas con abogados, entre otros. Durante estas charlas, yo debía quedarme ahí con ella, no prestaba mucha atención a sus conversaciones. Me parecían aburridas, prefería quedarme observando la televisión o jugando con Ramona, la perrita de compañía de la señora Amelia.

Después, volvíamos a la cocina y mi abuela me preparaba el desayuno. Tomaba pan de la alacena, queso crema y mermelada de la nevera, para hacerme un sándwich. Siempre me dejaba desayunar en la sala mientras veía televisión, pero si ensuciaba o dejaba desorden, me tocaba limpiar a mí. Los días que estuve en ese apartamento, los pasé solo viendo televisión y comiendo, mientras mi abuela cocinaba, lavaba, planchaba, etc., y acompañaba a la señora Amelia a hacer diferentes diligencias. Alrededor de las seis de la tarde, mi abuela empezaba a cambiarse para salir de trabajar, debíamos despedirnos de la señora Amelia antes de irnos. Como ocurría en el desayuno, almuerzo y despedida, mi abuela Omaira se quedaba bastante

tiempo terminando de hablar de cosas, así que salimos casi a las 7 de la noche. Yo me despedía con un beso en la mejilla de la señora Amelia y un hasta mañana.

Durante el acompañamiento a esos espacios, casi nunca compartí con Julián, el hijo mayor de la señora Amelia. Solo sabía que era un empresario importante de un banco y que siempre estaba ocupado. No lo veía ni cuando llegaba ni cuando yo me iba. Luisa, en ese momento, estaba terminando su carrera de pregrado en Antropología. Como salía un poco más tarde para sus clases, si nos veíamos en las mañanas. Siempre me saludaba y, con una voz graciosa, me preguntaba: “! Hola Sarita, ¿cómo estás de grande, y Nancy Blue?!”, preguntándome por mi mamá. En ocasiones, cuando Luisa llegaba de sus clases, le pedía permiso a mi abuela Omaira para que yo la acompañara a pasear a Ramona o simplemente a comprar alguna cosa. Mi abuela me daba permiso, pero me recordaba una vez más que me portara bien y que no fuera a pedir nada.

En ocasiones, tenía que acompañar a mi abuela a trabajar en la finca de Villeta, cuando era alquilada. Mi abuela tenía que cocinar para los huéspedes como parte de su trabajo. La señora Amelia manejaba, mi abuela era su copiloto y yo iba en la parte de atrás con las perras. Por la carretera, siempre hacíamos dos paradas: la primera para almorzar algo, y la segunda para comprar pan para los perros. Una vez llegamos a la finca, nos instalábamos rápidamente en una habitación al lado de la cocina. Mi abuela debía atender las necesidades de la señora Amelia y también de las personas que estaban arrendando la finca esos días. Recuerdo que era demasiado trabajo y, cuando eran tantas personas, debían contratar a otra señora del pueblo para ayudar a cocinar. Durante ese boleo<sup>20</sup> de la cocina, a mí me encargaban alistar los cubiertos: solo debía colocar cuchara, tenedor y cuchillo, uno encima del otro y envolverlos con una servilleta, luego, ponerlos en la bandeja y llevarlos a la mesa para acomodar. También llevaba las limonadas y los ajíes. Después de colaborar, mi abuela me servía ya fuera el desayuno o el almuerzo y decía que podía después ir a la piscina si la señora Amelia me dejaba.

Recuerdo que el día de mi séptimo cumpleaños, estaba con mi abuela Omaira en la finca de Villeta. Yo casi siempre me levantaba un poco después: me alistaba e iba a buscar por toda la finca a mi abuela para ayudarle en cosas. Ese día, iba subiendo a la cabaña de la señora Amelia, ella me vio y muy entusiasta me deseó feliz cumpleaños. Yo me escondí detrás de mi abuela y no sé porque no le respondí, solo sé que me quedé callada. La señora Amelia se sintió ofendida y, a pesar de que yo sabía que si solo decía un ‘gracias’ las cosas se iban a calmar, me quedé callada y con temor. Ellas dos discutieron ese día. Por mi grosería, mi abuela tuvo que

---

<sup>20</sup> Término para referirse a que hubo mucho trabajo y poca gente.

devolverse conmigo ese día a Bogotá, y mi mamá y yo no pudimos volver a la finca por un largo tiempo. Luego de un tiempo, fuimos al apartamento de Bavaria con mi mamá a visitar a la señora Amelia, yo le pedí disculpas por mi comportamiento, aunque ni mis papás ni yo, considerábamos que hubiera sido tan grave lo que había ocurrido. Pero, para mi abuela Omaira, era importante que yo me disculpara, por eso lo hicimos.

En mi niñez seguramente no comprendía esa relación laboral tan a fondo. Desde niña, sin embargo, siempre supe que debía mantener un “respeto” hacia la señora Amelia y sus hijos: pues a pesar de que teníamos una relación cercana, era evidente para toda la distancia social. Esa relación ambigua permitió que se naturalizaran ciertas violencias contra mi abuela Omaira y nosotros. Hoy, retrospectivamente, veo esa relación laboral y afectiva no sólo como un intercambio monetario sino también como una relación de dominación en la cual la familia Duran García manifestaba su superioridad frente a nosotros. Respecto a eso, puedo rescatar que Luisa ha sido la única que ha tratado y tenido una relación más desde el afecto y la gratitud con mi abuela, que una relación de dominación entre jefe - empleada. Debido a la relación maternal que desde niña tejó con mi abuela, a diferencia de la relación que tuvo con su propia mamá.

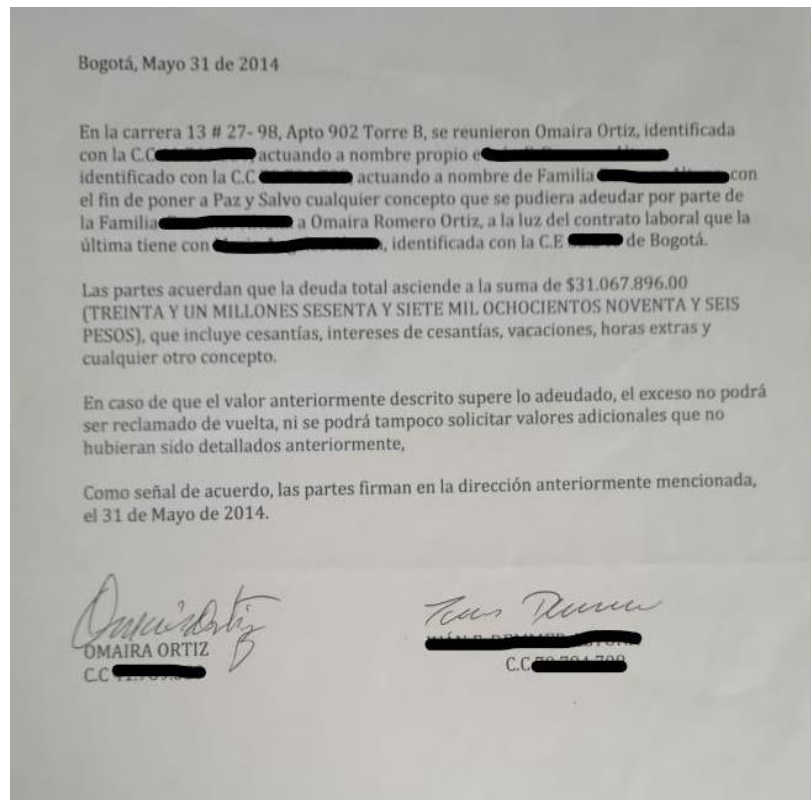
Hacia el 2013, la señora Amelia empezó a tener dificultades de salud y las labores de mi abuela, se dirigieron únicamente a la atención médica y de cuidados específicos que ya requería por su deterioro de salud. A inicios del año 2014, mi abuela inició el proceso de radicación de documentos y horas laborales ante el Ministerio de Trabajo y Colpensiones, para adquirir su pensión de vida.

“Tuve que llevar una fotocopia de mi registro civil, de mi cedula, las horas cotizadas hasta ese momento y una carta dirigida a Colpensiones diciendo por qué estaba solicitando la pensión que era ya por la edad y tener las semanas que me pedían, fueron alrededor de 150 semanas. Si yo hubiera sabido un poco más de cuáles eran mis derechos, hasta hubiera podido empezar a cotizar antes y pensionarme muchos años antes, pero luego pensando en esas modificaciones de leyes, me tocaba si o si quedarme hasta cumplir con la edad. Esos seguros no lo dejan pensionar completo si tú no tienes los dos requisitos.

Cuando me llamaron a decirme que estaba aprobada mi solicitud, yo inmediatamente me puse feliz y le conté a la señora Amelia. Ella como podía me tomó la mano y me dijo ‘Omaira, me alegro porque has trabajado mucho todos estos años, disfrútala’ y se le aguaron los ojos.

Ella pensó que yo me iba a ir de una vez, que la iba a dejar sola. Pero yo le dije, que yo iba a estar con ella cuidándola mientras así tuviera mi pensión. ¿Tú crees nenita? después de tantos años de trabajo, de ayuda y claro tuve que aguantar humillaciones, pero todas esas cosas me

hicieron tenerle afecto y gratitud, ¿cómo la iba a dejar sola? Es que ninguna enfermera daba para cuidarla, ella se quejaba mucho y solo quería que yo o Lucia estuviéramos con ella” (Omaira Ortiz, 2020).



Archivo 8. Copia paz y salvo del trabajo con la familia Duran García. Año 2014.

El proceso de cotización de pensión de mi abuela Omaira, lo inició en el año 1978, con el seguro social cuando trabajó en laboratorios LANDER y durante un tiempo trabajando para la familia Duran García continuó cotizando en ese seguro público. Sin embargo, hacia el año 2001, por un cambio en la normativa jurídica, pasó a cotizar en Colpensiones, un seguro privado del estado, creado para aumentar la cobertura pensional de los colombianos.

En este punto es importante señalar que en Colombia la seguridad social y el derecho a pensión resulta estar limitado por el género y la clase, factores que determinan una posición social. Según cifras de la Escuela Nacional Sindical, en el caso del trabajo doméstico el 88.6% establecen un contrato de forma verbal, el 61% ganan menos que un SMLV lo que dificulta la exigencia de derechos y se legitima una desvalorización a este sector. Por eso, solo 18% de las mujeres que laboran en este sector cuentan con afiliación a salud y seguridad social, las pocas que cuentan con la garantía de sus derechos laborales.

“Claro, cuando uno empieza a cotizar se pregunta ¿será que algún día si me voy a pensionar? Y pues si ya con el tiempo, yo me iba acercando más a la edad y eso le da a uno alegría porque digamos yo ya tenía ese ingreso fijo de la pensión y, además, continué trabajando con Luisa, entonces tenía otro sueldito que me servía para darme mis gusticos y ayudarles a ustedes. La alegría es inmensa porque ya con esta edad y todo, ya uno al menos tiene para tomarse una agua de panela tranquila, o sea mi tranquilidad con la pensión es que tengo algo fijo que sé que entra siempre para cosas indispensables para los recibos, el mercado y una que otra cosa, porque no alcanza para más, porque yo me pensione con el mínimo que había en el 2015<sup>21</sup>” (Omaira Ortiz, 2021).

Durante el tiempo de espera para el primer pago de pensión de mi abuela, la señora Amelia falleció y esta pérdida afectó tanto a su familia como a mi abuela. Luego de la muerte de la señora Amelia, mi abuela Omaira continuó trabajando para Luisa, la hija menor de la familia Duran García, mi abuela debía ocuparse de los cuidados de Daniela, la hija de Luisa, y es en ese momento donde los lazos de maternidad y afectos desde el cuidado y la atención del servicio doméstico, posicionaron a mi abuela ante un continuo cuidado de una segunda generación de la familia Duran García.

“Yo ya teniendo la pensión, lo último que quería seguir haciendo era trabajar. Pero después de la muerte de la señora Amelia, Luisa quedó sola porque Julián nunca fue cercano con nadie. Entonces a mí me dio mucho pesar pues ver a Luisa sin apoyo de nadie con esa bebé recién nacida, ella me propuso seguir trabajando para tener un ingreso extra porque esa pensión era un mínimo y pues un ingreso adicional si me servía. Me dediqué a cuidar a Daniela al principio casi todos los días mientras le enseñaba a Luisa cómo bañarla, vestirla, qué cocinarle y demás, ya después solo iba por días, y luego ya subía a Bogotá solo cuando Luisa necesitaba salir algún evento y no tenía con quien dejar a Daniela. Dure, así como un año, deje de trabajar por varias razones la principal fue que Luisa ya no tenía cómo pagarme a mí y preferimos dejar así, lo otro fue que yo ya estaba cansada, a mi edad cuidar de un bebé ya es muy desgastante, y tú mamá y tu tío ya estaban molestos, recuerdas que decían ¿que hasta cuando yo iba a seguir atendiendo a otros antes que a mí? y sí tenían razón, yo ya con mi pensión para que me jodiera más” (Omaira Ortiz, 2021).

Los distintos relatos de esta última parte intentan dar a mostrar la capacidad multifacética que tuvo mi abuela Omaira durante sus largos años de trabajo para la familia Duran García.

---

<sup>21</sup> \$ 644,350.00, <https://www.salariominimocolombia.net/2015>

Según Federici (2021), en muchas ocasiones no trabajas porque te guste, o porque te venga dado de un modo natural, sino porque es la única condición bajo la que se te permite vivir. Mi abuela Omaira a lo largo de su vida, la única opción de vida que tuvo fue la de trabajar en distintas labores feminizadas, como costurera, empleada de servicio, manufacturera y cocinera.

## **CONCLUSIONES:**

Las reflexiones de este capítulo, son ya el último acercamiento a las nociones de dominación y violencia, en esta experiencia esas lógicas de subordinación femenina son expuestas a través de la experiencia de empleada doméstica, donde se entabla distancia social entre empleadores y empleada. Pues la cercanía física y emocional que implican las labores de cuidado y atención conlleva a que las relaciones entre empleadores y empleadas siempre sean ambiguas. Las formas de dominación se evidencian en las violencias simbólicas en contra de mi abuela Omaira y sus hijos, en acciones como: la prohibición que tuvo su hijo Andrés respecto a compartir espacios laborales con su madre, como si lo podía hacer Nancy. También, sobre las decisiones que debía tomar sobre sus hijos, y que fueron encaminadas por la influencia de su jefe, y los procesos de superación personal que fueron estancados por el trabajo doméstico.

La dominación, en este capítulo a diferencia de los dos primeros, no es entablada por una figura masculina. Sino por una mujer, su jefa Amelia. Esa dominación se puede entender, desde la propuesta de Lagarde, “pues las mujeres comparten como género la misma condición histórica, pero difieren en cuanto a sus situaciones de vida y niveles de opresión” (Lagarde, 2005). En el marco de su trabajo, mi abuela Omaira fue expuesta a palabras, acciones y decisiones por parte de Amelia que, indudablemente, violentaban su experiencia misma de ser mujer. Así como mi abuela, muchas empleadas domésticas terminaron naturalizando y aceptando los maltratos por parte de sus empleadores, debido a la necesidad de seguir trabajando para la subsistencia de ellas mismas y sus familias.

Esas dominaciones fueron ejercidas también sobre mí, en mi infancia, cuando tenía comportamientos no aceptados bajo la norma de la señora Amelia. Las dominaciones que se experimentaron en diferente nivel y personas de mi familia, se evidencian aún en la forma de referirnos a la memoria de sus ex jefes con los modismos de “señor y señora”, pues nosotros tenemos internalizado ese respecto jerárquico que experimentamos durante el tiempo de trabajo de mi abuela Omaira, con la familia Duran García y que aún continúan con nuevas generaciones

de esta familia. Por tanto, las narraciones que se reconstruyeron en este capítulo evidenciaron la asimetría en las relaciones entre adultos y niños que tienen un rol subordinado en las lógicas del trabajo doméstico como madres empleadas e hijos acompañantes.

Otro punto relevante, es el reconocimiento jurídico y social que a finales del siglo XX comenzó a tener el trabajo doméstico en Colombia. En el caso específico que se desarrolla en esta tesis, este reconocimiento social y jurídico fue un aspecto significativo y gratificante en la vida de mi abuela Omaira, pues ella era consciente de que cuando terminara su tiempo de trabajo iba a tener derecho a un pago y salud mensual en su vejez. Sin embargo, en Colombia no todas las empleadas de servicio doméstico cuentan con la misma suerte, pues al ser este un trabajo que se realiza en las intimidades de las casas de familia, se torna más complicado hacer veeduría de que los empleadores ofrezcan condiciones óptimas de trabajo hacia sus empleadas. Con eso, resulta importante seguir indagando las experiencias de trabajo doméstico para lograr aportar a la consolidación de políticas públicas con enfoque de género que estén destinadas a proteger los derechos de las mujeres del servicio doméstico.

Pese a las formas de violencia, en esta última etapa, relucen también formas de resistencia a esas dominaciones, las cuales se pueden analizar desde la labor maternal que mi abuela ejerció con los hijos de la familia Duran García. Como ha sido en las dos anteriores experiencias, parece ser que mi abuela resiste a violencias a partir del amor que encuentra con las personas a quienes cuida, por quienes se preocupa y quienes conforman para ella una red de parentesco importante. Sin embargo, en esta última experiencia, no quiero desconocer que para mi abuela otro bastón de resistencia a esas lógicas de dominación, violencia y segregación que aguantó durante 35 años, fue por el factor económico que estaba representando su trabajo.

## **REFLEXIONES FINALES:**

### **¿Dónde empieza y termina el trabajo doméstico?**

En el marco de esta tesis, he querido explorar las formas de dominación, resistencia y resiliencia en la historia de vida de mi abuela Omaira. Para ello, he reconstruido algunas de sus experiencias, incluyendo tanto su dimensión práctica (lo que hizo mi abuela y lo que le sucedió) como su dimensión interpretativa (los pensamientos y sentimientos de mi abuela). Para ello, analizando algunas etapas importantes de su trayectoria (desde su niñez, adolescencia y vida adulta), he intentado desdibujar, para cada momento, las principales configuraciones que

moldearon su involucramiento en el trabajo doméstico y su proceso de construcción como mujer.

De esta manera, esta tesis pretende problematizar desde el caso del trabajo doméstico, distintas formas de dominación y subordinación que existen en las instituciones familiares y sociales, que afectan los cuerpos y trayectorias de algunas mujeres de las clases populares en Colombia. Específicamente aquellas mujeres que, desde niñas, ven asignados sobre ellas roles de cuidadoras innatas, involucrándolas en el trabajo doméstico desde su propio núcleo familiar y reforzándolo como ideal de trabajo para su existencia y subsistencia.

Los argumentos de cada capítulo se construyen a partir de los datos etnográficos que están compuestos por narraciones, imágenes e interpretaciones de la experiencia de vida de mi abuela Omaira en el marco del trabajo doméstico. Apuntan en primer lugar, a problematizar la construcción de roles femeninos/masculinos y las actividades que se les asignan de acuerdo al sexo/género en los espacios familiares y sociales. Enfatizando aquellas dinámicas de trabajo infantil de mitad del siglo XX, que en su momento eran normalizadas, pero que son consideradas en este momento como violencias hacia la niñez, junto a las formas de cautiverio que toman lugar en los trabajos domésticos internos, privando de autonomía, libertad y conocimiento a las niñas y mujeres que lo ejercen.

En segundo lugar, a las experiencias de dominación, resistencia y resiliencia que mi abuela Omaira experimentó en dos momentos importantes que marcaron el inicio de su vida adulta: el matrimonio y la maternidad. Con estas experiencias se problematiza la configuración de mujer durante la década del 70, desde el desconocimiento de la educación sexual, en niñas y adolescentes de sectores populares. Pues, esta educación únicamente primaba para aquellas que habían tenido acceso a la educación y a sectores de salud óptimos.

En tercer lugar, se explora la trascendencia que tiene en la vida de las empleadas domésticas, el hecho de reconocerles legal y socialmente su trabajo, mediante la cotización de prima y seguridad social. También se indaga por las dominaciones y resistencias que se experimentan en el trabajo doméstico debido a la ambigüedad en que se entablan estas relaciones laborales, permeadas por vínculos de cercanía, afecto y desencuentro.

Los diferentes puntos que componen las discusiones de esta tesis, representan una problemática y naturalización de los roles femeninos más generalizados, que llevan la discusión a cómo se configura la continuidad de las formas de cuidado y atención por parte de las mujeres de sectores populares hasta la vejez. Pues son ellas, quienes desde edades tempranas hasta su vejez deben ejercer los roles de atención y cuidado, que ayudan a la reproducción social de los

núcleos familiares propios o ajenos, característica que puede ejercer una auto representación de la necesidad de ser constantemente productivas para el mundo.

La reproducción de esas dinámicas en los núcleos familiares ha hecho que cada vez sea más difícil determinar el cuándo y cómo se dan por finalizadas las labores domésticas familiares. Pues las mujeres que laboran en el sector del trabajo doméstico lo hacen en una doble presencial del trabajo entre su espacio familiar y laboral. Esto repercute en que las actividades de cuidado y atención se extiendan hasta la vejez de la vida de mujeres de sectores populares. De acuerdo a eso, el informe del DANE “*tiempo de cuidado: las cifras de la desigualdad*” expone la desigualdad en las labores domésticas y la asignación de estas sobre los cuerpos femeninos, representando una sobrecarga en la vida de niñas y mujeres.

“En Colombia, 30 millones de personas cuidan de otras al interior de sus hogares, y el 78% de horas anuales de dedicación a dichas actividades de cuidado y que conforman el trabajo doméstico no remunerado lo hacen niñas y mujeres. En total el 90% son mujeres que proveen cuidados y 61% hombres” (Dane, 2020).

Dicha sobrecarga implica que las niñas y mujeres de sectores populares no tengan una calidad de tiempo libre, donde puedan llevar a cabo actividades de crecimiento personal, profesional o algún hobby. Pues las actividades de cuidados demandan una cantidad importante de tiempo, llevando a que la tasa de pobreza de tiempo para las mujeres que las realizan sea casi del doble, 29% en comparación con 16% entre hombres, quienes no llevan a cabo este tipo de actividades (Dane, 2020). Tanto la sobrecarga de labores domésticas familiares como la pobreza del tiempo se incrementan cuando los núcleos familiares son monoparentales, es decir donde predominan las jefaturas femeninas. Como ha sido el caso de la experiencia de vida de mi abuela Omaira, pues desde su infancia hasta su vida adulta ha invertido más tiempo en las actividades domésticas. Dejando de lado sus proyecciones personales, como la continuidad de sus estudios, que le hubiera permitido un mayor crecimiento individual.

La trayectoria de vida de mi abuela Omaira, expone puntos relevantes para el análisis de la continuidad de las labores domésticas familiares desde la niñez hasta la vejez, en el caso de mujeres madres de cabeza y de sectores populares. Debido a que, desde niña se vio inducida por presiones familiares, sociales y culturales a ingresar a las lógicas del trabajo infantil feminizado desde las labores domésticas. Una labor que estaba aceptada y naturalizada

socialmente, y que influyó en la reproducción de ciertas disposiciones de dominación y explotación desde la diferencia de género, raza, clase y división sexual del trabajo.

Algo relevante que nos muestra esta trayectoria es que mi abuela, al relatar sus experiencias familiares y su rol como hija progenitora que migró hacia otros centros rurales y urbanos para trabajar en pro de su familia. Antes de la realización de este trabajo de investigación, ella nunca reconoció que las labores domésticas que le enseñaron y reproducía en su núcleo familiar, constituyeron una forma de trabajo no reconocida. Sin embargo, en el tiempo de construcción y socialización de los resultados de cada etapa que conforman esta tesis. Su pensamiento retrospectivo referente a su rol como niña y mujer del servicio doméstico, le hicieron cambiar el imaginario que ella tenía hace 45 años atrás, respecto a su rol como hija, madre y esposa que ha estado inmersa en las lógicas del trabajo doméstico.

A pesar de continuar inmersa en las lógicas de cuidado y atención para otros: padres y esposo, mi abuela reconoce que las actividades que continúa realizando hoy en día, referentes al trabajo doméstico familiar, si constituyen un trabajo. Pues es un esfuerzo que hace para mantener el bienestar familiar, por medio de actividades productivas de trabajo que no son reconocidas legal ni socialmente, porque se legitiman por los lazos afectivos y las ‘habilidades domésticas’ que nos otorgan desde que nacemos. Para Federici, (2018), la familia es la institucionalización del trabajo no remunerado, de la dependencia salarial de los hombres y, consecuentemente, la institucionalización de la desigual división de poder entre ellos y nosotras.

Bajo esa premisa, se puede deducir que el trabajo doméstico realizado en el espacio privado de los propios núcleos familiares también presenta una ambigüedad por el rol de las mujeres en los hogares, donde han sido construidas como proveedoras y cuidadoras bajo la premisa del ‘deber ser’. Restándole valor y reconocimiento desde estos espacios a las labores de atención y cuidado, lo que repercute en las dinámicas de segregación en que se instauran estas labores en el trabajo doméstico prestado a otros. Mi abuela, reconoce que le ha restado relevancia a momentos violentos en su vida en el marco del trabajo doméstico, por la confusa relación de amor y cuidado que tejido tanto con su familia como sus empleadores.

En la última experiencia de trabajo doméstico, que mi abuela Omaira realizó para la familia Duran García, en los últimos 3 años de trabajo, sus labores se alejaron del espacio doméstico para centrarse en los cuidados y atención de salud que requería su jefe Amelia. La interpretación de mi abuela sobre ese cambio de labores, se debe a un tipo de agradecimiento y ayuda humana por la relación familiar que se tejió entre ella y Amelia. Al igual que, las labores del trabajo doméstico familiar y de cuidado de salud que continúan en su vejez hacia

su familia, especialmente para sus padres. Estas no representan un trabajo para ella, por el contrario, son formas de agradecimiento y de compartir tiempo de calidad con sus padres ya que cuando era niña, no tuvo la oportunidad de estar el tiempo suficiente con ellos.

En este punto, quiero retomar la cuestión de la reflexividad respecto al trabajo de campo que se realizó para la recolección y análisis de datos empíricos que componen esta tesis. Trabajar una trayectoria familiar, implicó situarme en dos posiciones distintas: como nieta e investigadora. Este posicionamiento me permitió obtener información de primera mano, que había sido censurada por parte de mi abuela en las conversaciones familiares, en cuanto a comprender por qué continuar y romantizar esas relaciones familiares y laborales que estaban permeadas por vínculos afectivos, pero también violentos, no sólo contra ella sino también contra sus hijos. Frente a eso, era inevitable no encontrarme con sesgos interpretativos y analíticos respecto a la trayectoria y situaciones específicas que había pasado mi abuela. Por ese motivo, tuve que incluir narraciones de diferentes personas de la familia para contrarrestar la información brindada por mi abuela y mi propia interpretación de los hechos. Y lograr al fin, comprender desde diversas voces esos puntos que me causaban disputas e inconformidad, pues al trabajar la trayectoria de mi abuela, sus narraciones que representaban violencias y dominaciones, me atravesaron la existencia.

Con todo lo anterior, el trabajo expuesto hasta acá, pretende ser un aporte para la antropología social desde los enfoques de la infancia y los estudios de género. Pues, a partir de la construcción de la historia de vida de Omaira, se exploran desde tres etapas claves (infancia, adolescencia y vida adulta) las formas de violencia, resistencia y resiliencia que ella experimentó desde las labores domésticas hechas para la subsistencia y reproducción social tanto de su propia familia como de familias ajenas. Y también, la configuración de mujer que se evidencia a partir de esas formas de dominación, resistencia y resiliencia que forjaron en su perspectiva de vida unas lógicas de condicionamientos, que le han impedido pensarse por fuera de ese contexto social, que le ha impuesto el trabajo de cuidado y atención, como la única opción para existir.

Pese a que el análisis de este trabajo se hace desde una perspectiva singular, no implica que no represente una problemática social histórica. Pues las narraciones que conforman el análisis de la problemática desarrollada en estas páginas, es una representación social de una realidad compartida por mujeres de sectores populares en Colombia, que, por condiciones de género, raza y clase, se sitúan en una posición similar a la experiencia de mi abuela. De acuerdo a eso, algunos de los aportes que este trabajo brinda al tema de investigación del trabajo doméstico, son las siguientes.

Por un lado, las investigaciones que se han encontrado respecto al trabajo doméstico y la violencia, centran su foco de análisis en la experiencia particular de las empleadas. De ahí que, un aporte complementario que da este trabajo, es su indagación por las violencias laborales donde emerge la dominación no sólo contra las empleadas -en este caso mi abuela-, sino también con sus hijos. Y las formas en que se da frente a esas violencias, desde la resistencia y resiliencia, dos categorías que también han sido dejadas de lado por algunas investigaciones al respecto del tema. En adición a eso, es importante señalar que las formas de violencia y dominación de género, expuestas acá, no solo son una mirada crítica hacia las acciones dentro del núcleo familiar, sino también laboral. Exponiendo la condición de vulnerabilidad que experimentan las empleadas de servicio doméstico desde la doble presencia del trabajo doméstico.

Por otro, al reconstruir esta práctica de trabajo doméstico de forma asincrónica, se pretende complejizar el nivel de análisis y reflexión, ya que se parte de una construcción de esa experiencia desde una perspectiva natural y normalizada de los hechos, por parte de mi abuela y sus padres, y con el posterior análisis se complejiza su problematización al entender estas experiencias como formas violentas que mi abuela ha experimentado en contra de su voluntad, y frente a las cuales ha tenido que resistir a través del amor, la paciencia, entrega y condicionalidad que ha encontrado en los vínculos cercanos, esos mismos vínculos que la encaminaron a ese mundo doméstico. Por tanto, este trabajo invita a que desde los enfoques de género se amplíe la investigación en cuanto al trabajo de cuidado.

Con el reconocimiento de que, este trabajo tan solo es una parte de esa realidad compartida por mujeres de Colombia, que se dedican a las labores domésticas. Se deja el camino abierto para futuras investigaciones que quieran indagar más sobre los diferentes aspectos que se abarcan en cada capítulo. Aspectos como: limitación de la vida de las empleadas domésticas internas; violencias sexuales contra las empleadas domésticas; desprotección de leyes sociales en cuanto a su pensión, salud y pago; y la condición de la doble presencia del trabajo doméstico. Además, de la importancia de complementar estos análisis desde un enfoque cuantitativo que permita representar por medio de las cifras, la cantidad de mujeres que desde edades tempranas se han incorporado a las lógicas del trabajo doméstico, así como aquellas que no alcanzan a materializar una pensión digna en su vejez, luego de haber realizado por varios años estas labores de cuidado y atención en el ámbito doméstico ajeno.

El análisis de este trabajo evidencia la necesidad de prestar mayor atención a la condición de las empleadas domésticas y avanzar más en los proyectos de ley que buscan regular de una manera eficaz este campo laboral. Considero que las políticas de regulación y visibilización de

este empleo, deben hacerse de la mano de las empleadas de servicio y de los sindicatos de empleadas domésticas como, UTRASD -Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico- que responde desde su organización a visibilizar esas violencias y dominaciones que se instauran desde las diferencias de género, clase y raza. Y plantear los mecanismos necesarios para la difusión y regulación de políticas adecuadas para este sector.

## REFERENCIAS:

Alcaldía Municipal de Socotá. (s.f.). *Alcaldía Municipal de Socotá*. Recuperado el 28 de 02 de 2021, de <http://www.socota-boyaca.gov.co/>

Ansa, G. (2017). *Análisis del archivo como método para la elaboración y transmisión de nuevos discursos históricos a través del caso de estudio*. AusArt Journal for Research in Art. Pp. 71-90. Obtenido de <https://ojs.ehu.eus/index.php/ausart/article/view/17885>

Arango, L. Molinier, P. (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Bogotá: La carreta. Pp. 20-45.

Bravo, L. (2013). *La entrevista, recurso flexible y dinámico*. Investigación en educación. Pp. -165. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/3497/349733228009.pdf>

Benedict, R. Mead, M. (1959). *Patterns of Culture*. Houghton Mifflin. Pp. 181-202. Obtenido de [https://www.berose.fr/IMG/pdf/1934-patterns\\_of\\_culture.pdf](https://www.berose.fr/IMG/pdf/1934-patterns_of_culture.pdf)

Bourdieu, P. (1998). La dominación masculina. *Las mujeres en la economía de los bienes simbólicos*. Pp. 59-89. Obtenido de <https://www.ocac.cl/wp-content/uploads/2015/01/Pierre-Bourdeu-La-dominaci%C3%B3n-masculina.pdf>

Carrillo, D. (2015). *Los niños como sujetos sociales. Notas sobre la antropología de la infancia*. Nueva Antropología. Pp. 1-16. Obtenido de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-06362015000100007](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362015000100007)

Camacho, S. (2019). *La infancia robada: el trabajo infantil en republica dominicana*. Facultad ciencias de la comunicación. Pp. 95-113. Obtenido de [https://ddd.uab.cat/pub/tfg/2019/212498/TFG\\_Camacho\\_Ollas\\_Silvia.pdf](https://ddd.uab.cat/pub/tfg/2019/212498/TFG_Camacho_Ollas_Silvia.pdf)

Código sustantivo del trabajo 1950. *Ministerio de Salud*. Obtenido de <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/INEC/IGUB/Decreto-2663-de-1950.pdf>

Chacón, J. (2015). *Antropología e Infancia: reflexiones sobre los sujetos y los objetos*. Cuicuilco. Pp. 134-148. Obtenido de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-16592015000300007](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592015000300007)

De la Peña, G. (2002) “*Costumbre, Ley y procesos judiciales en la antropología clásica: apuntes introductorios*”. Antrophos. Pp. 50-68. Obtenido de [https://www.academia.edu/37636643/Costumbre\\_ley\\_y\\_procesos\\_judiciales\\_en\\_la\\_antropolog%C3%ADa\\_cl%C3%A1sica\\_Apuntes\\_introductorios](https://www.academia.edu/37636643/Costumbre_ley_y_procesos_judiciales_en_la_antropolog%C3%ADa_cl%C3%A1sica_Apuntes_introductorios)

DANE. (2020). *Tiempo de cuidados: las cifras de la desigualdad*. ONU mujeres. Obtenido de <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/genero/publicaciones/tiempo-de-cuidados-cifras-desigualdad-informe.pdf>

Duquino, L. G. (2010). *Tránsito de la sociedad rural agrícola a la sociedad urbana industrial en Bogotá. durante las primeras décadas del siglo XX*. Perspectiva geográfica. Pp. 1-24. Obtenido de <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/perspectiva/article/view/1732/1727>

Federici, S. (2012). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficante de sueños. Pp. 153-181. Obtenido de <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Revolucion%20en%20punto%20cero-TdS.pdf>

- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficante de sueños. Pp. 56-89. Obtenido de [https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS\\_map49\\_federici\\_web\\_0.pdf](https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS_map49_federici_web_0.pdf)
- Fleischer, F. Marín, K. (2019). *Atravesando la ciudad. La movilidad y experiencia subjetiva del espacio por las empleadas domésticas en Bogotá*. EURE, Pp. 27-47. Obtenido de [https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0250-71612019000200027&lng=en&nrm=iso&tlng=en](https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612019000200027&lng=en&nrm=iso&tlng=en)
- García, A. C. (2013). *Mujeres del servicio doméstico e intimidad familiar en Bogotá*. Revista colombiana de Antropología. Pp. 1-20. Obtenido de <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/278/230>
- Galvis, L. Hernandez, I. (2002). *Estudio de aspectos legales del trabajo infantil doméstico en hogares de terceros en Colombia*. Organización internacional del trabajo. Pp. 1-61. Obtenido de [http://ilo.org/ipec/Informationresources/WCMS\\_IPEC\\_PUB\\_4827/lang--es/index.htm](http://ilo.org/ipec/Informationresources/WCMS_IPEC_PUB_4827/lang--es/index.htm)
- Godoy, E. (2008). *El alcohol y la formación de identidades laborales en Chile, siglo XIX y XX*. Editorial Universidad de los Lagos. Pp. 37-63. Obtenido de <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=8vD5g8DuJBAC&oi=fnd&pg=PA5&dq=campesinos+y+alcohol&ots=nhPAkdpGyM&sig=-JRkZkJUtQvINMPRJpZJy1njFyw#v=onepage&q=campesinos%20y%20alcohol&f=false>
- Gilligan, C. (2009). *Le care, éthique féminine ou éthique féministe?*. En Multitudes, Pp. 37-76. Obtenido de <https://www.cairn.info/revue-travail-genre-et-societes-2011-2-page-183.htm>
- Hernández, M. (2002). Reforma sanitaria, equidad y derecho a la salud en Colombia. Artículo. Pp. 991-999. Obtenido de <https://www.scielosp.org/article/csp/2002.v18n4/991-1001/>
- Hondagneu-Sotelo, P. (2011). *Más allá de la domesticidad. Un análisis de género en los trabajos de inmigrantes en el sector informal*. Papers. Pp. 805-824. Obtenido de [https://www.researchgate.net/publication/307688025\\_Mas\\_alla\\_de\\_la\\_domesticidad\\_Un\\_analisis\\_de\\_genero\\_de\\_los\\_trabajos\\_de\\_los\\_inmigrantes\\_en\\_el\\_sector\\_informal](https://www.researchgate.net/publication/307688025_Mas_alla_de_la_domesticidad_Un_analisis_de_genero_de_los_trabajos_de_los_inmigrantes_en_el_sector_informal)
- Krotz, E (2002). “*Sociedades, Conflictos, Cultura y Derecho desde una perspectiva Antropológica*”. Antropología Jurídica. Pp. 1-20. Obtenido de [http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/lauv/Esteban\\_Krotz\\_Perspectivas\\_socioantropologicas\\_del\\_Derecho\\_Antrhopos.pdf](http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/lauv/Esteban_Krotz_Perspectivas_socioantropologicas_del_Derecho_Antrhopos.pdf)
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madres, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 245-487. Obtenido de <https://desarmandolacultura.files.wordpress.com/2018/04/lagarde-marcela-los-cautiverios-de-las-mujeres-scan.pdf>
- Luna, L. (2009). *Familia y maternalismo en América Latina. Siglo XX*. Ediciones Universidad de Salamanca. Pp. 248-258. Obtenido de <https://lolagluna.com/publicaciones/articulos/Familia.pdf>
- Mead, M. (1982). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Paidós. Pp. 177-199. Obtenido de <https://books.google.es/books?id=UNOw38mqNhoC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>
- Mosquera, M. F. (2016). *Íntimamente distantes: diferencia social en las intimidades del servicio doméstico*. Universidad del Rosario. Pp. 11-122. Obtenido de <https://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/12421/%c3%8dntimamente%20distantes%2>

[c%20diferencia%20social%20en%20las%20intimidades%20del%20servicio%20dom%20c3%a9stico.%20Maria%20Fernanda%20Mosquera%20Garcia.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://www.feministas.org/IMG/pdf/articulo_libro_descolonizando_el_feminismo-.pdf)

Mohanty, C. (2008). *Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Pp. 1- 23. Obtenido de [https://www.feministas.org/IMG/pdf/articulo\\_libro\\_descolonizando\\_el\\_feminismo-.pdf](https://www.feministas.org/IMG/pdf/articulo_libro_descolonizando_el_feminismo-.pdf)

Molinier, P. (2012). El trabajo de cuidado y la subalternidad. *HAL: science ouverte*, 5-24. Obtenido de <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01075702>

Muratorio, B. (2005). *Historia de vida de una mujer amazónica: intersección de autobiografía, etnografía e historia*. Iconos. Revista de Ciencias Sociales. Pp. 129- 143. Obtenido de <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/95>

Maureria, F. (2002). *Trabajo infantil, algunas consideraciones desde la antropología*. Revista de Ciencias Sociales. Pp. 113-122. Obtenido de <http://revistas.uach.cl/pdf/racs/n6/art09%20-%20copia.pdf>

Navarra, F. (2017). *El trabajo autónomo en las 'zonas grises' del Derecho del trabajo*. Revista Internacional y Comparada de relaciones laborales y derecho al empleo. Pp. 58-82. Obtenido de [http://ejcls.adapt.it/index.php/rjde\\_adapt/issue/view/55](http://ejcls.adapt.it/index.php/rjde_adapt/issue/view/55)

Otta, E. (2015). Empleadas domésticas: cruzando el género, la raza y la clase desde las redes sociales. 2-22. Obtenido de [https://elianaotta.files.wordpress.com/2018/03/genero\\_ortiz\\_baja.pdf](https://elianaotta.files.wordpress.com/2018/03/genero_ortiz_baja.pdf)

Pachón, X. (1991). *La familia en Colombia a lo largo del siglo XX*. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Pp. 145-167. Obtenido de [https://www.academia.edu/12865159/La\\_familia\\_en\\_Colombia\\_a\\_lo\\_largo\\_del\\_siglo\\_XX](https://www.academia.edu/12865159/La_familia_en_Colombia_a_lo_largo_del_siglo_XX)

Pachón, X. (2009). *¿Dónde están los niños?: rastreando la mirada antropológica sobre la infancia*. Maguaré. Pp. 1-37. Obtenido de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/15046/15844>

Pedraza, Z. (2007). *El trabajo infantil en clave colonial: consideraciones histórico-antropológicas*. Nómadas. Pp. 80-90. Obtenido de <https://doaj.org/article/ec6f1e365d0b4d0092f95faf1a84d285>

Pérez, A. (2005) *La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico*. Universidad Complutense de Madrid. Pp. 1-39. Obtenido de [https://www.researchgate.net/publication/46515658\\_Amenaza\\_tormenta\\_La\\_crisis\\_de\\_los\\_cuidados\\_y\\_la\\_reorganizacion\\_del\\_sistema\\_economico](https://www.researchgate.net/publication/46515658_Amenaza_tormenta_La_crisis_de_los_cuidados_y_la_reorganizacion_del_sistema_economico)

Piscitelli, A. (2007). *Sexo tropical em um país europeu: migração de brasileiras para a Itália no marco do "turismo sexual"*. Florianópolis. 717-741. Obtenido de <https://www.scielo.br/j/ref/a/TvMkNjzYSkhf77ddCKy5BQM/?format=pdf&lang=pt>

Rodriguez, C. (2015). *Economía feminista y economía del cuidado*. Nueva Sociedad. Pp. 1-15. Obtenido de [https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/47084/CONICET\\_Digital\\_Nro.09d94638-7418-4ac1-8de7-ad4258313f48\\_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y](https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/47084/CONICET_Digital_Nro.09d94638-7418-4ac1-8de7-ad4258313f48_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y)

Sarasúa, C. (2013). *¿ACTIVOS DESDE CUÁNDO? LA EDAD DE ACCESO AL MERCADO DE TRABAJO EN LA ESPAÑA DEL S. XVIII*. Asociación española de historia económica. Pp. 1-26. Obtenido de [https://ddd.uab.cat/pub/worpaper/2013/hdl\\_2072\\_220416/uhe2013\\_05.pdf](https://ddd.uab.cat/pub/worpaper/2013/hdl_2072_220416/uhe2013_05.pdf)

Sampieri, R. (2010). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill Interamericana. Pp. 8-23-  
Obtenido de <https://nodo.ugto.mx/wp-content/uploads/2017/03/Metodologia-de-la-Investigacion.pdf>

SCHEPER-HUGHES, N. BOURGOIS, P (2004). *Introduction: Making Sense of Violence*. Oxford: Blackwell Press. Pp. 2-31. Obtenido de [https://www.researchgate.net/publication/303148300\\_Introduction\\_Making\\_sense\\_of\\_violence](https://www.researchgate.net/publication/303148300_Introduction_Making_sense_of_violence)

Sotomayor, N. (2011). *La perspectiva de género en la antropología*. Memoria del XVIII Foro de Estudiantes Latinoamericanos de Antropología y Arqueología. Pp. 10-35. Obtenido de <https://www.scribd.com/document/457664419/La-perspectiva-de-genero-en-la-Antropologia-pdf>

Stolcke, V. (1996). *Antropología del género. El cómo y el por qué de las mujeres*. Biblioteca virtual de ciencias sociales de Perú. Pp. 335-345. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7979590>

Sagastizabal, M. Lagarreta, M. (2016). *La “triple presencia - ausencia” una propuesta para el estudio del trabajo doméstico familiar y el trabajo remunerado*. Papeles del CEIC, España. Pp. 1-29. Obtenido de <https://doaj.org/article/b6469aa3ffbc4a14bce48cc082361688>

Torns, T. (2008). *El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico metodológicas desde la perspectiva de género*. *EMPIRIA*. Pp. 1-33. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/2971/297124045003.pdf>

UNICEF. (s.f.). *UNICEF*. Recuperado el 02 de 03 de 2021 <https://www.unicef.org/es/convencion-derechos-nino/historia>

Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Editorial Labor. Pp. 35-67. Obtenido de [http://resistir.info/livros/eric\\_wolf\\_los\\_campesinos.pdf](http://resistir.info/livros/eric_wolf_los_campesinos.pdf)